LOS HOMBRES DEL VALLE 1

EL ABOGADO y el ranchero



EMMA CLARE

El abogado y el ranchero

Los hombres del Valle I

Emma Clare

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos
Books By This Author
About The Author

Copyright © 2023 Emma Clare

El abogado y el ranchero © 2023 by Emma Clare is licensed under CC BY-NC-ND 4.0. To view a copy of this license, visit http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/.

A M por haber estado apoyándome desde el principio

Prólogo

Calvin

En ocasiones crees que tu vida ha tomado el rumbo correcto hasta que una situación te sobrepasa y sientes la necesidad de reiniciar, de empezar de cero. Hay quien se corta el pelo, ordena su casa deshaciéndose de aquello que no ha usado en años, busca nuevos hobbies… Sin embargo, otras personas necesitan un empujón más fuerte, algo que les haga ver cómo habían llegado a un punto sin retorno. Yo pertenecía a este grupo y necesité un septiembre para darme cuenta de que estaba a punto de entrar en un pozo sin salida si no lo remediaba antes. ¿Lo malo? Se trataba del día de mi boda.

Esa semana había estado teniendo problemas de salud. Me costaba respirar, me cansaba más a menudo y sentía un malestar en el pecho más pronunciado que los meses anteriores, así que decidí que ya era el momento de ir al médico. Muchos dirán que debí hacerlo antes, pero yo no podía dejar el trabajo, los preparativos y la familia para ir a las citas que me ofrecían. No fue sorprendente que su veredicto fuese la ansiedad. Lo que no espera era que me dijese: "Si continúa con su ritmo frenético de vida, puede que el diagnóstico cambie y venga con un infarto. Párelo ahora que puede". ¿Le hice caso? Claramente no, porque a mí las palabras no me bastan para tomar decisiones, necesito empujones que me hagan aceptar un cambio.

Es por ello por lo que me encontré frente al altar, observando las puertas por las que iba a entrar mi futura mujer, aquella con la que iba a compartir el resto de mi vida. Poco a poco, conforme los segundos avanzaban, el peso sobre mis hombros se hacía cada vez

más denso. Mi hermano me miraba de reojo tratando de descubrir que me ocurría, mientras yo sentía que la corbata estaba demasiado apretada y el aire no entraba como debía a mis pulmones. El sudor me resbalaba por la frente sin remedio como producto del repentino calor que se había adueñado de la habitación.

—¿Todo bien? —Preguntó mi hermano acercándose a mí disimuladamente.

Abrí la boca para contestar, temiendo aquello que saliese por mi garganta reseca, pero la música comenzó a tocar anunciando que llegaba el gran momento: la entrada de la novia. Las puertas se abrieron y apareció tan elegante como lo había sido siempre, una reina vestida de blanco y con el pelo salpicado de brillantes que le daban un aire majestuoso. Su sonrisa era radiante, las pequeñas arrugas de sus ojos se acentuaron como ocurría cada vez que estaba feliz. Era su gran día y lo demostraba. Sin embargo, ¿Qué pasaba con mi felicidad?

Antes de que llegase hasta él, un fuerte dolor le hizo tocarse el brazo y abrir la boca con un quejido que apenas pudo escapar de sus labios. Se derrumbó en el suelo sintiendo que el pecho se le iba a romper en pequeños pedazos que nadie sabría recomponer. Su visión comenzó a nublarse y los ruidos quedaron como ecos olvidados en la lejanía. Alguien gritaba su nombre llorando y otra voz pedía que llamasen a la ambulancia, pero yo solo sentía que estaba llegando al final.

Poco a poco todo a mi alrededor se desvaneció. Solo quedó la paz y la negrura. El dolor había cesado.

∞∞∞

—No puedes estar diciéndolo en serio.

Abrí lentamente los ojos al escuchar una voz enfurecida que al principio no supe reconocer. A mi alrededor, la habitación fue cobrando forma hasta mostrarme que se trataba del hospital. La máquina con mis constantes pitaba aliviando mis problemas. Aún no era el momento de morir, todavía podía seguir viviendo. Aunque

podía prescindir de ese dolor como si una apisonadora hubiese decidido jugar con mi cuerpo.

—Mónica, por favor, no montes un escándalo en el hospital —Dijo mi hermano con calma. Siempre se le había dado bien tranquilizar a la masa enfurecida, aunque el motivo de la discusión fuese un nuevo Frankenstein—. Los médicos han dejado claro que necesita descansar, así que verte alterada no le hará ningún bien. Ve a casa, come y duerme un poco. Velaré por él y si hay algún cambio o despierta, te avisaré. Aunque seguro que te llama en cuanto ocurra.

Podría gritarles, llamar su atención de alguna forma para que abriesen la puerta, pero la verdad era que no quería verla. El simple pensamiento de hacerlo me producía escalofríos y podía apreciar como las pulsaciones marcadas en la máquina subían un poco.

—Tienes razón, Joshua, es solo que… ¿Por qué no me había dado cuenta de que estaba mal? —Su voz sonaba apesadumbrada y no pude evitar sentirme más culpable de lo que ya lo hacía—. El médico ha dicho que le estaba ocurriendo desde hace meses. MESES —La conversación siguió un poco más en susurros que no pude lograr escuchar y por fin ocurrió lo que estaba deseando—. Me voy, avísame, por favor. Si le pasa algo…

—No te preocupes, serás la primera en enterarte.

Pasaron segundos que parecieron horas hasta que se oyeron sus pasos alejarse y la puerta de la habitación abrirse. Cerré los ojos con fuerza fingiendo estar dormido para no tener que enfrentarme a la decepción que vería en sus ojos. No había logrado ser tan fuerte como él. Nunca lo había hecho y eso era lo que había puesto en duda siempre que fuese buen ejemplo para mí tras la muerte de nuestros padres cuando yo tenía diez años.

—Sé que estás despierto —Me dijo sentándose en el borde de la cama y tomando una de mis manos entre las suyas.

—¿Cómo lo sabes siempre? —Susurré sin fuerzas para hablar con normalidad. Abrí los ojos y me encontré con su rostro preocupado.

—Son muchos años ya desde que te tenía que llevar a rastras por las mañanas para ir a clase —Sonrió ante el recuerdo y me golpeó la nariz cariñosamente con el dedo como hacía cada vez que quería demostrarme que todo estaba bien entre nosotros.

—L-lo siento —Mi voz sonó entrecortada indicando que no tardaría mucho en empezar a llorar.

—No, quien lo siente soy yo —Su voz bajó, volviéndose más grave como ocurría cuando trataba de aguantar la tristeza—. Tendría que haberme dado cuenta antes de que no estuvieras bien —Cuando vio que quería hablar, me puso el dedo en los labios para impedirlo —. No, no me refiero ahora. Aunque debo decir que tú y yo tenemos una charla pendiente sobre ir al médico sin que yo lo sepa, que este te diga que puedes llegar a tener un infarto e ignorarle.

—Lo siento —Agaché la cabeza de nuevo sabiendo que no habría forma de librarse de aquella conversación, aunque la hubiese retrasado—. ¿Al final he tenido uno?

—No, pero casi. El médico ha dicho que lo han podido parar a tiempo —Apretó la mano que aún sostenía con fuerza—. No vuelvas a asustarme así ¿Entendido?

Asentí, sintiéndome un niño de nuevo. Era como volver a estar al otro lado del sofá, con la mirada hacia el suelo, mientras me regañaba por haber dejado la ropa sucia en el armario con tal de salir a jugar antes.

—Has estado mal durante mucho tiempo, aunque no lo pareciese. Has querido esforzarte al máximo para estar a la altura de unas personas que no merecen nuestro cariño —Me acarició la mejilla para retrasar la conversación, tomándose un tiempo para descansar—. Tendría que haber hecho algo antes y me arrepiento de ello, pero ahora voy a arreglar las cosas y no me puedes decir un no por respuesta. Me da igual si tengo que pelearme con tu prometida.

Ante su mención, me encogí, el monitor comenzó a pitar avisando de que estaba alterándome. No quería tener esa reacción ante su mención. Sin embargo, su nombre, su presencia y la vida a la que empujaba me alteraban. Mi hermano me abrazó con fuerza y supe que no hacía falta que dijese nada más, con esa reacción había descubierto cuál era uno de los factores de que mi situación hubiese empeorado.

—Voy a arreglarlo todo, pero prométeme que harás lo que te diga, aunque no te guste el resultado. —Te lo prometo.

Y, con esas palabras, días después me vi aparcando el coche en el único hueco disponible cerca de un restaurante de condiciones estéticas bastante lamentables en un pueblo de cuyo nombre nadie sería capaz de acordarse nunca.

Capítulo 1

Calvin

Con el coche aparcado en el único hueco que había encontrado cerca del destartalado restaurante, observé a mi alrededor lo que prometía El Valle. Los tractores paseaban como en Seattle podías observar descapotables. Los ciclistas saludaban al pasar después de un largo camino de ruta y los habitantes andaban con una tranquilidad sorprendente. De vez en cuando, aparecían turistas paseando y disfrutando de la tranquilidad pintoresca de aquel pueblo. Cada dos pasos había una tienda donde vendían desde pienso hasta piezas de maquinaria útil para el campo. De camino había pasado por el único taller de la ciudad que arreglaba desde coches hasta lavadoras sin mucho problema. Más allá de dos tiendas de ropa, una de alimentación completa, la carnicería, la pescadería, la frutería, una panadería que hacía las veces de cafetería y de librería y un pub a las afueras, no había muchos comercios abiertos. La mayor parte de la economía debía sustentarse en las granjas y ranchos. Había muchos rincones que explorar, pero no había duda de que se trataba de un rincón alejado del mundo, pequeño y reducido.

Apoyé la cabeza en el volante intentando conseguir la fuerza para salir del coche y encontrarme con el hombre que me iba a acoger durante un mes. ¿En qué estaba pensando mi hermano? Tras conseguir el apoyo de los médicos que solo querían verme mejorar, no pude tener visitas durante los tres días que duró mi estancia. De esta forma, ni mis tíos ni mi prometida —más bien ex— podía acceder a mí. Una vez dada el alta, mi hermano me llevó hasta mi casa para que descansara un poco anunciando que a la mañana

siguiente tendría que emprender un viaje en coche de diez horas. Al parecer, mi doctora estaba convencida de que era posible sin peligro pese al cansancio físico y mental que tenía. Para él, si tomaba los descansos suficientes y dormía en algún lugar en mitad del camino, podría llegar sin dificultades. En sus palabras, "te vendrá bien el viaje, siempre te ha relajado el coche".

Sin embargo, pese a los prejuicios que pudiese tener y el pequeño nerviosismo que me generaba no saber lo que encontraría, ¿cómo no iba a seguir su plan si se había encargado de todo y no tendría que tomar más decisiones? Había hecho mis maletas con lo que él consideraba necesario para mi destino, había llamado a su amigo para que me dejase una habitación en su rancho, se había disculpado ante mi prometida y su familia asegurándoles que había tenido que irme de retiro espiritual, había comprado un teléfono con número nuevo para que nadie pudiese acceder a mí y había exigido en el bufete que me dieran el mes que me merecía por los años trabajando sin vacaciones. No tuve que afrontar la decepción de nadie y huir acabó siendo más fácil de lo que pensé. Podía respirar, lejos de miradas exigentes, podía… Me negué a seguir pensando con negatividad, no debía volver a rememorarlo todo. Como si hubiese sido invocado, sonó el tono de llamada que le había puesto a Joshua:

—¿De verdad tengo que hacer esto? —Me quejé, aunque la falta de comercios y el estado de pueblo no eran lo que me amedrentaba. En el fondo, tenía el aire pintoresco que uno busca en uno pueblo y la gente se saludaba entre sí con alegría. Era el miedo ante lo desconocido, no saber que me deparaba el futuro ante mí. Necesitaba tenerlo todo bajo control y aquí nada estaba en mis manos.

—Venga, Calvin, no llevas ni veinte minutos, dale una oportunidad.

—Tienes suerte de que me fie de ti —Le recriminé, pero ¿cómo no iba a hacerlo si había dado su vida por mí, dedicándose a cuidarme desde los dieciocho cuando podría haber estado de fiesta y conociendo gente? Dios, dejó su remanso de paz, su lugar favorito

en el mundo por volver a Seattle donde odiaba vivir—. ¿Sabes la cantidad de bichos que hay?

—Calvin —Oí que suspiraba y sabía que saldría el padre en él, ese que veía más allá de mis mentiras. Había aprendido rápido a leerme, aunque si lo pensaba, él siempre había cuidado de mí, incluso cuando aún vivían nuestros padres—. Sé que es un gran cambio, que sientes que vas a decepcionar a todo el mundo, pero recuerda lo que hablamos. Aquí solo importas tú y, en segunda instancia, yo, ¿Y qué digo siempre?

—Que estás orgulloso de mí —Dije bajando la voz, sabiendo que tenía razón, pero sin querer admitirlo.

—Además, hay de todo lo necesario. Tienes una clínica a muy pocos minutos del rancho y en caso de emergencias graves, siempre hay disponible un helicóptero que acorta la hora de distancia del hospital a unos pocos minutos —Y ahí atacaba de nuevo el padre, sabiendo exactamente cuáles eran mis preocupaciones. El susto que había tenido hacía que me preocupase por mi salud ¿Y si me ocurría lo que había estado amenazándome?

—Recuérdame cómo conociste este sitio —Pregunté cambiando de tema. No quería seguir sintiéndome tan vulnerable.

—Cuando papá y yo nos peleamos, acabé allí durante un año— Su voz se apagó, seguramente recordando la noche en la que sus planes se acabaron por la llamada de un policía anunciando que había habido un accidente.

Esa noche habíamos salido de una cena con los amigos de mis padres. No recuerdo mucho de aquel día, salvo el frío y el dolor. Papá y mamá no pudieron llegar al hospital, murieron en el lugar, mientras que a mí me trasladaron para hacerme varias operaciones. Mi cuerpo entero estaba lleno de cicatrices que me recordarían para siempre lo mucho que sufrimos aquella noche. Más de una vez le he preguntado a Joshua cómo había sido, pero él se negaba a hablarme del tema. Era una de las mayores censuras de mi casa. Nadie hablaba del accidente.

—Me acogieron en seguida y fue reparador. Nunca pensé que necesitaba tanto escapar como cuando llegué allí —Antes de que tuviese que ocuparse de mí. Él decía constantemente que lo mejor

que le había pasado era estar conmigo, pero, aun así, había sacrificado tanto…—. Quiero que también tengas ese escape.

—Vale, pero ¿Puedo volver si no estoy bien?

—Puedes hacer lo que quieras, siempre —El cariño en su voz me llenó de calidez, aunque sentía el picor en los ojos que solía anunciar que iba a llorar en cualquier momento. Pensar en aquella noche siempre me ponía sensible—. Te tengo que dejar, ha llegado mi reunión de la una, pero escribe cuando lo necesites. Te quiero, enano.

Antes de que pudiese contestar, colgó y volvió el silencio abrumador que se había creado en el coche al quitar la llave. El mismo silencio que llevaba sintiendo a mi alrededor, que me hacía sentir solo en un mundo rodeado de personas. Respiré profundamente y abrí la puerta. Tenía que ser valiente, darle una oportunidad al Valle y sus habitantes. Comencé a andar con más decisión hacia la puerta del restaurante, pero un hombre apoyado en una de las columnas del porche llamó mi atención. Observaba la calle como si buscase algo o alguien, pero no había sido eso lo que le atrajo. El hombre era alto, con el pelo negro ondulado y semi corto. Su delgadez se compensaba perfectamente con sus músculos que parecían tensarse incluso al respirar. La camiseta negra de tirantes que llevaba se ajustaba a su cuerpo dejando poco a la imaginación y sus vaqueros gastados gritaban que se trataba de un granjero. ¿Quién era aquel hombre tan delicioso?

Nustras miradas se encontraron y tuve que reprimir un pequeño grito al notar como su sonrisa iluminaba por completo el rostro. Cuando crees que alguien no puede ser más atractivo tenía que llegar y sonreír desestabiliza todo tu mundo. No era la primera vez que notaba la belleza de un hombre, siempre había sabido que era bisexual, pero nunca había sentido deseos de actuar. Intenté disimular mi sorpresa y avancé hacia el restaurante. Sin embargo, no llegué a la puerta antes de que el desconocido me interrumpiese a medio camino, sujetando mi brazo, sin fuerzas, solo una breve caricia que hacía vibrar mi piel.

—¿Eres Calvin? Eres igual que tu hermano —Me preguntó con un acento que hacía maravillas en mi oído. Su voz era dulce, delicada,

un gran contraste con lo que imaginaba de un hombre del campo. Un momento, ¿Sabía mi nombre? —. Perdona mis modales, soy Jonathan, el amigo de Joshua, encantado.

—Oh, hola, el placer es mío —Y así es como llegó la realidad para que me diera de bruces con un canto en los dientes. Había estado babeando por el amigo de mi hermano como un adolescente. Si llega a enterarse, no me dejaría olvidarlo nuca. En mi defensa, desde los primeros meses con mi antigua prometida no había sentido tanta atracción por nadie. La llama que siempre ardía en mí se había apagado, desgastada, apática—. Gracias por acogerme, espero no ser una molestia.

—Molestia ninguna, será encantador conocerte un poco y que nos cuentes anécdotas vergonzosas de Joshua —Señaló el restaurante sin dejar de sonreír en ningún momento—. ¿Comemos? Porque no sé tú, yo me muero de hambre.

Asentí, incapaz de formular más de dos palabras seguidas y dejé que me dirigiese hacia una zona apartada cerca de la ventana. Conforme avanzábamos entre las mesas saludaba a trabajadores y comensales por igual. Incluso se detuvo con algunas para interesarse por estudios, trabajos y familias. Aquello era algo que no conseguías en la ciudad y fue un punto a favor para el pueblo que me incluyesen tan amigablemente como si no fuese la primera vez que me veían. Un grupo de ancianos incluso me llegó a invitar a sus partidas de ajedrez. Por el camino se hizo con un menú que dejó que observase mientras él miraba por la ventana esperando a algún camarero para que nos atendiese. Una parte de mí pensó que estaba dándome tiempo para mí, pero ¿cómo iba a saber que necesitaba un poco de silencio para calmar mis nervios?

Sin darle muchas más vueltas, abrí la carta sorprendiéndome al ver la cantidad de platos que había. Estaba esperando algún tipo de menú como en los bares de carretera o las ventas, pero aquello parecía sacado de un gran restaurante. Un nudo se formó en mi estómago, los nervios creciendo de nuevo. ¿Qué pasaba si pedía algo y estaba malo? Sería una falta de respeto no comérmelo cuando lo han hecho con cariño, pero ¿Y si pedía algo que a Jonathan le resultaba desagradable y no podía comer por mi culpa?

Miré de reojo al amigo de Joshua que me devolvió la mirada durante unos segundos antes de, como si me volviese a leer la mente, sugerir el especial de la casa: solomillo al horno con patatas asadas y verduras. El peso de la elección desapareció y pude respirar de nuevo.

— Muy buenas, Jonathan, anda que me avisas de que vienes acompañado —Saludó al ranchero con una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Cómo te llamas, *bellissimo*? Yo soy Luca y espero que este grandullón no te espante, es un *dolce ragazzo* —Me guiñó el ojo provocando que mis mejillas enrojeciesen. Su acento era natural de los Estados Unidos, pero su pronunciación italiana gritaba que era bilingüe.

—H-hola, soy Calvin —Carraspeé para recuperar la voz. Nunca había sido tímido y no entendía por qué desde el ataque había perdido facultades comunicativas. Preferí no darle muchas vueltas y decidí bromear con él ¿Qué daño podía hacer? —. Dudo mucho que me espante, hace falta mucho para que este cuerpo huya —Como una boda, muchas presiones sociales, el miedo a la decepción… Pero él no tenía por qué saber el equipaje que traía conmigo.

— Me cae bien este chico, ¿Puedo quedármelo? Por fa, por fa — Jonathan puso los ojos en blanco y yo no pude evitar reírme—. Bueno, chicos, contadme ¿Qué queréis que os traiga? Se nos ha acabado el pastel de carne y el fetuccini Alfredo de la *mia mamma*, pero lo demás chachi pistachi.

Le dimos el pedido, dos especiales de la casa, y no tardó en traerlo junto con dos botellas de agua. Mientras comíamos nos sumimos en una conversación tranquila sobre su rancho. Me indicó quienes trabajaban allí con alguna que otra anécdota de cada uno y me explicó que tenían un nuevo inquilino que había llegado a ellos después de un mal momento en su vida. Era posible que no viese a muchos residentes llegar para estancias prolongadas durante el mes que estuviese allí porque solía ser bastante relajado. Lo peor llegaba a partir de octubre, cuando venían las celebraciones navideñas. También me habló de los animales que tenía, como se organizaban y me contó como el primer día de Joshua allí fue atacado por una de sus ovejas. Nadie volvió a saber nunca nada más de los vaqueros

que llevaba ese día, pues un agujero enorme acabó en la parte de atrás donde el diabólico ser le había mordido. Fue una velada agradable donde no preguntó por qué estaba allí o me exigía respuestas que desconocía como hacían mis tíos en cada encuentro. Dedujo con facilidad que no me sentía preparado para hablar de mi vida y que prefería escuchar para calmar mis nervios ante lo desconocido. Había creado un mapa mental de su hogar y me había descrito a las personas que vivían allí para que supiese lo que iba a encontrar y pudiese anticiparme. Conocer lo que me esperaba en el rancho reducía la incertidumbre, daba paz a mi torturado corazón.

—Ahora que hemos comido ¿Listo para ver tu hogar para este mes? —Preguntó Jonathan una vez terminado, ofreciéndole al camarero su tarjeta y rechazando por completo la idea de pagar solo una parte de la cuenta dejándome a mí la otra. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había tenido ese gesto conmigo?

Asentí y dejé que me guiase. Iba despacio para asegurarse de que le seguía y me permitió apreciar los campos repletos de plantaciones, las granjas que salpicaban el paisaje y los animales que pastaban. La tranquilidad que se respiraba era algo que no había sentido en mucho tiempo, cuando Joshua sacaba tiempo para llevarme de acampada o a descubrir algún pequeño pueblo en el que aún no hubiésemos estado. Nos gustaba aquella vida, tranquila, sin el bullicio de la ciudad, pero crecí y empecé a estar demasiado ocupado para el hermano que me lo había dado todo. Nunca se había quejado, pero mi abandono le dolía, más aún cuando descubrió que ni siquiera era feliz. Sentía que era su culpa que hubiese amanecido en el hospital, pero ¿Cómo iba a saberlo si me había engañado a mí mismo por el camino?

Detuve el coche al lado de Jonathan y bajé, asombrado por la gran casa que había frente a mí. La mezcla equilibrada de rústico y moderno le daba un toque especial, más encantador. No parecía un hotel, mucho menos una clínica privada. Tenía un columpio en el porche y dos sofás donde poder pasar el tiempo. Las ventanas estaban adornadas con plantas que le daban vida a la casa. Había sencillez, pero también un toque de color que la hacía única. Tras ella el campo se extendía en su plenitud. Se podía apreciar la figura

de varias estructuras que servirían para los animales y grandes vallas salpicando el horizonte. Era una vista sobrecogedora que me hacía entender por qué muchos venían hasta allí, un pueblo perdido en los mapas, para recuperarse de aquello que le afligiese.

—Me alegro de que te guste —Dijo Jonathan riéndose al ver mi rostro ilusionado—. Ahora es toda tuya y no has visto lo mejor. Nuestros animales son encantadores —Me guiñó el ojo y me ayudó a recuperar mis maletas del coche—. Te voy a hacer un tour rápido, luego tendrás tiempo de explorar. Así podrás descansar un poco tras el viaje. Cenamos a las ocho y te presentaré a la tropa, pero ya verás como no muerden.

Le seguí como un pollito que va tras los pasos de su madre, observando todo a mí alrededor, percatándome de cada detalle. La planta baja estaba completamente abierta. En un lado estaba la cocina de madera blanca cuyos toques de color venían en forma de recipientes, paños y plantas. Tenía una barra americana con unas cuantas sillas, pero algo me decía que era poco espacio para ellos y solo la usaban cuando era realmente necesario. En el centro, pero suficientemente alejada de la puerta para que no fuese incómodo, estaba la mesa del comedor donde realizaban todas las comidas. En el otro lado se encontraba el salón. Tenía una chimenea, una televisión enorme y sofás de cuero con un gran mueble donde guardaban juegos, películas y algunos libros. Una vez más, la decoración llenaba de color lo que de otra forma habría sido austero. Había unos enormes ventanales que daban a una zona vallada que usaban de jardín privado. Había una barbacoa bajo la sombra de un gran árbol y una pérgola que retiraba el sol por las mañanas. Aunque no necesitaban un espacio así con tanto campo a su alrededor, muchos de sus inquilinos se sentían más seguros al saber que no les veía nadie. Una pequeña habitación en el hueco de las escaleras servía de baño y al subir a las dos plantas de arriba te encontrabas todos los dormitorios. Las habitaciones tenían cuarto de baño privado para, una vez más, respetar la intimidad de sus inquilinos.

—En la última planta habrá más habitaciones, pero por ahora y hasta que no tenga más trabajadores, solo ocupamos estas dos —

Me señaló una de las puertas para que entrase— Esta será tu habitación. La mía es la de la derecha y Simón está a la izquierda. Él se encarga de que esta monstruosidad de casa esté siempre bien cuidada. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en preguntarle —El ladrido de un perro le interrumpió— Y ahí está Platón, trabajando como siempre.

Jonathan señaló por la ventana. Un perro de pelaje corto conducía a un grupo de ovejas hasta su corral seguido del hombre que le acompañaba. Al acabar su labor se giró hacia su dueño agitando la cola y recibió un montón de caricias como felicitación. Lo más sorprendente fue cuando lo levantaron en brazos como si de un bebe se tratase. Me reí ante la escena, el ranchero alto se desvivía por su perro. Platón lo tenía comiendo de la palma de su mano.

—Es un mimado. No dejes que te engatuse o estarás perdido —Me dijo Jonathan con un suspiro como si fuese un desenlace inevitable—. Voy a mi oficina. Es el pequeño cobertizo que has visto en el jardín. Si me necesitas, solo búscame —Se despidió y cerró la puerta tras él.

Una vez solo con mis pensamientos, aproveché para enviar un mensaje a mi hermano anunciando que ya estaba en el rancho y que lo llamaría al día siguiente para contarle que tal había ido todo. Deshice la maleta en mi nuevo armario y me quedé observando la pequeña bolsa que Joshua había metido allí con toda la ropa que escondía en mi armario. Estaba repleta de prendas que compraba, pero que nunca me atrevía a usar. ¿Podría llegar a vestirme así aquí? Negué con la cabeza para dejar de ser ridículo y me quité el traje que llevaba puesto para cambiarlo por unos pantalones holgados de chándal gris y una camisa negra desgastada en la que se leía "Cazadores de sombras, nos sienta mejor el negro que a las viudas de nuestros enemigos". Una vez cómodo, cogí el libro que había estado leyendo en el hospital y me tumbé en la cama para disfrutar de la soledad por primera vez en muchos años.

«Jaime miró a su vaquero favorito y sonrió. Habían tardado en llegar a ese punto en su

relación, pero ahora que lo tenía bajo él, sabía que se había vuelto adicto. ¿Cómo había sobrevivido sin el contacto de su piel, sin sus manos recorriéndole la espalda y de sus labios que le buscaban como el náufrago que llegaba a tierra después de años en el mar?

—Vamos, Jaime, dale a d…»

El toque en mi puerta hizo que me sentase de golpe dejando caer el libro al suelo. Con una rapidez que no sabía que tenía lo empujé para que acabase bajo la cama y no se viese. Después, avisé de que podía entrar mientras miraba nervioso a mi alrededor. Por muy adulto que fuese, tras años escondiendo mis preferencias a todo el que me conocía, era difícil no sentirse avergonzado y querer ocultarse. Los viejos hábitos tardaban en morir. Jonathan entró sonriendo con esa ternura que parecía dedicar a la vida como si nada malo pudiese ocurrir. Parecía sacado de uno de mis libros o de un sueño. No podía ser justo para los seres humanos del montón.

—Perdona, he tocado un par de veces, pero se ve que no ha sido suficiente para no asustarte —Su mirada se dirigió hacia el suelo donde me había posicionado protectoramente frente al libro como el adolescente que era pillado por su madre, empezando a explorar su sexualidad—. Estabas concentrado ¿Eh? Ni te has dado cuenta de la hora —Señaló el reloj de la pared que marcaba las ocho.

—Mierda, perdón —Me acerqué corriendo a él antes de que dijese nada sabiendo que ya íbamos tarde a comer. No quería entorpecer sus rutinas el primer día.

—Buen chico —Dijo provocándome un escalofrío—. Simón nos espera para empezar a servir y no queremos su furia. Ya aprenderás que las comidas son sagradas para él.

Respiré profundamente antes de seguirle escaleras abajo preparándome para el nuevo comienzo. Aquel era el inicio de una nueva vida, mucho más tranquila. O al menos, eso pensaba. A la

mañana siguiente, Jonathan y los demás se encargarían de demostrarme que la vida en un rancho es mucho más difícil de lo que parecía y que no estaba allí solo para relajarme.

Capítulo 2

Jonathan

Había creado el rancho Valle para la recuperación como centro de terapia con animales cuando cumplí los dieciocho. Llevaba abierto veintisiete años y había pasado por momentos muy difíciles. Al principio nadie quería tomarme en serio, pero poco a poco fueron viendo que era un lugar seguro para las personas del colectivo LGBTI+ y cada año venían más y más pacientes necesitando un lugar de escape. Se había convertido en un centro de ayuda que abarcaba desde veteranos de guerra a niños con problemas en el instituto, personas que no habían sido bien atendidos en otros lugares por ser quienes eran o amar a quienes amaban. Era un lugar donde encontrar la paz y volver a recuperar el propósito en la vida. Nos habíamos convertido en una organización y, aunque muchos casos eran pagados, otros eran subvencionados a través de numerosas donaciones y galas benéficas.

Había comenzado solo siendo un sistema de apoyo o un centro de relajación para desconectar de vidas ajetreadas, pero poco a poco había ido consiguiendo contratar personal y graduarme en psicología para mejorar el servicio. Muchos de los trabajadores se iban, dejando atrás el rancho para ir a lugares más prestigiosos. Vivían una temporada en mi hogar y, cuando daban con algo en la ciudad de su preferencia, se marchaban para continuar con una nueva etapa. Me había costado trabajo, pero ahora tenía una plantilla fija que se había convertido en mis compañeros de piso y mi familia. Muchos de ellos habían llegado allí buscando ayuda y habían acabado quedándose, otros habían ido expresamente por una oferta de trabajo, pero no habían sido capaces de marcharse.

Sin embargo, en ninguno de esos veintisiete años me había sentido tan inestable con uno de nuestros inquilinos, como preferíamos llamarlos en lugar de pacientes. Había llegado al cuarto preparado para acompañarlo a cenar, un rastro de mi instinto de cuidador que no era capaz de apagar con nadie, aunque trataba de disimularlo lo mejor posible ante los desconocidos. Aunque había estado toda la tarde reprimiendo la necesidad de ayudarle, de aliviar parte del peso que había sobre sus hombros, solo me había permitido dejarme llevar al elegir por él la comida y había sido sutil. Era un motivo de orgullo, una victoria, hasta que había soltado: "Buen chico". ¿En qué estaba pensado? Solo la gente que pertenecía a mi estilo de vida era capaz de comprenderlo y, aun así, me había salido por instinto, sin control alguno. Tenía que mantenerme sereno en su presencia si no quería que saliese corriendo antes de recuperarse.

—Jonathan, ¿Ocurre algo? —Preguntó Calvin sacándome de mis pensamientos.

—No, nada, perdona, me he despistado un segundo —Le contesté un poco avergonzado al darme cuenta de que me había detenido en mitad del pasillo. Apoyé la mano en su hombro y le di un apretón cariñoso antes de animarle a seguir bajando—. Hora de conocer a la tropa. Son escandalosos, pero se desvivirán por ti. Debo advertirte que Simón nos tiene a todos bajo una dieta saludable, así que todo lo que encontrarás en la mesa preservará tu salud ¿El sabor? Bueno, a veces está bueno —Le guiñé y conseguí sacar de él una risa tan bonita que quise preservarla para siempre.

Conforme nos acercábamos a la planta baja se podía escuchar más fuertes las risas y las conversaciones que se entremezclaban. Éramos pocos en la familia, pero nos queríamos con locura. Cuando llegaba septiembre, solíamos tener pocas visitas y el personal temporal regresaba a sus hogares para buscar otros trabajos. Lo mismo ocurría con los estudiantes que pedían el rancho para realizar sus prácticas de veterinaria y psicología. Conforme llegaba el final de octubre, poco a poco íbamos necesitando más trabajadores, personas que se ocupasen del rancho mientras nosotros

ayudábamos a los inquilinos. La casa para ellos volvía a prepararse y volvíamos a empezar el ciclo.

En el momento en el que llegamos, la sala quedó en silencio y todo el mundo se quedó observando al recién llegado. Habían estado esperando la visita de Calvin desde que Joshua había llamado alarmado para pedirme ayuda. Todos sabían lo que había ocurrido, pero como hacíamos siempre que venía un nuevo inquilino, omitimos mencionar las razones por las que había podido acabar allí. Este caso, además, era especial, era el hermano de uno de los miembros de nuestra familia, aunque hubiese sido breve su estancia, aún manteníamos el contacto y tratábamos de ayudarnos como podíamos. Solo Simón le había conocido en persona, pero habíamos hablado tanto de él y nos oían hablar con él tanto que se había ganado el apoyo incondicional del resto.

—Bueno, chicos, os presento a Calvin. Se quedará con nosotros un tiempo y debemos procurar no asustarlo —Dije provocando las protestas y quejas de todos: «No lo asustamos», «¿Cuándo hemos espantado a alguien?», «Más miedo das tú» …

Simón, como la mamá gallina que podía ser a veces, se abrazó a él y lo condujo hasta una de las sillas libres. Se presentó con facilidad mientras le servía un plato de ensalada y un poco de lasaña. Era nuestro cocinero, pero también se encargaba de las tareas del hogar. Excéntrico en sus ademanes y manías, pequeño de estatura y vestido con el estilo de un rico de los Hampton y no un ranchero, disfrutaba complaciéndonos. Le encantaba prepararnos meriendas para el trabajo, mantener todo lo que necesitábamos en casa e incluso fabricarnos abrigos, gorros, bufandas y cualquier cosa que se le ocurriese hacer con lana. Era experto en el cuidado de la casa porque disfrutaba con su trabajo. Había crecido soñando con ocuparse algún día de un hogar repleto de personas como el rancho.

—Quiero una lista con las comidas que no puedes tener y aquello que no soportas, corazón. Es fundamental para mantenerte bien alimentado —Le indicó con una espátula antes de dirigirse al pequeño adolescente que había sido nuestro inquilino durante todo el verano y que no tardaría en marcharse a casa—. Marcos, querido,

cómete tu ensalada y no se la eches a Miguel, ya ha crecido suficiente.

Marcos, nuestro único inquilino hasta Calvin, había tenido un año difícil. Todo había empezado cuando su madre le abandonó dejándole con su hermano y el instituto no se lo había puesto fácil. Solo tenía doce años y había sido rechazado por una de las personas que deberían haberse desvivido por él. Desde ese momento, había dejado de hablar, sintiéndose una molestia para el mundo y sus compañeros habían visto en él una diana perfecta para sus burlas. Su hermano Luis había luchado con uñas y dientes por él desde que abrió la puerta y lo encontró llorando en el rellano. Sin embargo, no siempre el cariño es suficiente y decidió traerlo para recibir ayuda profesional. No quería perderle ahora que lo había conocido. Actuaba como el padre que Marcos debería haber tenido. Cuando llegó no hablaba ni quería salir de su habitación, pero poco a poco había ido saliendo del lugar oscuro en el que había entrado y se estaba convirtiendo en un niño risueño que tenía mil temas de conversación.

—Pero Simón, ya comí ensalada ayer —Se quejó, aunque empezó a comérsela sabiendo que no había forma de hacerle cambiar de opinión.

Los demás fueron presentándose uno a uno. Jimmy levantó la mano con timidez como era habitual en él, cundo aún no conocía a nadie, un efecto secundario de lo que había vivido. El nombre se lo había dado Simón cuando el hospital en el que había sido ingresado nos llamó. Había perdido la memoria por un golpe en la cabeza y, aunque sabía algunos detalles de su vida pasada y como desenvolverse en el día a día, no era suficiente. Además, sufría fuertes pesadillas que le impedían dormir por la noche y que pedía a gritos un lugar seguro para él. Actualmente, estaba tratando de conseguir el título de auxiliar para poder ayudar a Julia, nuestra veterinaria residente.

Ella era una joven risueña, con el pelo largo y rizado siempre recogido en moños, trenzas o coletas cuando estaba trabajando. Podía haber elegido cualquier lugar para ejercer, pero había escogido mi rancho porque vio lo que hacía con su hermano, un veterano que

sufría de estrés postraumático y al que habían rechazado en el programa por no cubrir los criterios necesarios. Actualmente, vivía en Wellport, una pequeña ciudad costera, con su marido y su hijo. De vez en cuando venían a ver a su hermana y trataban de emparejarla con la primera chica guapa que encontraban por el pueblo. Cuando no estaba ocupada atendiendo a los animales, ayudaba en lo que hiciese falta en la granja como hacíamos todos.

Miguel y Kwanhee eran hermanos o así lo sentían ellos. No compartían la sangre, pero habían vivido en las mismas casas de acogida y sufrido por culpa de los niños y las personas encargadas de cuidarlos por el simple hecho de pensar diferente. Al primero le encantaba meterse en travesuras y parecía disfrutar con juegos propios de adolescentes. Había descubierto desde que era pequeño su bisexualidad y se convirtió en fuente de burlas allá dónde iba. Kwanhee, de origen coreano, había pasado por una experiencia similar, pero en cuanto conoció a Miguel se convirtió en su defensor como si de su hermano mayor se tratase. Miguel había estudiado psicología especializándose en terapias con animales y Kwanhee era fisioterapeuta, especializado en personas con necesidades especiales. Ambos eran inseparables y vieron la oportunidad de trabajar juntos cuando descubrieron que, en ocasiones, acogíamos niños hasta que conseguían un hogar estable.

Por último, Carl había sido la más reciente adquisición, un joven fuerte y experto en psicología militar, ideal para muchos de los veteranos que acudían a nosotros. Nunca supe por qué vino, mantiene el secreto bien guardado, pero ha demostrado su lealtad y respetaba su intimidad. Gracias a él, conseguí cambiar mi punto de vista con Jimmy y encontré una forma de ayudarle que no había sabido ver. Una de las cosas más curiosas que había aprendido de Carl era que se había doctorado con una tesis de sexología: "El BDSM y el consentimiento: fundamentos y claves para una relación sana". ¿Cómo terminó siendo psicólogo militar? Es otro misterio que se guarda para sí mismo. Lo importante era que ayudaba bastante con aquellos pacientes que sufrían de estrés postraumático.

Una vez terminadas las presentaciones, las conversaciones se reanudaron de nuevo como si Calvin llevase con nosotros toda la

vida. Marcos fue más rápido que ninguno y le preguntó si entendía las matemáticas. Todos habíamos cubierto alguna asignatura de las que necesitaba aprobar, pero aún no había dado con nadie que le ayudase con los números. Cuando el hermano de Joshua asintió y comenzó a explicarle alguna de sus dudas, sonreí. En mi cabeza no dejaba de aparecer la expresión: "Buen chico". Poco a poco se fue tranquilizando, sintiéndose acogido y dejando de preocuparse por aquello que le rondaba la cabeza. Marcos era experto en sacarnos de nuestras cabezas. Tenía algo que le hacía especial.

Pronto la conversación derivó en una serie de anécdotas protagonizadas por nuestro torbellino Aristóteles. La oveja negra era nuestra favorita, pero no podíamos negar que nos hacía la vida imposible a todos. No quería pastar cuando las demás sí, siempre se escapaba y tenía una afición tremenda con los pantalones. Si te descuidabas, podías acabar con un mordisco o un agujero. Simón contó cómo una vez Marcos y él habían preparado una tarta para celebrar el cumpleaños de Carl cuando Aristóteles apareció corriendo. Antes de que pudiesen reaccionar, le dio un mordisco llevándose consigo las velas. Miguel explicó que cuando apareció en la escena, el cocinero estaba persiguiéndole al grito de: "Como te coja te mato, ¡Vamos a cenar estofado de oveja!".

Me senté allí comiendo, sonriendo, riendo y escuchando a mi familia. Como el cuidador que era, disfrutaba al ver a mis seres queridos felices. Si pudiese quitarles todos los miedos y problemas de un plumazo, lo haría sin dudado. Sin embargo, lo único que podía hacer era cuidarlos en la sombra. Carl me sonrió desde el otro lado de la mesa con una mirada que quería decirme: "Te entiendo perfectamente, pero aquí estamos para lo que necesiten". Al igual que yo, florecía al cuidar de los demás, pero nos manteníamos al margen tanto como podíamos para no espantarlos.

Tras la cena, Calvin no dejaba de bostezar y frotarse los ojos, pero no dudó en levantarse y ayudarnos a recoger. Debía sentirse orgulloso por ser tan responsable. Aun así, algo me decía que tendía a anteponerlo todo a sí mismo, como en aquel momento, cansado del viaje y sin dejar que otros se encargasen de las tareas. Una de las misiones de mi equipo iba a ser lograr que se priorizara, que

supiese que es importante y dejase de priorizar las opiniones de los demás a las suyas propias. Joshua había insistido en ello el día en el que hablaron. Había visto como su hermano se derrumbaba y la impotencia le estaba carcomiendo por dentro. Me quedé un rato apoyado en el quicio de la puerta observando a Calvin reírse ante la pelea de Miguel y Kwanhee sobre quién era más rápido fregando los platos. Estaba tan concentrado que no me di cuenta de que Carl se colocaba a mi lado hasta que sentí su mano en mi hombro.

—Conozco esa mirada —Dijo en voz baja para que nadie más lo escuchase. En su voz no había reproche, solo diversión. Le encantaba verme así cuando siempre he sabido controlarme—. Ten cuidado. Está aquí para descansar de la vida que casi le mata.

—Lo sé —Me giré hacia él sabiendo que no había forma de engañarle—. ¿Podéis encargaros vosotros de su recuperación? —Le pregunté por qué era lo más sensato que podía hacer en esos momentos—. Quizás me acerque a él de otra forma —Dejé caer para ver qué opinaba realmente.

—Claro, dejaré que mañana vea la realidad de este sitio tortuoso —Bromeó, aunque ambos sabíamos que se había aficionado al trabajo en el rancho, además de a tratar a sus pacientes—. E iré a buscarle después. Antes de acercarte a él, observa las señales, lo último que necesita es saber qué pensamientos fetichistas traes y que salga corriendo.

—Hablando de sitios tortuosos —Dije para cambiar de tema—. ¿Cuándo vas a explorar el pueblo? Son dos años ya y…

—Deja que yo decida cuando es tiempo suficiente para salir de aquí —Me cortó sin dar ninguna explicación. Carl ocultaba más secretos de los que dejaba ver al mundo y, aunque lo respetaba, odiaba verle encerrado allí por grande que fuese nuestro hogar—. Salir al porche y leer es todo lo que necesito. Además, para socializar os tengo a vosotros.

Lo dejé estar como hacía cada vez que salía el tema y terminamos de poner en orden la primera planta. Si les dejaba continuar unos minutos más, iban a quedarse dormidos de pie. Incluso Miguel y Kwanhee pese a su hiperactividad habitual estaban bostezando cada dos minutos. Aquel grupo variopinto siempre

necesitaba un empujón para acabar el día, algo que satisfacía al cuidador en mí.

—Vamos, chicos, hora de irse a la cama. Todo el mundo a cepillarse los dientes, lavarse la cara, ponerse el pijama y a dormir.

Calvin me miró de una forma que no supe descifrar y le entendía. ¿Qué hacía dándoles órdenes a un grupo de adultos? Solía ocurrir con cada una de las personas que aparecían temporalmente en aquella casa. Sin embargo, era nuestra dinámica y se acababan acostumbrando a nuestras peculiaridades. Por no hablar de que, al conocer a Carl, todos parecíamos normales. Una vez procesó lo que había aprendido de nosotros, nos dio las gracias y con un "buenas noches" fue subiendo hacia su habitación. En mi cabeza resonó con fuerza lo que tanto quería decir: "Buen chico".

Simón se despidió de nosotros sin rechistar como solía hacer cuando los mandaba a la cama. Siempre listo para complacer y cumplir órdenes. Marcos, en cambio, protestó cuando Miguel y Kwanhee propusieron ver una película. Sin embargo, los tres acabaron subiendo en cuanto Carl los miró. A veces parecía que estábamos criando adolescentes, pese a que en realidad solo nuestro inquilino tenía la edad correspondiente. Jimmy me miró y se frotó los ojos, una plegaria silenciosa para que cumpliese mi promesa de todos los días. En cuanto le aseguré que estaría allí en seguida, dio media vuelta y siguió a los demás a la planta de arriba.

—Voy a revisar de nuevo a Sócrates y voy a la cama —Dijo Julia dándonos un beso en la mejilla a Carl y a mí—. Buenas noches, chicos.

Una vez que nos quedamos a solas, mi buen amigo me miró negando con la cabeza con una sonrisa en los labios. Sabía lo que me iba a decir. Era algo que llevaba mucho tiempo pensando, pero que se había intensificado con fuerza cuando nuestras dinámicas en casa habían cambiado.

—¿Algún día esta familia se dará cuenta de que es más kinki que un motorista en un club de BDSM? —Preguntó Carl riendo—. Ninguno es consciente de sus actos, pero tú y yo sabemos que cada uno cae en algún espectro de la comunidad o en varios. Algún día

lograré que lo confiesen y dejaremos de andar de puntillas con nuestras idas y venidas.

—Déjales, ya lo irán explorando a su ritmo ¿Recuerdas tu primera vez? Porque la mía fue bastante memorable —Sonreí con cariño ante el viejo recuerdo. Había salido antes de tiempo de clase y estaba listo para llegar a la casa y ver una película antes de que mis padres llegasen. Sin embargo, cuando entré, mi hermano había venido de visita y había traído a alguien a quien tenía bien atado a una de las sillas del comedor. Cuando escuché a la mujer decirle "daddy", casi me explota el corazón—. Luego tardé en darme cuenta de que también quería aquello.

—Les dejaré a su ritmo, no tardarán en darse cuenta, sobre todo si sigues mirando a mi paciente así —Me golpeó en la espalda sin que la risa dejase su voz—. Voy a comprobar que Miguel y Kwanhee no estén haciendo de las suyas. Esos dos van a acabar con mi paciencia, son como una panda de adolescentes.

—Pero los dos sabemos que te encanta —Le acusé sonriendo—. Gracias por aconsejarme lo de Jimmy, aún no es capaz de abrirse demasiado, pero está mejorando desde que establecimos estas rutinas.

Nos dimos las buenas noches y cada uno fue a la habitación que le correspondía. De alguna forma habíamos creado una rutina en la que Carl cuidaba de Miguel y Kwanhee y yo de Jimmy y Simón. Julia había bromeado más de una vez sobre cómo no podíamos dejar el estilo de vida ni un segundo. Como solía hacerlo las noches en las que iba a visitar al club Cuerdas y cuero en la ciudad, perdía fuerza argumentativa. Lo cierto era que el rancho Valle para la recuperación, ya no solo era un sitio donde el colectivo LGBTI+ era protegido, sino que habíamos creado una plantilla de trabajadores pertenecientes a la comunidad BDSM, lo supiesen ellos o no.

—¿Estás preparado? —Pregunté al tocar en la puerta de Jimmy.

Cuando le oí confirmármelo, entré. Ya estaba tumbado en la cama, bien abrazado a su peluche de Mushu y bajo sus sábanas de estrellas que brillaban en la oscuridad. Se había puesto su pijama favorito lleno de personajes de Mulán y me había dejado el cuento de hoy en la mesita de noche. Me senté en el borde de la cama

como cada noche desde que Carl me hizo ver lo que podía necesitar. No había aceptado aún quien era, se avergonzaba de sus necesidades tanto que solo se permitía aquellos pequeños detalles como el peluche, las sábanas y el pijama. Me había ofrecido a explorar más cosas con él, pero me rechazaba rotundamente. Lo único que podía hacer era ayudarle con lo que me dejaba: el cuento antes de dormir.

—Érase una vez…

∞∞∞

A la mañana siguiente, tras realizar mi rutina diaria de yoga y darme una ducha con agua fría, comencé con mi trabajo de despertar a los más dormilones. El olor a café que provenía de la planta baja indicaba que Simón ya estaba preparando el desayuno. Si el oído no me fallaba, Marcos estaba con él. Había aprendido a amar las mañanas, pese a que los primeros días no dejaba de protestar conmigo. Jimmy salió de su habitación ya vestido y con su cara de pocos amigos habitual. Hasta que no bajaba y se servía su café, era imposible dirigirle la palabra.

—Buenos días, Jonathan, voy al pueblo a hacer mi ronda. Si me necesitáis, llamad —Me dijo Julia al pasar corriendo por mi lado.

—No te dejes el desayuno —Le pedí sabiendo que a veces se olvidaba de comer durante horas si no cogía nada de la casa.

Pasé de largo la habitación de Carl sabiendo que hoy era su día libre en las rotaciones y abrí sin miramientos la de Miguel. Como era habitual cada mañana, dormía con la cama completamente desbaratada. A lo largo de la noche se le iban cayendo sábanas, almohadas y cualquier prenda que tuviese sobre la cama por haber olvidado guardarla. Negué con la cabeza ante el estropicio, pero no hice nada por arreglarlo. Tenía una misión más importante.

—Venga, arriba, hora de levantarse —Le dije abriendo todas las ventanas y corriendo las cortinas—. Nos espera un gran día de trabajo.

—Cinco minutos más —Refunfuñó tapándose la cara con las manos antes de darse la vuelta hacia la pared.

—Ni cinco ni diez, arriba que ya es la hora —Me crucé de brazos y dije la frase mágica—. O te veo en veinte minutos preparado y desayunando o te quedas sin ruta a caballo durante un mes.

La amenaza surtió efecto de inmediato. Miguel se incorporó como un resorte y empezó a buscar la ropa para el día. Me marché de allí para dejarle arreglarse tranquilo riendo al escucharle refunfuñar sobre querer volver a la cama. Ahora que había conseguido levantar a uno, me quedaba el pobre iluso que creía que había venido aquí simplemente a descansar. Calvin iba a aprender que el rancho Valle tenía el trabajo como fuente de terapia y lo iba a hacer con un agradable despertar. Era hora de que comenzásemos la mañana.

Capítulo 3

Calvin

Cuando me fui a dormir aquel día, estaba convencido de que iba a conseguir el descanso que tanto me merecía. Después de cinco años en el bufete sin haber pedido vacaciones y tomándome solo uno o dos días libres al mes por necesitar ir al médico, iba siendo hora de que recargase energía. Sin embargo, a la mañana siguiente abrí los ojos ante un repentino golpe de luz y un torrente de aire frío que me dejó tiritando. Me incorporé de golpe frotándome los ojos para tratar de procesar lo que estaba ocurriendo y me encontré a mi gran torturador, como le llamaría a partir de ese momento. Jonathan sonreía como si no hubiese encendido la luz y abierto todas mis ventanas a las seis y diez de la mañana. No me había despertado a esa hora ni para ir al instituto. Debió de ver en mi cara que estaba buscando formas de esconder su cuerpo una vez que acabase con él porque se apresuró a explicarme por qué estaba en pie a horas inhumanas:

—Vamos, dormilón, hora de comenzar el día —De fondo se oía a Miguel refunfuñar algo sobre instintos paternales que se podían meter en zonas escondidas del cuerpo, así que intuí que no era el único que había sufrido un despertar desagradable—. El rancho ayuda a partir de la experiencia de trabajar en el campo y con animales, así que a partir de ahora te toca madrugar con nosotros. Salvo en tu día libre —Se acercó a la puerta para gritarle a Miguel un par de cosas que no llegué a escuchar y se giró hacia mí—. Tienes veinte minutos para vestirte y bajar a desayunar. No te preocupes por los zapatos, tenemos de sobra y de cualquier talla para los invitados.

Incapaz de replicarle y sin saber qué hacer. Llamé a mi hermano para quejarme mientras buscaba en mi armario cualquier cosa que pudiese servir para un día trabajando en el rancho. Quería cantarle las cuarenta por no haberme advertido de que aquellas vacaciones no iban a ser todo lo relajantes que esperaba. Sin embargo, cuando me cogió el teléfono al segundo toque y escuché su voz sin ápice de sueño, mis alarmas saltaron. Solo ocurría eso cuando le daba insomnio y sus épocas de no dormir solían extenderse a meses.

—Joshua, ¿Estás bien? —Le pregunté con rapidez.

—Sí, no te preocupes —Rio para quitarle peso al asunto, pero yo no podía calmarme, así como así—. Me he tenido que despertar a las cinco para una reunión a las seis y media con unos inversores. En su lado del país son las doce de la tarde —Se apresuró a asegurarme para que supiese que no estaba siendo uno de sus achaques—. ¿Todo bien por allí? —Había humor en su voz. El muy idiota sabía lo que había hecho.

—Más te vale que esto sirva, Joshua —Le reproché. Todo mi discurso furioso había desaparecido tras el pequeño susto que había tenido. No solo yo tenía problemas por querer abarcarlo todo, mi hermano también solía sobrecargarse—. A lo mejor tendrías que venir aquí tú también —Le sugerí.

—Quizás, quizás, puede que me pase a visitarte. Bueno, enano, tengo que terminar de prepararme para la reunión. Te quiero —Colgó el teléfono sin dejarme responder. Sabía que iba a insistirle para que también tomase un descanso y no quería dejarse convencer. Éramos idénticos en todo, menos en la apariencia.

Decidí preocuparme por lo que podía controlar: mi estancia en el rancho. Terminé de vestirme a tiempo, pero cuando bajé la mayoría ya estaba allí sentado. Di los buenos días y me dirigí a la cafetera. Era un hombre con una misión: conseguir mi dosis diaria de cafeína. Sin embargo, Jonathan me interceptó a medio camino y, sin saber cómo ocurrió, acabé sentado entre Marcos y Miguel en la barra. Simón colocó una taza de algo humeante frente a mis ojos y palmeó mi hombro. ¿Estaban todos locos? ¿Por qué me torturaban de aquella forma?

—Bienvenido al mundo del té —Dijo Miguel con la voz soñolienta —. Podría ser peor, a mí me tienen a base de zumo porque hasta el té me afecta —Suspiró y me sentí completamente identificado con él. Éramos dos víctimas en aquel lugar hostil.

—No seáis dramáticos —Nos dijo Jonathan negando con la cabeza—. Tu hermano tuvo que darnos tu información médica y el doctor ha dicho que evites por completo la cafeína —Me explicó y de pronto no me sentí tan mal por el cambio—. Sé que va a ser duro, pero estamos contigo —Dijo levantando su taza—. El único que continúa usando la cafetera es Jimmy.

Tras la debacle del despertar, la mañana trascurrió mejor de lo que esperaba. Jonathan me envió con Jimmy a arreglar una de las vallas que se había roto hacia el norte del rancho. Era imprescindible que nos encargáramos de ella para que los animales no se hiciesen daño ni entrasen predadores como los coyotes que poblaban la zona. El trabajo manual me sentó bien, pero lo mejor de aquel día fue conocer al hombre callado que solía perderse en sus pensamientos las dos veces que los había visto a todos juntos.

Era relajante estar a su lado. Tenía la paciencia suficiente para explicarme los pasos tantas veces como necesitaba y contestaba mis dudas, aunque ya me lo hubiese repetido. El resto del tiempo permanecía callado, concentrándose en lo que tenía entre manos. No necesitábamos rellenar el silencio. Era cómodo saber que no estaba solo, pero no sentía la necesidad de explicarme o justificarme como me ocurría en mi círculo social de la ciudad. Pasamos horas enteras esforzándonos y podía sentir el cansancio en mis músculos no acostumbrados a tanto movimiento, pero poco a poco se instaló en mi corazón una agradable sensación de paz.

A media mañana sonó la alarma de su móvil. Tal y como me explicó, solían olvidarse todos a menudo de que tenían que parar para comer algo si no querían perder energía a lo largo del día. Simón les había propuesto un sistema compartido de alarmas que sonaban cada vez que tenían que hacer un pequeño descanso. Nos sentamos, una vez más en silencio, contemplando el campo que se extendía ante nosotros. El sol brillaba con fuerza sobre nosotros,

pero la gorra que me habían prestado me protegía de las quemaduras.

Jimmy me tendió una de las dos fiambreras que el cocinero nos había preparado, pero no presté atención a la mía cuando vi la gran imagen de Mulán que decoraba la suya. No solo el diseño era diferente, sino que también la comida estaba guardada de forma distinta. La manzana que yo tenía entera había sido cortada en trozos, al igual que su sándwich al que también le habían quitado la corteza. A simple vista parecía la merienda de un niño pequeño, pero ¿Por qué iba Jimmy a…? De pronto recordé las señales que habían explicado en más de uno de mis libros y un "oh" escapó de mis labios. El ranchero, avergonzado, apartó la fiambrera de mi vista y bajó la mirada haciéndome sentir fatal. Tenía que hacer algo para mejorar la situación.

—No me parece justo —Me quejé llamando su atención—. Tu fiambrera es mejor que la mía, me encanta Mulán. Esta es muy sosa.

Jimmy sonrió levemente ante el cumplido y dejó de esconderse. Aun así, seguía sin sentirme bien. Había conectado con el hombre callado de una forma profunda e inexplicable y sentí la necesidad de compartir con él una parte de mí para que no se sintiese solo, avergonzado y como un bicho raro. Por eso, hice algo que no había hecho con nadie pese a que Joshua había descubierto lo que escondía en mi dormitorio, le confesé mi gran secreto. Sabía que no era la única persona, pero algo en mi sentía que estaba haciendo algo malo por comprar cada prenda, por desear algo tan extraño para el mundo que conocía.

—¿Cuánto tiempo llevas comprando ropa? —Me preguntó torciendo la cabeza hacia un lado con curiosidad—. Yo solo tengo un par de cosas —Volvió a sonrojarse y a mirar el trozo de manzana que estaba comiendo—. Un peluche, un pijama, un par de cuentos y unas sábanas. Me da miedo explorar y darme cuenta de que me gusta más de lo que parecía al principio.

No quería nombrar su estilo de vida, no quería mencionar ese espacio dentro del BDSM reservado para él, pero ya había admitido más de lo que esperaba. Una vez más, sentí que era alguien afín.

Compartíamos el mismo miedo. Mientras que yo compraba y compraba sin usar ninguna de las prendas. Él no quería seguir explorando. Algo en mí se rompió al ver como habíamos llegado a ese punto, con miedo de ser quien éramos y buscar nuestros deseos más profundos. Por eso, pese a notar la presión en el pecho que me indicaba que los niveles de ansiedad volvían a subir, le dije:

—¿Quieres que exploremos juntos? Podemos encontrar momentos seguros para los dos y ver dónde nos lleva eso —Tragué saliva y aparté la vista. Ahora era yo quien estaba avergonzado—. Nadie tiene por qué saberlo.

—¿De verdad? —Sus ojos se iluminaron y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa—. Pero poco a poco.

—Poco a poco. Esta tarde, después de comer, veremos Mulán y nos enseñaremos nuestras cosas. Es un buen comienzo ¿No?

Una vez establecido el plan, terminamos la comida y volvimos el trabajo. Con cada parte de la valla que lográbamos arreglar, más ligero me sentía. Mis pensamientos habían dejado de centrarse en el miedo que me daba el paso que había dado, en lo que había descubierto de Jimmy y en lo que me esperaba al volver a casa, para solo visualizar lo que tenía que hacer y cómo debía proceder para lograr acabar antes de la hora de comer según lo había previsto mi nuevo amigo. Para cuando lo dejamos completamente arreglado y volvimos al rancho, me sentía satisfecho y orgulloso. Era una sensación extraña. Siempre había notado que no estaba a la altura, que debía trabajar más, que debía seguir esforzándome. Sin embargo, aquel día, por tan solo acabar una valla me sentí realizado. Había aprendido algo nuevo y lo había logrado. No había hecho que Jimmy se retrasase ni lo había estropeado más. Nos encontramos en el porche a Carl que se quedó mirando a mi nuevo amigo cuando saludó alegremente y entró en la casa con rapidez.

—Vaya —Murmuró antes de que una sonrisa se dibujase en su rostro—. No sé qué le has hecho, pero sigue así. Es extraño verle tan feliz ¿Quieres sentarte un rato conmigo? —Señaló una de las sillas de plástico que servían, tal y como me explicó, para cuando volvían sucios después de trabajar—. Simón todavía no ha acabado y hoy le tocaba a Marcos ayudarle.

—Si no te interrumpo… —Le dije mientras señalaba su libro. Me sonrojé al leer el título: "Los hombres del profesor". Lo había terminado hacía unos días y pensar que aquel hombre también lo había leído me dejaba preocupado. Como si fuese a descubrirme con solo una mirada.

—Oh, no, no te preocupes, llevo toda la mañana leyendo. Ahora quiero un poco de compañía —Su mirada comenzaba a producirme escalofríos. Sentía que estaba tratando de analizarme y no entendía… Mierda, era psicólogo. Estaba convencido que esto entraba dentro de sus vacaciones y Joshua, una vez más, no le había dicho nada—. No te asustes, no vamos a hablar nada de lo que no quieras. Es más, hoy es mi día libre, solo quiero que sepas que estoy aquí para ti. Mi misión será escucharte y tú podrás tomar mis consejos o no. Es parte de lo que hacemos, pero nadie está obligado.

—¿Mi hermano no te lo ha contado? —Pregunté, cruzándome de brazos por la encerrona. Volvía a sentirme un niño pequeño que había sido atrapado por sus padres para ir al médico en lugar de a algún lugar divertido.

—Solo nos ha dado las indicaciones del médico para mantener sano tu corazón, pero yo quiero preservar tu mente —Me sonrió con dulzura. No había ni un ápice de compasión en su mirada y eso me tranquilizó—. Si trabajamos en tu salud mental, será más probable que protejamos tu corazón. Joshua solo quiere que te ayudemos, pero eres tú quien tiene que quererlo o no será de utilidad. Además, nada, absolutamente nada de lo que me cuentes saldrá de aquí, así que tu hermano se quedará completamente al margen.

Las palabras de mi hermano resonaron en mi cabeza: «Dale una oportunidad, solo una, y, si no estás de acuerdo después de eso, iré yo mismo a por ti». No me gustaban los cambios, ni sentirme vulnerable ante personas que podían devorarme en un instante. Sin embargo, aquellos hombres habían forjado una comunidad entera dedicada a la ayuda y el cuidado de personas que necesitaban un descanso o tenían algún tipo de problemas. Ya había ignorado los consejos de un médico y casi había sufrido un infarto. ¿De verdad iba a desperdiciar el resto de mi vida por culpa de lo que pensaba mí

tío? Durante años había estado protegiendo a los demás, ¿No era hora de que intentase estar bien yo?

—Está bien, vamos a intentar esta cosa de la psicología. He escuchado a Jonathan y trabajar me ha servido, creo que lo justo es oírte a ti también.

—Estupendo —Me dijo cerrando el libro con un fuerte golpe—. Pues mañana te vendrás conmigo. Tengo que ocuparme de los caballos y me vendrá bien tu ayuda —Se levantó y me apretó el hombro con cariño—. Vamos, compañero, toca llenar el estómago. Esto de leer y tomar el sol siempre me deja con hambre.

Miré perplejo hacia la puerta por la que había desaparecido Carl. No sabía si aquellos hombres iban a ayudarme en algo, pero una cosa tenía clara: no había conocido nunca a nadie tan extraño como ellos. ¿De dónde habían salido? ¿Por qué nunca había escuchado hablar sobre ellos? ¿Por qué mi hermano había acabado en un lugar como aquel?

Capítulo 4

Jonathan

Los papeles se amontonaban en mi mesa sin saber por dónde empezar. Podía pasarme horas cuidando de los animales. Me encantaba llevar a pastar a las ovejas, darles de comer a los burros e incluso ser perseguido por nuestros usualmente furiosos cerdos. Adoraba poder trabajar con las personas, observar dónde estaba el problema y crear el mejor plan que los condujese a una buena recuperación. Tenía paciencia para trabajar durante días y para tratamientos que duraban años. Sin embargo, la contabilidad era mi tortura. Tener que repasar los números, controlar las cantidades que compramos y la cantidad de suministros médicos necesarios me mataba lentamente. Para colmo, tenía que llamar a uno de nuestros proveedores que había olvidado convenientemente traer el nuevo equipo que Kwanhee necesitaba para sus sesiones de fisioterapia.

Miré de nuevo los papeles, después al ordenador en el que debería estar pasando todos los datos y vuelta a empezar. Suspiré tras pasarme la mano por el pelo con frustración ¿Por qué no era capaz de rendir cuando me tocaba realizar el trabajo de oficina? Debía admitir ya que no era invencible y que necesitaba ayuda. Mis ojos se posaron en la foto de mi escritorio, la más reciente que nos habíamos hecho la familia y pensé en qué estaría haciendo Jimmy. ¿Estaría cumpliendo con su horario? Su paz mental radicaba en la rutina. Trabajaba por las mañanas y tras una breve siesta después de la comida se ponía a estudiar. ¿Necesitaría ayuda con alguno de los temas? Quizás era buena idea comprobar que estuviese bien. Pese a que me sentía sobreprotector con todos los miembros de mi

equipo, Jimmy se había ganado un rincón especial en mi corazón. Era el hermano pequeño que nunca tuve.

El reloj marcaba las cuatro y media por lo que decidí que iría a buscarle. Me aseguraría de que todo estuviese bien con Jimmy y que a Calvin no le faltase de nada mientras disfrutaba de la tarde libre que se había ganado. Después volvería, me sentaría en el ordenador y acabaría con las malditas cuentas y los proveedores a tiempo de mi penúltima sesión con Marcos. Me producía melancolía pensar que en una semana y media tendríamos que despedirnos de él, pero era ley de vida en el rancho. Las personas venían, tomaban un buen rumbo hacia su recuperación y se marchaban al lugar al que pertenecían. Al final de su estancia debíamos quedarnos con que habíamos hecho el trabajo correcto y desear que, si volvían, lo hiciesen para saludarnos. Uno de los mayores dolores que podíamos sentir era cuando uno de nuestros inquilinos debía regresar pidiendo ayuda o se situaba en el archivo de los perdidos, aquel que revisábamos para comprender en qué habíamos podido fallar o que podríamos haber hecho de otra forma. Era nuestro aprendizaje.

Simón se encontraba regando las plantas que había insistido en comprar para darle un toque más hogareño a la casa. Al verme su sonrisa se volvió más amplia y señaló hacia la escalera. Era tan previsible como la cartelera de Telecinco en época de reality. Había aprendido a leer nuestras necesidades sin que tuviésemos que hablar, una faceta que compaginaba a la perfección con su amor constante por ayudarnos. No permitía que nos faltase de nada y yo sabía que parte de ello radicaba en sus deseos reprimidos ¿Algún día serían capaces de abrirse y explorar el mundo que tanto placer les había traído a Carl, Julia y a él? Seguía posponiendo la charla sin saber cómo introducirles en mi mundo de cuero, contratos y fetiches, pero sabía que debía hacerlo si quería que fuesen por fin ellos mismos sin avergonzarse. Sin embargo, con Calvin allí tendría que seguir retrasándolo un poco más. No iba a espantarle tan rápido.

— Seguiré en seguida —Le aseguré, aunque no engañaba a nadie. Debía convertir en una prioridad encontrar a alguien para el puesto. Mi cabeza viajó hacia cierto hombre que ya había sido capaz

de ayudarme con aquello hacía mucho tiempo. Sin embargo, ahora tenía una vida aparte y, aunque me apreciaba y seguíamos hablando todos los días, se había ido distanciando poco a poco.

— Claro que sí, cielo.

La risa de Simón me acompañó todo el tramo de escaleras hasta alcanzar la segunda planta donde Carl observaba la habitación de Jimmy con una sonrisa cálida. Aportó la mirada para verme y me hizo un gesto con la mano para que permaneciese en silencio. Con curiosidad me acerqué y me quedé maravillado. Jimmy se había quedado dormido con su pijama favorito mientras veía Mulán y abrazaba a su peluche. Nada de aquello era novedad salvo por el regazo sobre el que apoyaba la cabeza. Calvin dormía con la cabeza apoyada en la pared y su mano sobre la cabeza de su amigo como si hubiese estado acariciándole unos momentos atrás. Aquello me fascinaba por varias razones. En primer lugar, el aspirante a veterinario no solía llevar bien la socialización con extraños y menos hasta el punto de confiar un secreto que solo había podido hablar conmigo. Luego estaba el hecho de que Calvin había sido capaz de aceptar a Jimmy con lo que otros considerarían sus rarezas y le estaba ayudando a estar en paz sin darse cuenta. Sin embargo, esa realización suponía algo que no quería reconocer y que pesaba en mi orgullo. Me giré hacia Carl que me miraba con una sonrisa tan amplia que le dolerían las mejillas en cualquier momento. Quizás si ignoraba lo que estaba ocurriendo no tendría que…

— Te lo dije —Canturreó en voz baja demostrando que ya era demasiado tarde.

— Solo estaba siendo protector —Protesté cruzándome de brazos.

Aquella primera noche de Calvin, antes de acostarse, Carl vino a mí con una propuesta para la mejora de sus ataques de pánico. Para él era una situación de mutua ayuda donde cada uno de los implicados aportaría algo al otro que permitiría que avanzasen hacia una mejor salud mental. Según él, desde su perspectiva de psicólogo, que a veces chocaba con la mía, la mejor opción era emparejar al recién llegado con nuestro amigo. Siempre que venía un paciente debía convertirse en la mano derecha de uno de

nosotros, pero solíamos dejar al margen a Jimmy porque solía empeorar cuando tenía que compartir su espacio con alguien extraño. La pérdida de memoria que sufrió le impedía a veces relacionarse. Por eso me negaba a que aquello saliese bien, cediendo solo por la insistencia de Carl. Ahora me tocaba tragarme mis palabras.

— Tienes razón, vale, lo admito —Puse los ojos en blanco—. No quería que tuviese que esconderse. Bastante lo hace ya, pero me equivocaba.

Dejando la conversación en punto muerto entré en la habitación con cuidado. Les apagué el portátil guardándolo en el escritorio, los arropé como pude para que la brisa de septiembre no les pasase factura y salí de allí cerrando la puerta con cuidado. Ahora podía volver a trabajar con tranquilidad o más o menos lo intentaría porque ahora mi mente no iba a dejar de pensar en lo tierno que era verlos juntos. Al final no había forma de ponerse a trabajar en el papeleo. Siempre surgía algo nuevo.

—A partir de ahora los dejaremos juntos, salvo que uno de los dos nos pida un cambio —Aquello había sido prueba suficiente —. Ahora solo queda que consigas que hable contigo.

—Ha accedido a darme una oportunidad, solo necesito que la mantenga el tiempo suficiente. Es un gran paso al menos. Cuando me hablaste de él, pensé que nos daría mucha más guerra. —Tras observarme un poco más, negó con la cabeza —. Vamos, papá oso. Deja a los niños a lo suyo y vamos a hacer esas cuentas.

—¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero? —Le contesté pasando un brazo por sus hombres —. Contigo iré mucho más rápido.

—No tienes remedio. Necesitas ya a alguien que se encargue de eso —Se rio a carcajadas mientras me arrastraba escaleras abajo.

Una vez acabamos el trabajo, Carl se marchó para continuar con su día de paz y tranquilidad. Usualmente, solía consistir en buscar diferentes rincones de la casa para leer el nuevo libro que tuviese entre manos. Cuando llegó, solía enterrarse en informes y otros proyectos, pero conseguimos llegar a un acuerdo: un día a la semana se lo dedicaría a él mismo y yo no me quejaría de lo que

decidiese hacer. En aquel momento aún no sabía que tenía aversión a salir del rancho ¿Conseguiría que se abriese algún día y poder ayudarle de la misma forma que él lo hacía conmigo?

En cuanto me quedé solo puse un anuncio en internet, ya era hora de que buscase a alguien que me ayudase con la contabilidad y otros temas que me sacaban de quicio. Era hora de desistir. No podía encargarme de todo y no podía convencer a mi amigo de que volviese con nosotros, así que tendría que valerme cualquiera que necesitase trabajo. Tras acabar de escribir lo que buscaba, entré en las webs de desaparecidos habituales. Habían pasado seis años desde que Jimmy llegó a nuestras vidas, pero nunca había visto a nadie buscándolo. Una parte de mí decía que debía dejar de hacerlo y que era momento de aceptar que solo nos tenía a nosotros, pero otra me pedía que siguiese resistiendo por si podía darle paz a una familia preocupada. Marcos llegó cuando cerraba el buscador con resignación. Un día más sin saber quién había sido mi amigo.

—¿Se puede? —Preguntó desde la puerta abierta. Siempre la dejaba así para que supiesen que podían contar conmigo cuando fuese necesario, salvo cuando estaba en una sesión para poder darle privacidad a mis pacientes.

—Claro que sí, entra y cierra —Le señalé la silla frente al escritorio y obedeció al instante—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Nervioso —Me confesó. Lejos quedaba la época en la que no quería hablar con nadie—. Me ha llamado mi hermano y me ha dicho que está deseando verme el domingo. Incluso me ha dicho que podremos ir a comprar lo que necesite para decorar mi cuarto a mi gusto. Ya no será una habitación de invitados, será mía.

—Pero… —Le ayudé a continuar sabiendo que detrás de esa explicación vendría lo que le estaba preocupando.

—Empiezo el curso nuevo en dos semanas. Sé que es un colegio completamente nuevo, pero ¿Y si todo vuelve a empezar? Estaré repitiendo curso y pueden encontrar motivos para volver a hacerme la vida imposible —Suspiró, frotándose las manos como hacía cuando estaba nervioso.

—No puedo predecir el futuro, pero una cosa sé con seguridad. Ahora sabes con toda certeza que tu hermano se desvive por ti y

hará cualquier cosa para que seas feliz. Si necesitáis salir de la ciudad por completo, lo hará. Pase lo que pase, no estás solo. Habla con él cuando te sientas abrumado y cuando lo necesites, sabes cuál es nuestro número —Le dije, sabiendo que una parte de él tenía miedo a dejar de contar con nuestra ayuda. Era aterrador volver a enfrentarse al mundo cuando este te había hecho daño—. ¿Qué es lo que más deseas hacer una vez vuelvas a casa?

Continuamos hablando el resto de la sesión. Me explicó los planes que tenía con su hermano antes de que acabasen las vacaciones de verano y lo que pensaba hacer con su habitación. Después siguió explicándome como se sentía al respecto. Su mayor problema era saber que nos dejaba aquí, pero yo me apresuré a asegurarle que nunca olvidamos a nuestros inquilinos y que podía volver siempre que quisiese sin necesidad de volver a estar mal. La hora y media que nos quedaba pasó con rapidez y, antes de que nos diésemos cuenta, Miguel ya estaba esperándole para ir a dar de comer a los animales.

En la soledad de mi despacho mi mente divagó de nuevo hacia Calvin y la paz en su rostro al dormir. No solo era atractivo, sino que tenía una dulzura que me llamaba constantemente. Por no hablar de su risa. Había sido breve, pero suficiente para querer que sucediese más veces. Sabía que podía haber algo ahí si exploraba. Sin embargo, tenía miedo de intentar conocerle. No solo era hermano de su mejor había, sino que también había pasado por una crisis tras sentirse atrapado. Estaba allí para recuperarse, no para tenerme encima todo el día. Además, no podía asegurar que nuestros deseos estuviesen alineados y ya había comprobado que no podía mantener una relación completamente vainilla.

"Todo está perdido si no lo intentas ¿Puedes salir mal parado? Sí, pero no puedes saberlo al cien por cien y existe otra pregunta más importante: ¿Qué ocurre si todo sale bien? Con miedo y todo, inténtalo, yo estaré aquí para sujetarte si caes". Recordé lo que solía decirme mi hermano y sonreí. Siempre había tenido razón, no arriesgarse, suponía no vivir al máximo y aprovechar cada oportunidad. Mi mirada se posó en la foto de mi escritorio. Sonreía a la cámara mientras mi hermano me daba un beso en la mejilla. Ese

día habíamos ido al lago y salíamos completamente empapados. Fue uno de los pocos momentos felices que hubo en aquella época, antes de su último alistamiento.

Sus palabras seguían siendo ciertas, pero la última parte había dejado de tener sentido. Ya no podía sostenerme si caía. No estaba allí para ver en lo que me había convertido. Aun así, no estaba solo. Mi familia podía ayudarme si algo salía mal. Había dejado a un lado mi labor de psicólogo con Calvin para evitar cualquier tema ético y él era una persona adulta que podía tomar sus decisiones si quería aceptar una cinta conmigo. ¿Por qué iba a detenerme? Cerré los ojos y me imaginé todo lo que podía salir bien, cómo sería si pudiese llevarle a cenar y me sonriese cada vez que dijese algo divertido. Incluso podía imaginarlo en el rancho. Haría buenas migas con Aristóteles y nos regañaría a todos por enfadarnos con él cada vez que la oveja decidiese liarla o se escapase.

—Hey… —Dijo una voz con timidez sacándome de mi ensoñación.

Abrí los ojos y mi sonrisa se amplió al ver que Calvin me observaba apoyado en el quicio de la puerta. Sus mejillas parecían estar recuperando el color que había perdido desde su estancia en el hospital.

—¿Cómo ha ido el primer día? —Le pregunté indicándole que se sentase—. ¿Tengo que regañar a alguien o te están tratando bien?

Su rostro se iluminó, feliz de poder contar sus aventuras a alguien. Me contó lo genial que había sido Jimmy y como había disfrutado aprendiendo. Había sido paciente con él, por lo que se había ganado su plena confianza. También me explicó que mientras estudiaba, le había dejado leer en su cama para que no estuviese solo. Apreció la compañía, pero aún más el silencio. Aprendí entonces lo mucho que necesitaba espacios de tranquilidad donde supiese que la gente estaba a su alrededor, pero sin sentir la necesidad de hablar.

—Me alegra mucho. Del mismo modo que asignamos un psicólogo, solemos adjudicar un mentor para que acompañe a los inquilinos durante su estancia. Es bueno saber que has congeniado con el tuyo —Luego recordé que había sido él quien había venido a mí—. ¿Me buscabas para algo?

—Oh, sí, me he emocionado hablando y me he olvidado por completo —Se rio entrecerrando los ojos y noté como mi corazón se saltaba un par de latidos—. ¿Puedo pedir que me traigan un paquete a esta dirección? —Se sonrojó al decirlo y mi curiosidad sobre qué sería aumentó.

—Sí, pero siempre se pierden y acabamos yendo a la oficina del pueblo —Le expliqué—. Ahora lo que hacemos es enviarlo allí directamente. No está lejos y suele faltar siempre algo que necesita ser comprado por allí.

—Vale, gracias —Asintió procesando la información que le había dado—. Pues sabiendo eso voy…

No quería que se marchase todavía y sabía que no era el momento ideal para plantearle tener una cita, así que opté por la mejor opción que encontré: los animales. ¿Quién no quería pasar un rato entre adorables seres? De esa forma podía seguir hablando con él, conocerle un poco más. La única información que tenía era la que me había dado su hermano.

—He acabado por hoy, ¿Qué te parece si te presento a nuestros animales? —Me levanté de la silla para demostrar que no tenía intención de continuar allí—. Quiero asegurarme de que están bien y no necesitan nada antes de que vayamos a dormir. Sería bueno tener compañía.

Calvin miró hacia la puerta durante un segundo para después encogerse de hombros. Como había predicho, en cuanto vio a nuestra oveja de lana negra se enamoró por completo. Aristóteles, pese a ser el más arisco del rebaño, no tardó en dejarse acariciar por él. "Tener envidia de una oveja, lo que me faltaba" pensé riéndome de mí mismo. El resto del paseo lo tuvimos que hacer seguidos por el animal que parecía haber conectado a un nivel profundo con Calvin, de un modo similar al que lo había hecho con su hermano. Los cerdos no fueron igual de apreciados y pasamos rápido por su lado. Sin embargo, nuestros caballos y yeguas fueron dignos de exclamaciones. Todos los animales que teníamos, desde las aves a los caballos, eran rescatados. Muchos eran mezcla de diferentes razas que para sus dueños no habían tenido valor o habían sufrido diversos maltratos. No pude explicarle la historia de

todos, pero con cada palabra que escuchaba, Calvin se abrazaba más a Aristóteles y se enfadaba por lo que les había ocurrido.

El paseo se me hizo corto. Aprendí sobre el amor por los animales de Calvin y como siempre había deseado tener una oveja, pero sus padres solían hacerle perder el interés con peluches cada cumpleaños. Al final había acabado acumulando una gran cantidad porque su hermano nunca quiso que aquella tradición que les recordaba a ellos se perdiese. Su voz se entristeció ante el recuerdo de cómo los había tenido que donar, pero no tardó en sonreír de nuevo al pedirme que le contase como había sido sobrevivir sin Simón y su maravillosa comida. No me cansé de escucharle en ningún momento. Al volver, supe que tenía que arriesgarme e intentar ver qué podía salir de aquella atracción que sentía.

Capítulo 5

Calvin

El domingo llegó sin que me diese cuenta. Por las mañanas iba con Jimmy a trabajar en aquello que le hubiese tocado. Por ahora habíamos estado funcionando como personal de mantenimiento, pues había mucho estropeado tras el verano que debía quedar listo para cuando comenzase la temporada alta, pero también habíamos estado alimentando los animales y limpiando los establos cuando necesitaban más manos. Había aprendido como protegerme del calor y a no subestimar los descansos para mantenerme tan activo como los demás, pero sobre todo había dejado de pensar en los problemas que habitualmente me rondaban. Por las tardes, tras las agradables y ruidosas comidas grupales, solíamos encerrarnos en mi habitación o la de Jimmy para seguir aprendiendo sobre el BDSM o para que él pudiese alejarse un poco de la vida adulta. Habíamos encontrado un club en la ciudad vecina, Cuerdas y cuero, y sopesábamos la idea de apuntarnos sin mucho convencimiento. Sobre todo, por mi parte, pues seguía teniendo escondidas mis compras impulsivas escondidas en la bolsa en las que las había traído mi hermano.

Después, mientras mi amigo estudiaba, me quedaba leyendo en su compañía hasta que llegaba la hora de buscar a Jonathan, un nuevo hábito del que no sabía qué pensar. Dábamos un paseo por la propiedad y hablábamos de cualquier tema que surgiera. Lo atribuía a la necesidad de conocer al único amigo de mi hermano que lo había visto en su peor época, pero el cosquilleo que sentía cuando lo veía me indicaba razones muy diferentes. Para colmo, no ayudaba

que la noche anterior me hubiese despertado tras un sueño erótico, uno en el que aparecía él ordenándome que… Negué con la cabeza. No iba a volver a ello.

Suspiré abrazándome a la almohada. Aún recordaba cómo se sentía la mano de Jonathan en la zona baja de mi espalda o rozándose en mi brazo. Parecía un adolescente desatado y hormonal que no sabía controlarse. ¡Qué vergüenza! ¿Pero qué otra cosa podía hacer cuando el ranchero era el único en mucho tiempo que me había visto a mí, no al abogado o el apellido prestigioso? ¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía apreciado y escuchado? Era como si pudiese leer mi mente. Sabía hacerse cargo cuando las decisiones me abrumaban y, aunque ni yo mismo entendía todavía la extensión de mis deseos, era lo más cerca que había estado nunca de comprenderlos.

Llamaron a la puerta y salí de mis ensoñaciones. Eran las seis de la mañana en mi primer día libre en la granja y yo estaba completamente despierto. Hasta mi reloj biológico se había acostumbrado a esta vida.

—Adelante —Contesté.

Jimmy asomó la cabeza por la puerta y sonreí lleno de ternura. Llevaba a Mushu cogido por la cola medio arrastrándolo, con la mano libre se acariciaba los ojos soñolientos y su pelo seguía alborotado tras dormir. Cuando era su yo de tres años era todo dulzura y sueño, mientras que cuando era adulto daba terror hasta que se bebía el café. Ya comprobé los límites de su despertar un día que le pregunté antes de tiempo qué íbamos a hacer.

Levanté las sábanas y le indiqué que viniese. Cerró la puerta antes de correr hacia la cama y tumbarse a mi lado. Me abrazó enterrando su rostro en mi pecho y suspiró aliviado. Le murmuré un "buenos días" y acaricié su pelo con cariño. Sabía que su necesidad de seguir en ese espacio que alcanzaba cuando se alejaba de la vida

adulta tenía que ver con que Marcos volvía a casa. Se había encariñado tanto con él que le afectaba tener que despedirse. Por eso llevé mis manos a su barriga provocándole cosquillas. No había oído nunca algo tan puro como su risa llenando mi habitación y me pregunté cómo nos sentiríamos cuando me tocase a mí marcharme. Solo habían pasado cinco días desde que llegué y ya sentía una conexión con él, mayor que la que había tenido nunca con mis supuestos amigos.

— Vamos a desayunar, bebé, no podemos ignorarle —Le susurré apartándole el pelo de la frente y dándole un beso.

Ocultó su cara en mi pecho y negó con la cabeza. No quería tener que ser adulto ahora mismo. Afrontar las despedidas era más fácil cuando era un niño. Si bajaba, no podía seguir así… ¿O sí? Una idea se formó en mi cabeza. Le ordené que se cepillase los dientes como un padre hace con sus hijos, como mi hermano hacía conmigo y supe que así me sentía. Era el hermano pequeño que no había tenido nunca. Cuando terminó, me miró con un puchero que no tardó en convertirse en una sonrisa cuando le expliqué el plan.

—Vamos a ponerte una camiseta encima de tu pijama para que no se note que es de cuerpo entero, después voy a pedirle a Jonathan que nos corte el desayuno en piezas pequeñas y ponga la salsa aparte. De esa forma, nadie tendrá por qué pensar nada ¿Te parece bien?

Me abrazó con fuerza cuando le puse mi camiseta favorita de color violeta, el de los ojos de uno de mis personajes preferidos. En ella rezaba: “Feyre, Darling”. Me alisé mi pijama de baby Yodas y una vez satisfecho le cogí de la mano para que bajásemos a desayunar con los demás. Trabajasen o no, todos estarían despiertos para pasar las últimas horas con Marcos. Nadie hizo ningún comentario a nuestro atuendo y Jimmy se relajó visiblemente. Incluso sonrió cuando Jonathan sin cuestionar el porqué de mi petición nos hizo el favor de cortar la comida.

— Mi número de teléfono, Marcos, llámame para lo que sea. No seré psicólogo, pero soy bueno escuchando —Le dije al adolescente revolviendo el pelo—. Pero, por favor, que no sea para que te saque de algún lío legal —Bromeé para quitarme el nudo en el pecho ante la despedida. Nunca las había llevado bien.

— Seré más bueno que un boy scout —Me prometió antes de darme un abrazo.

Si la despedida fue triste para mí que le había conocido muy poco tiempo, los demás tenían que estar destrozados. ¿Cómo podían afrontar tantas despedidas? Aquel rancho era el lugar de paso para muchos. Al menos me quedé tranquilo al ver que su hermano le adoraba. Era como ver a Joshua cuando me miraba, el amor incondicional de un hombre que había pasado de ser hermano a padre sin habérselo esperado. Aun así, la casa se quedó sombría y todos se marcharon a trabajar con menos energía de lo habitual.

— Voy a estudiar un rato para tener la tarde libre —Me dijo Jimmy apoyando la mano en mi hombro—. Gracias por lo de hoy ¿Quieres que comamos en el pueblo?

Acordamos que nos veríamos a las dos en la puerta y me dirigí con lentitud hacia el establo donde había quedado con Carl. Me sentía escéptico y una parte de mí pensaba que acudir a él era un fracaso más que añadir a mi lista. No dejaba de pensar en lo que pensarían mis tíos si lo supiese. Solo era una forma más de no ser el hombre fuerte que esperaban, otra manera de diferenciarme de mi círculo habitual. Sin embargo, le prometí a Joshua que le daría una oportunidad a todo y mi promesa hacia él era más fuerte que cualquier opinión ajena. Además, hasta ahora había funcionado. Me sentía mejor.

—¿Has montado a caballo alguna vez? —Me preguntó una vez que llegué hasta él ¿Este tío era real?

Kwanhee tenía dos caballos preparados. Una pequeña yegua llamada Zambrano con cicatrices en sus costados a causa del circo en el que había estado atrapada y un caballo negro que respondía a Descartes. Al descubrir que sus padres pertenecían a razas diferentes, los dueños decidieron que no merecía un hueco en su rancho y se lo habían regalado a Jonathan. Sin embargo, sus historias no explicaban una de las mayores incógnitas ¿Qué les pasaba con los nombres de filósofos?

— Todo empezó como una broma —Me explicó Kwanhee. "Genial, he vuelto a pensar en voz alta" me recriminé al mismo tiempo—. Cuando llegamos Miguel y yo decidimos meternos con Jonathan al conocer a Aristóteles. Así que les cambiamos el nombre a todos mientras él nos regañaba y nos corregía. Al final los demás se contagiaron y acabaron llamándolos igual. Ahora, cada vez que viene un animal nuevo, acaba siendo un filósofo.

— Zambrano se llamaba Tránsito —Dijo Carl como si aquello explicase por qué habían aceptado el cambio de nombre—. Bueno, basta con la charla ¿Sabes montar? —Asentí, pero no me dejó añadir nada más—. Perfecto, Zambrano es para ti. Es muy mansa y no hará estragos con tu corazón.

Montó casi sin esfuerzo mientras que Kwanhee tuvo que ayudarme a subir. Seguía sin entender como Carl ayudaba a pacientes y no era uno. Era como si le faltase algún cable en el circuito que era su mente. Sin embargo, cuando sentí la brisa en mi rostro y la presencia de la yegua bajo mi cuerpo, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Íbamos ganando velocidad haciéndome sentir libre por primera vez en mucho tiempo ¿Cuántos años había pasado desde que podía disfrutar así? ¿Cuál fue el último caballo que pude montar? El bufete le quitaba horas y su prometida odiaba que volviese a casa oliendo a animal.

Me costaba más de lo usual debido a la falta de práctica y a mi corazón que aún se resentía del susto que había tenido. Sin

embargo, no era un esfuerzo dañino, sino rejuvenecedor. Cabalgamos en silencio durante un tiempo hasta alcanzar un lago escondido entre los árboles donde desmontamos y dejamos pastar a los caballos. Nos sentamos en unas rocas cerca de la orilla donde Carl se quitó los zapatos y mojó los pies con un suspiro de satisfacción, devolviéndome de nuevo la sensación de que tenía algún tipo de problema o se trataba de algún gurú extraño de esos que se llevaban ahora.

— Bueno, Calvin, cuéntame ¿Quién eres?

Fue fácil de contestar. Le expliqué donde me había criado y que tras un accidente que les quitó la vida a mis padres, mi hermano tuvo que criarme. Había seguido los pasos de mi madre para convertirme en abogado. Mis notas habían sido impecables y fui capaz de escalar muy rápido en el bufete en el que trabajaba hasta el punto en el que me iban a convertir en socio. También le conté como conocí a una abogada de renombre con la que empecé a salir y como le pedí matrimonio. Seguí el rumbo de vida lógico y no entendía como todo aquello había derivado hacia el infarto. También le hablé de mi casa, de la familia que me quedaba y de los amigos que había dejado atrás. Sin embargo, algo en toda la conversación se sintió vacío, como si se tratase de un robot recitando la información que le habían insertado.

— Eso es quién has pretendido ser, Calvin —Me dijo Carl mirando el horizonte del lago—. Has caminado a la deriva siguiendo los pasos de alguien más, pero ahora quiero que pienses en quién eres y en quién te quieres convertir. Vamos a ir buscando el origen de cada angustia que has sentido y por qué razón has necesitado ser un actor en lugar de vivir tu vida. Por ahora quiero que pienses en una cosa que quieras hacer y nunca has hecho porque no entraba en ese molde que has creado —Se levantó de roca y me sonrió de oreja a oreja—. Ahora, ¿Qué te parece una carrera? Queda mucho tiempo libre aún.

∞∞∞

— ¿Y te preguntó quién eres? —Me preguntó Jimmy con curiosidad—. A mí me trata Jonathan, así que nunca he sabido los métodos que emplean Carl y Miguel.

Estábamos sentados en una mesa cerca de la venta a través de las que podía observar a los pueblerinos paseando y parándose a charlar con sus vecinos. Luca nos había traído unas hamburguesas con patatas minutos atrás, por lo que Jimmy no dejaba de untar las suyas en kétchup. Si Simón nos viese, montaría un escándalo y nos haría una lectura sobre la salud. Sin embargo, si no se abusaba, podíamos darnos un capricho de vez en cuando.

—Fue muy extraño, pero lo peor es que tiene razón. No sé quién soy —Suspiré mordiendo mi hamburguesa—. Cuando volvimos a la casa estuve pensando y… Nunca he estado más perdido ¿Quién soy?

—Eres mi mejor amigo y una de las mejores personas que he conocido —Concluyó el chico—. Los otros detalles se pueden trabajar. Para eso está el rancho, para encontrarte a ti mismo —Se señaló la cabeza—. Yo no sé ni mi nombre real, pero estoy aprendiendo a ser un nuevo yo, a ser Jimmy. No sé si sería igual antes, pero lo que importa es el ahora.

—Contigo aquí no será difícil. Podemos encontrarnos juntos — Apreté su mano con cariño no queriendo que volviese a caer en el dolor que era saber que había perdido una parte de sí mismo.

Me había contado lo que había sido despertar en el hospital sin recuerdos. Había sentido mucho miedo. No sabía dónde se encontraba, no podía decir que día era y las crisis de pánico habían sido horribles, pero para él lo peor había sido la soledad. No había nadie a su lado que le ayudase a descubrir quién era. Tampoco lo

habían buscado. Sin embargo, el hospital llamó a Jonathan y ahora era mucho más feliz. Tenía una familia.

—Cambiando de tema —Le dije por qué ninguno de los dos necesitaba caer en la tristeza en nuestro rato libre—. He leído en la web que el club va a hacer fiesta temática —No hacía falta que le dijese el nombre. Los dos pasábamos horas refrescando la página—. Es discreto, lo hemos leído mil veces y… —Tragué saliva, dejando la frase a medias. Aunque la idea había sido mía, me daba vergüenza proponerlo en voz alta.

—¿Quieres que vayamos? —Abrió los ojos como platos. No se esperaba que saliese de mí—. M-Me parece bien —Bajó la mirada y se sonrojó—. Seguro que allí podemos aprender más.

—Pues entonces decidido, el sábado vamos de fiesta —Asentí sonrojándome por completo.

Vaya dos, avergonzados por algo que no debería asustarnos. "Dale una oportunidad" le había dicho Joshua y tenía razón. También debía dársela a aquello. Si quería decir a Carl una cosa que fuese mía, que mostrase quién era, tenía que hacerlo.

—¿Habláis de Cuerdas y cuero? —Dijo una voz a nuestro lado sobresaltándome.

Nos giramos a tiempo de ver a Simón sentarse en nuestra mesa con su propia hamburguesa. Sin embargo, no pude hacer ninguna broma sobre el tema porque nos había pillado. Ahora sabía que estábamos interesados.

—No me miréis como si fuese a comerme a vuestro perro— Nos dijo mientras cogía una de las patatas de su plato—. También quiero ir, también estoy en vuestro barco.

— ¿Tú también? ¿Por qué no me lo habías dicho nunca? — Preguntó Jimmy relajándose.

— No es lo mismo que tú, pero creo que podía ser bueno explorar algunos kinks —Se sonrojó un poco y carraspeó para recuperar la compostura—. No estaba seguro y no quería asustarte más de lo que sueles estarlo.

Tras eso, los tres pactamos que seríamos un equipo. Acordamos como lo íbamos a hacer a partir de ahora y el sábado decidimos que tras la cena nos prepararíamos para la fiesta. Nos centraríamos en Jimmy por la temática que habían preparado, pero no dejaríamos que la puerta se cerrase para los demás. Solo faltaba que me armase de valor para sacar la bolsa del armario.

Capítulo 6

Jonathan

No podía apartar la mirada del trío de chicos que reía sin parar mientras hacían una de las famosas tartas de Simón, un bizcocho de manzana. Algo había pasado mientras comían en el pueblo para que la unión de Jimmy y Calvin hubiese acogido a Simón. La curiosidad me pedía, pero no iba a preguntar. La intimidad era fundamental. Su teléfono comenzó a sonar y dejó atrás tan agradable escena para hablar en la privacidad de su despacho por si se trataba de algún nuevo inquilino.

—Rancho Valle para la recuperación ¿En qué puedo ayudarle? —Respondí como era habitual.

Por ahora teníamos reservado una habitación que se ocuparía el martes y otra el jueves de la semana siguiente. Aún quedaba capacidad para dos más, aunque necesitaría empezar a plantearse contratos temporales nuevos para la época de temporada alta. En invierno los problemas parecían crecer y solía llenarse con facilidad, impidiendo que pudiésemos encargarnos del rancho en su totalidad.

—Hola, Jonathan —Me saludó Joshua. Su voz sonaba más cansada de lo normal—. ¿Cómo va todo por allí? Hace tanto que no paso que ya no sé ni quien trabaja contigo.

—Tu hermano está bien —Le aseguré riendo porque sabía que esa pregunta solo era una excusa para cotillear. Desde que se había hecho cargo de su hermano, algo había cambiado en él. Había dejado de ser el joven despreocupado para ser padre y ya no podía

apagarlo—. Lo acabo de ver riendo y haciendo tartas con Jimmy y Simón. Al chico nuevo no le conoces, pero ya sabes qué Simón es como una mamá gallina. No dejará que le pase nada.

Suspiró aliviado, pero permaneció en silencio más tiempo del habitual, lo que gritaba mejor que las palabras que algo iba mal con él nunca callaba. Siempre tenía algo que contar o una opinión que dar. Sabía que había dejado pasar mucho tiempo desde la última vez que me había asegurado de que tenía lo que necesitaba. Me senté en mi silla y miré la foto que Joshua y yo nos sacamos cuando el rancho solo era un sueño.

— ¿Qué ocurre? —Le pregunté suavizando el tono de voz—. ¿Cuánto tiempo llevas sin darte un descanso? ¿Cuándo fue la última vez que jugaste?

Suspiró de nuevo, pero su respuesta no llegó pronto. Llamó a su secretaria y le pidió que no dejase entrar a nadie y que no aceptase llamadas hasta que terminase. Necesitaba una pausa para comer, aunque las dos sabíamos que no comería hasta volver a casa muy tarde.

— Estoy muy cansado, Jonathan —La voz se le quebró al final y su respiración sonaba agitado. Necesitaba que alguien se hiciese cargo, era su forma de pedirme ayuda, aunque era la primera vez que llegaba hasta este punto—. Mi tío no soporta que le oculte dónde está Calvin, pero no voy a dejar que le siga comiendo la cabeza. Por eso no deja de presionarme y amenazarme. Me está vigilando todo el tiempo, Jonathan. Tengo que ser ejemplar todo el rato porque incluso ha introducido cámaras en mi casa, pero si las quito podrá decir que escondo algo. Quiere cualquier excusa para quitarme la empresa y todo eso daría igual si pudiese ir al club o liberarme de la responsabilidad en algún momento, pero me sigue todo el tiempo. Ya bastante me estoy arriesgando por hablar contigo aquí.

Rompió a llorar y se me partió el corazón. No soportaba que mis amigos sufriesen, quería ayudar a todos, aunque sabía que no era posible. Joshua había luchado durante mucho tiempo por su hermano y no importaba que ya fuese adulto, seguía en la batalla por él. Todas nuestras conversaciones desde que Calvin cumplió los dieciocho habían sido sobre dejarlo todo y volver al rancho, pero no tenía suerte. No quería dejar a su hermano. Había llegado incluso a prometerle que le dejaría hacer lo que quisiese con las cuentas. Sobornarle con la contabilidad era lo que más solía llamar su atención. A pesar de ello, no perdí la oportunidad. Tenía que probar suerte otra vez, antes de que se derrumbase por completo.

— ¿Tan malo sería que te arrebatase la empresa? Podrías incluso venderla para que ni él pudiese hacerse cargo —Me incliné en la silla y miré la foto que Joshua se hizo con Simón en la última visita que hizo, mucho antes de que los demás se uniesen al equipo y cuando Aristóteles era solo un pequeño borrego travieso aficionado a sus pantalones. Mi amigo sonreía abrazado a la oveja mientras Simón ponía los ojos en blanco como si no entendiese por qué la soportaba —. Mira, sé que quieres proteger a Calvin, pero él no necesita ese dinero, ya gana el suyo y, aunque lo hiciese, con la venta repartida para los dos tendría suficiente. Además, ahora está aquí, Carl le está ayudando, ha hecho amigos y está a salvo de tu tío. Tiene que encontrar su camino, pero tú también.

— No te pongas todo psicólogo conmigo —Se quejó sin malicia. Una protesta más para llamar mi atención y recibir al dom que necesitaba.

— Joshua… —Le regañé con mi tono de daddy—. No hagas que te castigue sin jugar una semana —Se apresuró a pedirme perdón, pero podía notar como su voz sonaba más ligera—. Es hora de que vuelvas a casa. Ven al rancho, lo necesitas y yo te necesito a ti, a mi mejor amigo. Descansa aquí una temporada y ya decidirás que deseas hacer con tu vida, pero tienes que dejar de torturarte de esta

forma antes de que el estrés acabe contigo como casi lo hace con Calvin. Recuerda, tu hermano está bien, está a salvo.

— De acuerdo —Aceptó y supe que debía de ser bastante grave si había cedido tan rápido. ¿Cómo no había estado pendiente? ¿Por qué no había llamado más? No importaba el pasado, ahora tocaba cuidarle y esperar que todo mejorase, empezando por ayudar a su hermano para que pudiese relajarse en ese ámbito—. Calvin necesita un tiempo a solas antes de que llegue con mi sobreprotectora paternidad y todo mi equipaje. Voy a prepararlo todo e iré en cuanto acabe el mes.

— ¿Cómo sé que no volverás a cancelarlo?

— No lo haré, necesito volver a ca… —Rectificó al darse cuenta de lo que iba a decir—. al rancho. No puedo más. Todo se ha vuelto demasiado. Esta vez voy a ir, no me escaquearé.

— Tu habitación estará lista al final del mes —Acepté darle ese tiempo. Era lo mejor que podía conseguir y ya era más que mis intentos anteriores—. Ahora, enano, vuelve a tu piso, ponte el pijama, pide una pizza de carne de las que te gustan y juega al nuevo Assassin Creed que te has comprado. Te enviaré un mensaje a las once para asegurarme de que no te excedes y estás en la cama a tu hora. Nada de engañarme, lo sabré —Cambié el tono de voz para darle lo que necesitaba y tomé el control.

— Vale—Bajó el tono de voz para que nadie pudiese escuchar lo que quería decir después — Gracias, daddy —Suspiró aliviado.

—Estoy aquí. Siempre. Cuando necesites que me ocupe, llámame. Sabes que no es mi kink, pero puedo ayudarte.

Suspiré al colgar, sabiendo que tenía que estar más pendiente de Joshua porque si de él dependía no me llamaría para no molestar. Lo había dejado pasar demasiado tiempo, pero ahora necesitaba unir por completo a la familia. Un mes. Solo le daría un mes y si no

aparecía iría a por él. Ahora que la llamada había terminado, debía centrarme en el hermano que residía en el rancho y que me hacía sonreír como un loco. La misma persona que acababa de entrar en mi despacho con una expresión de felicidad que deslumbraba y harina en el pelo. Me reí mientras me levantaba y me acercaba a él para sacudirle lo mejor posible. Le revolví la melena que ya mismo tendría que cortarse provocando que me mirase intensamente.

Tragué saliva al verle tan cerca. No me había fijado en la distancia que había acortado hasta que me encontré con sus ojos, brillantes, ansiosos, suplicando algo que podía darle si me acercaba un poco más. Se pasó la lengua por sus labios humedecidos y quise morderlos en ese mismo instante. Sin embargo, no debía ser así. Calvin no se merecía algo rápido, pedía a gritos que cuidase de él. Por eso había preparado un plan especial para su paseo nocturno de aquella noche.

— Y-yo… — Me separé carraspeando ¿Era decepción lo que vi en su rostro? —. ¿Preparado para nuestro atardecer?

— Sí, claro —Su voz aparentaba felicidad, pero algo se había apagado en sus ojos. Tenía que darme prisa si quería que no malentendiese mi reacción.

— He preparado algo especial, vamos a coger uno de los 4x4.

∞∞∞

Supe que había merecido la pena al contemplar su sonrisa cuando vio el picnic que había preparado. No quería asustarle poniéndole nombre a lo que íbamos a hacer, pero mi mente no dejaba de gritar: "¡Es una cita!". En la cesta que había preparado había una botella de vino, queso, tostas, uvas y para un ambiente más relajado algunos sándwiches que había robado de la cena de hoy.

— Wow ¿Vino? Has pensado en todo, aunque solo podré beber un poco por órdenes del médico —Sus ojos se iluminaron mientras le servía una copa—. ¿Estás tratando de seducirme? Mi propio ranchero musculoso sirviéndome alcohol junto al lago, de película —Bromeó. Su risa se apagó al ver que no respondía y abrió los ojos como platos—. ¿Es una cita, Jonathan? —Lamenté que la luz de las lámparas que había traído no me dejase ver correctamente su rubor.

— Puede ser lo que tú quieras —Sonreí sabiendo que no era capaz de mentirle—. Pero sería un honor que aceptases ser mi cita esta y otras noches.

Pasaron unos minutos en los que Calvin me miraba sin responder. Llegó incluso a pellizcarse en el brazo provocando que me riese. Le dio un sorbo a su copa y murmuró algo sobre no estar soñando y necesitar dar oportunidades. Después, cuando pareció que había tomado una decisión, tomó mi mano y la apretó.

— Me encantaría ser tu cita, sobre todo si sigues invitándome al vino bueno —Sus ojos brillaban con emoción, así que la broma sirvió para relajar la tensión.

Reí y levanté mi copa brindando por un posible futuro, los dulces comienzos y las oportunidades. Aquella sería la primera de muchas citas si dependía de mí. Solo tenía que convencer a Calvin de que era la persona adecuada. Sobre todo, si eso me permitía verle sonreír y ruborizarse de esa forma que me hacía temblar. Cogí un poco de queso, lo coloqué sobre una tosta y se lo acerqué a los labios.

—¿Puedo? —Un escalofrío de satisfacción me recorrió cuando abrió los labios y dejó que le alimentase. El daddy en mi interior gritaba eufórico.

Comimos y bebimos hasta que el cielo dejó atrás el atardecer para dar paso a la noche cerrada. Disfrutamos de nuestra intimidad bajo las estrellas con caricias robadas, sonrisas y conversaciones que

no nos habíamos permitido con los demás pululando por todas partes. Los dos suspiramos cuando tocó despedirnos. Le había acompañado hasta la puerta de su habitación y ahora permanecíamos mirándonos como había sucedido horas atrás en mi despacho. Sin embargo, esta vez no iba a detenerme. Acerqué mi rostro aún más al suyo y le susurré:

— Bésame.

Cuando nuestros labios se encontraron fue mejor de lo que había imaginado en mis fantasías. Era como encontrar tierra después de días a la deriva, como el deseo cumplido de una estrella fugaz. Me separé a regañadientes para poder tomar aire y me quedé maravillado del placer en el rostro de Calvin.

— ¿Quieres entrar?

— No, hoy no. Ahora, entra. Mañana será un día duro —Le dije riendo al escuchar su propuesta—. No te mereces algo rápido y en el momento, te mereces a alguien que te aporte un poco de romanticismo, que te mime. Prepárate porque no voy a parar hasta darte todo romance de libro que hayas soñado.

Le besé de nuevo para sellar esa promesa y me alejé de allí deseándole buenas noches.

Capítulo 7

Calvin

Jimmy y Simón me observaban expectantes desde mi cama. Tras la comida mis amigos decidieron que era hora de que les enseñase mis compras compulsivas. Según el cocinero, teníamos que pensar en lo divinos que íbamos a ir y para ello debíamos ir practicando con aquellas cosas que eran discretas como podía serlo el contenido de mi bolsa. Jimmy, para esta etapa, había vuelto a robarme una camiseta para seguir usando debajo su pijama de dragones de cuerpo entero. Para que coincidiese, había buscado una de Juego de tronos.

— ¿Qué vamos a cenar hoy? —Le pregunté para tratar de desviar la atención.

— Barbacoa. Cocina Kwanhee —Me dijo cortando rápido mi intento de cambiar la conversación—. No vas a escaquearte. Arreando que es gerundio. Saca tus secretos que las guardemos como dios manda y no en esa triste bolsa.

Suspiré y miré el nudo que le había hecho para no ver su contenido. Era ahora o nunca. Tenía la misión de conocerme a mí mismo, de saber quién era. Carl quería que buscase algo que supiese que iba ser mío y no algo que entrase en el molde que había creado para convivir con los demás. Aquello era la respuesta, estaba seguro de ello. No era hombre de boxes, lo sabía, y aunque no había hecho nada con la información, mis compras demostraban mis deseos más profundos. Era la voz de mi tío la que hacía que me avergonzase, no yo. No pensaba que mis amigos fuesen bichos raros ¿Por qué iba a serlo yo? Además, la única persona cuya opinión

importaba me había hecho la maleta con aquellas prendas. Era toda la aprobación que necesitaba.

—Nunca me las he puesto. Ni siquiera las he probado —Murmuré sintiéndome ridículo por no haberlo intentado nunca.

Vacié el contenido a los pies de la cama que estaba libre. Grandes cantidades de encaje quedó enredada entre crop tops, rejillas y pantalones que no dejaban mucho a la imaginación. Simón soltó un "Oh my god" digno de Janice, el personaje de Friends de voz chillona y levantó con las dos manos uno de mis favoritos: un tanga de hilo blanco con el frente lleno de flores de encaje.

—Esto tienes que ponértelo para el paseo con Jonathan de esta noche —Dijo Jimmy con una sonrisa maliciosa.

— Y se suponía que tú eras el tímido callado —Me quejé—. ¿Por qué os lo he tenido que contar?

Mientras trabajábamos le dije a Jimmy lo que había ocurrido la noche anterior y lo frustrado que estaba porque no había pasado nada en mi habitación. Simón se había enterado poco después de llegar a mi cuarto y no paraba de suspirar de lo bonito que era que me quisiese mimar. Él era el fuerte defensor de que Jonathan debía demostrar que podía cuidar de mí. Ahora los dos no paraban de comentar cada vez que había una oportunidad. Sin embargo, no pensaba de verdad que contarlo hubiese sido mala idea. Adoraba tener su apoyo y lo volvía todo más real.

— Porque nos adoras y quieres que vivamos un romance a tu costa —Concluyó Simón levantando un body de encaje que me había llegado justo antes de mi boda fallida—. Madre mía, cariño, esto es fabuloso. Necesito el nombre de tu tienda.

Descubrir que Simón también tenía un fetiche con la lencería y el encaje había sido un gran alivio. Podía compartirlo con él de forma que la vergüenza que sentía disminuyese. No había miedos con ellos. Éramos tres amigos explorando, ninguno juzgaba. Siguieron comentando mi buen gusto con cada prenda hasta que no quedó ninguna. El peso que había sentido durante años había desaparecido un poco. Me hicieron probarme un conjunto de pijama lavanda y aplaudieron con cada giro que daba para enseñarles como caía el lencero por mi cuerpo, amoldándose a la perfección. El tanga de

encaje se sentía de maravilla sobre mi piel y supo en aquel momento, de la misma forma que sabía que me llamaba Calvin, que tenía un fetiche con la lencería y el encaje.

Me sentía ligero, casi liberado. Sabía que no todos mis problemas estaban solucionados, pero comenzaba a sentir que estaba tomando el rumbo adecuado y fue lo que me confirmó mi hermano cuando dejé a mis nuevos amigos con sus tareas.

— Te noto mejor —Su voz resonaba cariño—. ¿Te está sentando bien?

— Me siento ligero, Joshua —Le confesé dejándome caer en mi cama y mirando el techo—. Están cuidando bien de mí. Simón no deja que coma nada fuera de la dieta del médico y se aseguran de que no haga nada que no haya recomendado. Kwanhee ha dicho que me llevará a la revisión el viernes porque no van a oír hablar de que me salte nada que sea para mi salud.

— Solo conozco a Simón y Jonathan, pero no sabes lo que me alegra saber que estás bien. Una parte de mí no se sentía confiado de que mandarte lejos era la mejor opción porque no puedo apagar ese pensamiento de que tengo que protegerte. Sé que eres adulto, pero…

— Eh, adulto o no, siempre voy a necesitarte. Eres mi ancla, mi hermano, mi padre, todo lo que necesito en esta vida para recordarme que no estoy solo —Le dije y me pregunté cuando fue que nuestra relación había cambiado ¿Cuándo dejé de hablar con él? ¿Cuándo empecé alejarme? No podía dejar que volviese a pasar, no podía permitirme que los dos sufriésemos por no ser capaz de abrirme. Me lo había dado todo y quería a mi hermano de vuelta—. No te enfades, por favor, pero tengo que contarte algo.

— Nada de lo que dices después de un "No te enfades" suele ser bueno ¿Te acuerdas de cuando metiste aquel mapache en casa? —Me dijo riendo—. "No te enfades, por favor, pero no podía dejarle solo". El resultado fue muchas heridas persiguiéndole y menos comida. Venga, sorpréndeme.

— Carl me ha pedido que busque cosas que me hagan feliz, que demuestren quién soy —Me llevé el brazo libre a los ojos

avergonzado—. Una de ellas es la bolsa que trajiste conmigo, sé que lo has visto y…

— Eh, Calvin, no te diré que yo me pondría un tanga de encaje porque ya lo intenté y fue un gran no, pero a cada uno con sus gustos. No te avergüences por lo que te sienta bien. A mí me encanta ver Crepúsculo una vez al año y no me escondo —Hizo una pausa y escuché como abría las puertas. Seguramente estaba tratando de salir a su balcón—. Mira, las personas intentan muchas veces encasillarte en un molde y todo lo que se sale de ahí es considerado extraño, pero no hay nada de malo en tus gustos. ¿Crees que soy mala persona?

— No ¿Por qué…?

— Déjame terminar, por favor. Una vez al mes voy al club BDSM de la ciudad y busco un dom que quiera cuidar de mi por un par de horas. Así que, sea lo que sea que sientas que mueve tu corazón, adelante. Pero ya hablaremos de este tema en otro momento, no me fio de decir nada aquí.

— Estás en tu casa, ¿Por qué dices eso? ¿Está todo bien?

— No te preocupes, no es nada de lo que no me pueda hacer cargo. Además, en un mes estaré allí contigo —Después de eso que no me tranquilizó para nada me dijo—. Bueno, cuál es la otra cosa que te hace sentir tú porque has dicho antes "una de ellas".

— Verás… No esperaba que ocurriese, pero… —Tragué saliva ¿Mataría mi hermano a Jonathan? Bueno, había creado mi propia tumba porque ya no iba a parar. Me había prometido que volvería a recuperar a mi hermano y un secreto así seguiría alejándonos—. PuedequeestéteniendocitasconJonathan —Le dije de carrerilla para evitarme la demora—. Bueno, una, pero… ¿Me gusta? —Lo último había sonado a pregunta, más por los nervios que por dudarlo.

— Calvin… —Dijo mi hermano alargando las vocales de mi nombre. Hubo un suspiro al otro lado de la línea como si tratase de concienciarse y no decir nada por impulso—. No sé si es lo más conveniente, no quiero otro susto como el de la boda, pero… Jonathan no es esa harpía —Exclamé ante sus palabras porque nunca le había escuchado hablar más de mi prometida, pero él me ignoró y siguió con su discurso—. Además, sois adultos y podéis

tomar vuestras decisiones. De todas formas, prométeme que tendrás cuidado. Tu salud es lo primero. Amigo o no, si te hace daño lo reviento. Ahora que hemos aclarado eso ¿Qué tal esa cita?

— ¿Así de fácil? ¿No va a haber gritos? —Dije sorprendido. Aunque era un hombre comprensivo, después de lo que había pasado pensaba que iba a regañarme.

— ¿Cuántos libros lees, enano? —Se rio a carcajadas ante mis preguntas—. Puede que si se tratase de otra persona me costase más, pero Jonathan hará cualquier cosa para no hacerte daño a propósito. Así que, bueno, ¿Por qué no me cuentas qué tal fue la primera cita?

Seguimos hablando de lo que había ocurrido en la primera cita hasta que tuvo que irse para atender a un cliente con el que tenía una reunión. Sentí que con aquella conversación habíamos vuelto a nuestra esencia, a la confianza. No me podía creer que hubiese dejado que se convirtiese en un desconocido. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba cansado hasta que había llegado al rancho. Él trataba de disimularlo, pero en su voz había una tensión que no solía estar allí. Había estado tan preocupado en mí mismo que no me había dado cuenta de aquello. Desde la cama, observando el techo decidí que estaría más pendiente de mi hermano, porque era otra de las personas que me ayudaban a ser yo mismo. Además, había reconocido que él también pertenecía a la comunidad BDSM así que me sentía mucho más ligero. Pasase lo que pasase, siempre estaría a mi lado.

Aquella noche, no hubo tiempo de pasear juntos antes de la cena. Había habido una emergencia en uno de los ranchos de al lado y los vecinos se habían movilizado para ayudar a que el daño no se agravase. Julia y el veterinario local revisaron que ninguno de los animales sufriese daños de más y los demás nos centramos en llevar materiales o a ir reconstruyendo el techo del establo que se les había venido abajo. Fue un trabajo duro, pero me sentí satisfecho cuando vi a la familia sonreír al final del día. Nos trajeron limonadas y aperitivos para agradecernos el esfuerzo cuando descansábamos. Eran una pareja de ancianos cuyo hijo solía encargarse del rancho.

Sin embargo, había decidido tomarse un descanso cuando su padre le insistió porque notaba que comenzaba a deteriorarse por el estrés.

Cuando volvimos a la casa, Kwanhee ya tenía la barbacoa lista y con la comida preparándose para que ninguno tuviese que esperar. Simón nos mandó a todos a ducharnos para no estropearle la noche por oler como si nos hubiésemos revolcado en la porqueriza y empezó a preparar la mesa de la terraza con las ensaladas que había hecho para acompañar. Comimos entre risa, contando anécdotas del día. Miguel estaba especialmente feliz y nos estuvo explicando que había encontrado un nuevo juego online que le estaba encantando. Jimmy sonreía en silencio mientras comía feliz la carne que Simón le había troceado especialmente. Se lo había puesto en platos separados con un bol lleno de salsa barbacoa que estaba disfrutando como nadie. Cuando miré hacia él, me guiñó el ojo. Íbamos a estar bien los tres. Sabríamos descubrirnos, no me cabía duda de ello.

∞∞∞

El miércoles llegó antes de que me diese cuenta y con él, una nueva sesión con Carl. Había decidido por el rostro que puse mientras cabalgábamos que esa iba a ser nuestra ambientación. Cogimos los mismos caballos que la otra vez y volvimos a correr hasta el lago. No podía dejar de reírme. Era tan satisfactorio poder sentir el viento en el rostro. Me sentía vivo. Pensé en el bufete, en las cuatro paredes que cerraban mi despacho. Las vistas daban a un edificio en obras y el tiempo libre escaseaba en los mejores días y era inexistente en los peores. Al principio, iba a un centro de hípica y dejaba que esas sensaciones de satisfacción y libertad me embargasen para continuar con mi vida, pero con el paso del tiempo, no había sido capaz de encontrar un momento. Para colmo, mi prometida no soportaba que volviese oliendo a sudor y caballo, lo que había sido prohibido los días en los que nos veíamos.

— Bueno, Calvin —Esta vez había decidido mantenerse de pie. Se había remangado los pantalones hasta los muslos y sus zapatos y calcetines descansaban en la orilla—. Quiero que te quites también las botas y te remangues para venir conmigo. Hoy vamos a pasear en el agua —Rozó el agua con una mano y me salpicó. De verdad que a veces no entendía a este hombre—. El otro día te pedí que pensases en una cosa que quisieses hacer ¿Cómo ha ido?

— Bien, he encontrado algo. Llevaba tiempo queriendo hacerlo, pero… —Dejé las palabras al aire sin saber cómo terminarlo mientras le obedecía y me metía con él en el lago. Estaba fría, pero era reconfortante.

— Es más fácil cuándo entras en un molde. Hay menos peligro — Me dijo y yo asentí porque era justo eso. Daba miedo pensar en el rechazo—. Ahora ¿Me cuentas cómo fue tu relación con tu prometida? ¿Por qué decidiste casarte? Recuerda que puedes contarme lo que tú quieras, la información que me das, la decides tú.

Le expliqué todo lo que sentí y viví porque aquella semana que llevaba con ellos había sido la más feliz que había tenido en décadas. Si ser sincero me liberaba de la carga que sentía en el pecho y me impedía respirar o del miedo que me paralizaba y no me dejaba tomar determinados caminos, lo sería. Mónica y yo nos habíamos conocido en una de las galas a las que había sido invitado mi bufete. Ella pertenecía al departamento criminal, mientras que yo me ocupaba de las familias. Recordaba que cuando la vi pensé en lo guapa que era y la seguridad que emanaba. Me sentí irremediablemente atraído por ella, así que cuando se acercó a hablar conmigo no pude sentirme más feliz. Fuimos quedando poco a poco, una cita en un restaurante de lujo, ir juntos a una fiesta, conocer nuestros amigos. Pensé bien en aquellos días y supe que eran reales. En aquel momento estaba cegado por su fuerza y romanticé la situación.

Recuerdo el día en el que toda la imagen que tenía de ella se quebró en mil pedazos. Había vuelto a casa de trabajar y la escuché hablando por teléfono con un cliente sobre posibles pruebas de asesinato que podían encubrirle. Le pregunté durante la cena por qué defendía a criminales culpables si merecían la condena que les daba y su respuesta me hizo temblar: "Porque pagan bien, cariño. El dinero mantiene mi vida, la moral no". Aquel día debería haber huido, pero era lo que se esperaba de mí. Ella era la mujer que iba a satisfacer a mis tíos, la que haría que mis amigos siguiesen a mi lado. Así que seguí con ella, cuando quiso cambiar mi armario porque decía que no era elegante, cuando me llevaba a fiestas glamurosas de amigos, aunque quisiese dormir, cuando me prohibía ir a montar a caballo, cuando decidió que era buena idea que dejase de aceptar los casos pro-bono que tanto me gustaban, la dejé. El trabajo aumentó porque había que conseguir más dinero, las horas de sueño se habían reducido para poder competir con su nivel de vida. Los caballos, las familias a las que siempre había deseado ayudar, los libros, las camisas frikis… Todo lo que me daba confort, había desaparecido de mi vida. Me atraganté con mis palabras cuando le expliqué la ansiedad que poblaba en mi vida los últimos meses, como había dejado de poder respirar con tranquilidad, el insomnio y la imperante sensación de estar atrapado hasta que no pude más y en la boda me desvanecí.

— ¿Por qué seguiste con ella? —Me preguntó inclinando la cabeza para escucharme mejor—. Por tus palabras, tenías claro desde ese día que no querías estar con ella y aun así le pediste matrimonio ¿Qué pasó?

— Era lo que estaba haciendo sentir orgullosos a mis tíos —Bajé la mirada y me miré los pies que parecían deformarse por el movimiento del agua que hacíamos al andar.

— Muy bien, Calvin, has sido muy valiente. Ella ha tratado de moldearte y por lo que estoy sintiendo no ha sido la única. Sin embargo, no quiero centrarme en lo negativo, así que en lugar de

buscar que personas han apoyado que cambies por ellos, quiero que me digas quienes de tu familia y amigos han visto a tu verdadero ser, no al éxito —Volvió a remojarse las manos con un suspiro—. ¡Ah! No hay nada mejor que el agua ¿Te apetece jugar un rato?

Iba a decirle que no porque estaba loco, pero luego vi el agua y me sentí tentado ¿Por qué no? ¿Por qué tenía que irme cuando podríamos divertirnos un rato? En lugar de responderle, le lancé agua a la cara. Carl me miró con la ceja alzada por haberme atrevido a atacarle y corriendo se dedicó a mandarme golpes de agua. Aquella mañana en el lago, el lugar se llenó de nuestras risas mientras corríamos en la orilla tratando de atraparnos y salpicarnos hasta acabar empapados.

Todo iba a estar bien.

Capítulo 8

Jonathan

Después de llevar a las ovejas a pastar con Atenas, decidí que era buen momento para ver cómo estaba Unamuno, nuestro burro herido. En una de las salidas se había pinchado la pata con un alambre de la valla, lo que nos informó de que estaba rota y llevaba más de una semana inmovilizado. Estábamos esperando a que Julia le diese el visto bueno para poder sacarlo a pastar, pero por ahora nos limitábamos a hacer los ejercicios que nos había indicado para seguir manteniéndolo en forma. Por suerte, ya había dejado de tomar las pastillas tan fuertes que le había recetado.

Cuando entré, me detuve en seco. Carl estaba en el suelo con la espalda apoyada en una de las columnas y las manos sobre la boca mientras su pecho respiraba agitado. Tiré lo que llevaba en las manos al suelo y busqué con rapidez una de las bolsas de papel que siempre guardábamos en cada espacio por si Jimmy lo necesitaba. Suspiré aliviado cuando la encontré apresurándome a su lado para que la usase. Le ayudé a través de los ejercicios de respiración acariciándole su espalda y cuando fue capaz de volver a la normalidad, aunque aún temblaba, me miró con lágrimas en los ojos.

—Gracias —Susurró incapaz de encontrar la voz.

—¿Qué ha ocurrido, Carl? —Le pregunté con preocupación—. No es propio de ti derrumbarte de esta forma.

—¿Y qué es propio de mí? —Preguntó con amargura apoyando la cabeza en la columna—. No es que os haya dejado ver suficiente de mí.

—Pero hemos visto lo necesario —Le dije pasándole un brazo por los hombros—. Solo estábamos esperando a que terminases de contarnos el resto, pero quizás la paciencia no ha sido el método adecuado —Concluí al ver que quizás le habíamos dado demasiado espacio para huir estos tres años y no había afrontado aquello que le atormentaba—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha desencadenado este ataque?

—A veces, tratar a los pacientes puede desencadenar recuerdos –Me confesó cerrando los ojos—. No puedo explicarte nada por qué atentaría a su intimidad, pero… —Suspiró de nuevo y apoyó su cabeza en mi hombro buscando confort—. Supongo que es hora de que hable. Siempre he pensado que cuanta menos gente lo sepa, más seguro será para ellos y para mí. Si me mantengo alejado, es más fácil cambiar de ubicación, pero con vosotros no he sido capaz. Por eso decidí que, si no salía, podría quedarme más tiempo, pero… No estoy viviendo Jonathan —Le apreté con más fuerza contra mí para demostrarle que estaba allí para lo que hiciese falta—. Creo que ha llegado el momento de pedir ayuda porque me estoy ahogando y no puedo aconsejar a mi paciente sobre la libertad cuando yo no la tengo ¿Qué clase de psicólogo puedo ser si no admito que no puedo avanzar solo?

—Habla conmigo, Carl —Le dije—. Te prometo que no achacaré tus problemas al deseo por tu madre —Bromeé consiguiendo que riese, aunque sonase apagado.

—Dios, tú y tus tonterías de Freud, no vayas a psicoanalizarme o encierro a Aristóteles en tu habitación —Me amenazó—. Para que es un santuario si no puedo aprovecharlo cuando lo necesito ¿No?

—Sea lo que sea, Carl. Somos tu familia. No dejaremos que te hagan daño —Le aseguré porque una parte de mí siempre había sabido que había estado huyendo de un peligro.

Carl volvió a suspirar, pero empezó a hablar de su pasado cuando era un recién graduado y había vuelto a su pueblo natal por un año antes de buscar trabajo en clínicas de veteranos. Ese año decidió que era hora de buscar algo permanente en la comunidad BDSM y fue al club de la ciudad vecina buscando alguien compatible con él. Allí conoció a un sub que era todo lo que deseaba o eso pensó al

principio. Sin embargo, para cuando se quiso dar cuenta de que algo iba mal, ya era tarde. Había alejado a todos sus amigos y familiares porque le había creído cuando le decía que solo querían aprovecharse de él.

Jamie, así se llamaba, había echado raíces como un árbol podrido en la fachada de una casa que impedía reconstruir sin arrancar de cuajo los cimientos y empezar de cero. No le pegaba, al principio no. Fue atacándolo verbalmente y manipulándole hasta que comenzó a ser moldeado a su gusto. Dejó de sentir que valía como psicólogo, como persona y como dom hasta el punto en el que dejó de trabajar y se convirtió en una cáscara de sí mismo.

—La primera vez que hui cometí la terrible idea de denunciarle. Es policía y en mi ciudad no son conocidos por ser muy legales. Le llamaron para que aclarase el malentendido, así que me llevó de vuelta a casa donde comenzaron por primera vez los golpes —Tembló al recordarlo y yo no pude evitar abrazarle con más fuerza— Antes de tener éxito, lo intenté tres veces y casi me mata en la última. Sin embargo, logré salir antes de que fuese demasiado tiempo y fui más listo. Dejé todo atrás, las tarjetas, el teléfono y cualquier cosa de valor que pudiese mostrar mi ubicación. He estado vagando desde entonces con nombres falsos y quedándome un mes en cada lugar. Tranquilo, los títulos son reales —Me dijo bromeando, aunque había perdido el humor y por su rostro caían las lágrimas.

Me contó como al llegar aquí se sintió como en casa, pero poco a poco iba ganando el miedo a salir y que pudiesen arrebatarle su pequeño rincón de paraíso. Era posible que tuviese agorafobia y que el rancho se hubiese convertido en su centro de paz. Sin embargo, hablando con Calvin se había dado cuenta de que no podía seguir así. Quería ser capaz de comer con ellos en el pueblo, de ir a comprar sin que la ansiedad le golpease o visitar el club del pueblo sin que le temblasen las piernas.

—Tú y yo vamos a trabajar juntos en esto —Le dije con confianza —. El club Cuero y cuerdas está creado para mantener la privacidad y Julia es amiga de la dueña. Ahora mismo no hay lugar más seguro para no ser encontrado que ese y llevas años deseándolo ¿Quieres que lo intentemos? Te prometo que, si te sientes mal, volveremos.

Tenemos que tomarlo paso a paso —Le quité el pelo de la frente y le limpié las lágrimas—. El gran Carl arrasará con todo.

Carl me abrazó de nuevo agradeciéndome todo lo que había hecho por él incluso sin saberlo. Quedamos en que nos veríamos una vez por semana para que no tuviese que revivir su sufrimiento durante tiempos muy prolongados. Le encargué que me escribiese lo que sentía cada vez que pensaba en salir y que pensase en los lugares que quería conocer. Se marchó de allí mucho más tranquilo y me prometí que haría lo que fuese por mantenerle a salvo. Me quedé solo con mis pensamientos. Era la segunda vez que me había equivocado al darle espacio a un miembro de mi familia, la segunda que venían al límite necesitando ayuda. Tenía ganas de golpear a Jamie hasta que no quedase en él ni un ápice de violencia.

Ahora entendía por qué Carl se escondía para fumar cuando nadie en nuestro hogar le diría nada más allá de proteger su salud y por qué se refugiaba en su soledad. Iba a tener que cambiar los métodos para que los cabezotas de mi familia aceptasen de una vez que aquel era su hogar y estabamos para ayudarno, no para sufrir en silencio hasta que fuese demasiado. También pensé en lo que podría haberle dicho Calvin para activar el ataque de pánico, ¿Qué podría haber en su pasado que hubiese afectado al psicólogo? ¿La prometida se habría aprovechado de él? Si le habían hecho daño, quería que rodasen cabezas.

—Hey, Jonathan —Me saludó Calvin entrando al granero con una sonrisa tímida.

—Hola, precioso —Me levanté y abrí los brazos. Aceptó la invitación abrazándome con un suspiro—. ¿Cómo te ha ido la sesión de hoy?

—Muy bien, Carl está loco, pero sabe lo que hace—Murmuró contra mi pecho, sus ojos cerrados confiando en que no le pasaría nada conmigo. Acaricié su pelo y volvió a suspirar.

—¿Qué te parece si vamos a comer al pueblo? —Le pregunté—. Tengo que recoger unos encargos para Simón y comprar unos suministros que se nos han acabado antes de lo esperado. Podría ser nuestra segunda cita, nos la hemos ganado.

—Me gusta esa idea, pero tengo que ir también a correos a recoger un paquete ¿Te importa si pasamos? —Se separó lo suficiente para poder mirarme con sus ojos ilusionados.

—Por supuesto, ¿Puedo saber qué es?

—Un hombre tiene que mantener el misterio —Me dijo negando con la cabeza antes de iniciar un breve beso—. Te veo en el coche, es una carrera.

Se alejó antes de lo que deseaba para salir del establo con un guiño. Me reí mientras corría tras él para perseguirle y, cuando estaba a punto de alcanzar el coche, lo atrapé rodeando su cintura con los brazos y levantándolo. Comenzó a reír a carcajadas logrando que mi corazón latiese con más fuerza. Calvin era como un soplo de aire fresco, como la primavera tras el largo invierno. Había días que se paralizaba, que dejaba de reír y su mirada se entristecía, pero poco a poco iba saliendo de aquello que le perturbaba la felicidad y podíamos verle disfrutar de los pequeños detalles como una carrera, la brisa sobre su rostro, el té de las mañanas…

—Te atrapé —Le susurré al oído —. ¿Qué me das a cambio?

Dejé que volviese al suelo y mi mirada viajó a la camiseta que se le había levantado. Fue un segundo porque se la bajó enseguida. No obstante, me pareció ver el destello del encaje en su cintura. No fue el tiempo suficiente para prestar atención a los detalles y me hizo plantearme si lo que había visto había sido real o mi imaginación comenzando a fantasear con él. No pude reflexionar sobre ello pues me volvió a besar, esta vez más profundamente. Sus labios acariciaban los míos con delicadeza y lentitud saboreando el momento. Estábamos solos, el mundo a nuestro alrededor se había convertido en un borrón.

—Tu premio —Luego sonrió y señaló el coche—. ¿Nos vamos?

—Claro, adelante caballero —Le abrí la puerta del copiloto y me gané otro beso que me tuvo flotando todo el camino al pueblo.

Cuando llegamos, aún era pronto para comer. Decidimos recoger lo que nos habían ido encargando conforme los chicos iban leyendo el grupo y aprendiendo de nuestra escapada a la ciudad, así como el paquete de Calvin y mi encargo en la tienda de Andrea, un italiano que suministraba al rancho desde tiempos inmemorables. Para

cuando llegamos al restaurante, comenzaba a llenarse con sus comensales habituales y aquellos viajeros que habían parado en El Valle antes de proseguir su viaje. Nos sentamos en una de las mesas libres que quedaban y me prometí que no me haría cargo de la comida. Debía darle espacio a Calvin, al menos, hasta que tuviésemos la charla que se merecía. Sin embargo, cuando le vi fruncir el ceño ante la carta y suspirar durante más tiempo del que era sano, mi decisión se quebró por completo.

—¿Qué deseáis hoy, ragazzi? —Nos saludó Luca con la energía habitual, palmeando mi espalda con alegría. Era como si para él cada día fuese mejor que el anterior.

—Agua y gnocchi al pesto que he visto por ahí para dos. Ponnos también el pan de ajo tan famoso de tu madre porque no podemos dejar a Calvin sin saber lo que se pierde en la capital.

—No te vas a arrepentir —Le dijo Luca— La mamma Carolina hace la mejor comida italiana —Bajo un poco la voz, aunque no lo suficiente para que el camarero que pasaba no le escuchase—. En mi opinión, la única buena decisión de mi padre fue casarse con ella.

—Pensaba que mi mejor decisión había sido comprarte el coche —Le dijo el hombre golpeándole la nunca—. Carolina se ganó mi corazón y mi estómago —Luego miró la comanda que había apuntado su hijo—. Corre, Luca, avisa a tu madre, tenemos que conseguir que la cita de Jonathan no quiera irse y allanarle el camino. Dios nos libre de esta juventud que no sabe de corazones.

Pese a que el rubor había aumentado, no podía parar de reír. Tomándolo como la buena señal que era, tomé su mano por encima de la mesa y él me dio un leve apretón. En cuanto se marcharon, Calvin me habló del último libro que había estado leyendo, un thriller que le había dejado con la boca abierta. Sonreí, esperando que algún día se sintiese cómodo para hablarme de todas sus lecturas, incluidas las que escondía cuando los demás nos acercábamos, esas que coincidían la mayor parte del tiempo con la colección erótica de Carl.

—Oye, Jonathan —Me preguntó, el tono de la conversación volviéndose mucho más serio—. ¿Qué le pasó a tu hermano? Si no es entrometerme. Siempre hablas de él en pasado y…

—No te entrometes, tranquilo. Hace tiempo no era capaz de hablar de ello, pero ahora que lo he aceptado es más fácil.

Fue en ese momento, mientras apretaba mi mano con fuerza para animarme en los momentos en los que mi historia se volvía difícil, cuando supe que no le dejaría marchar. Sentía más por él que simple atracción. Había en Calvin una empatía y una sensibilidad que me arrastraba con la fuerza de la marea. Quería contarle todo lo que tenía guardado, escuchar aquello que él no quería confesar a nadie más. Era fácil hablar con él, escuchaba, te hacía sentir querido. Por eso, le conté como mi hermano se había marchado al ejército cuando cumplí los dieciséis. Volvió dos años después por culpa de un bombardeo. Estaba sano físicamente más allá de unas pocas cicatrices de heridas superficiales, pero le quedaron secuelas mentales. El ejército no pudo hacerse cargo de su trastorno de estrés postraumático alegando alguna irregularidad que aún no llegaba a comprender. Él no quería ayuda de nadie más porque si ellos no podían ayudarle, ¿Cómo iba a poder un médico no especializado en esos problemas? Nos hizo creer que estaba mejor, que iba avanzando, pero al final no pudo más y se suicidó. Con dieciocho recién cumplidos, me encargué de juntar de nuevo las piezas de los corazones rotos de mis padres.

—Decidí qué, ya que no pude ayudarle a él, haría un santuario para quien lo necesitase. Por eso nació el rancho. Cuando vino tu hermano, solo estaba yo, sacando adelante a los pocos animales que me habían dejado mis abuelos al mismo tiempo que estudiaba y trataba de remodelar la casa con mis propias manos.

—Gracias, no sé lo que habría sido de mí sin tu santuario. No agradezco las razones que te llevaron a él, el mundo podría haberse ahorra su muerte, pero agradezco que fueses capaz de buscar un motivo para seguir adelante tan noble como ayudar a los demás — Se limpió las lágrimas que no había podido controlar durante la conversación y me sonrió—. Por ejemplo, ¿Qué sería de Jimmy sin tu hogar?

—No podemos ayudar a todos, pero me conformo con saber que podemos lograr que continúen con vida o que tengan un refugio durante un tiempo.

—¿Eso hiciste por mi hermano? —Preguntó inclinando la cabeza con curiosidad.

—Esa historia tiene que contarla él, no es mía para confesar — Me llevé nuestras manos entrelazadas a los labios y besé sus nudillos.

—Hablando de confesar… —Apartó la mirada para no enfrentarse a mí. No me iba a gustar lo que tenía que decirme—. Mi hermano sabe lo nuestro.

Mierda. Ahora había una llamada que hacer. Aunque Calvin me aseguró que estaba bien y conocía a Joshua como para saber que había aceptado el giro de los acontecimientos, él esperaría que le llamase para confesarlo todo. Tenía amenazas pendientes que escuchar antes de que mi amigo se quedase tranquilo. También tendría que hablar con Calvin de mis deseos y expectativas porque lo último que el chico necesitaba era incertidumbre. Sobre todo, si quería que todo avanzase a un lugar más serio y comprometido. Y yo estaba seguro, después de su comprensión, de su bondad, de su corazón, que quería llegar a ese destino.

Capítulo 9

Calvin

Me pasé la noche dándole vueltas a lo que me había contado Jonathan sobre su hermano. Había negado constantemente necesitar ayuda y al final había terminado perdiendo la vida. ¿Podría haberle pasado igual de no haber intervenido mi salud física? Si no me hubiese estado a punto de dar un infarto, ¿habría aceptado esa ayuda?

Me miré en el espejo sonriendo ante el pequeño tanga rojo que me había puesto. El encaje se sentía fenomenal sobre mi piel y no era difícil encajar mi pene para que no se sintiese completamente comprimido. Ante mi imagen reconocí que no importaban los "y sí", estaba recibiendo la ayuda que necesitaba y era lo importante. No volvería a dar por garantizada mi salud mental. Llevaba ya varios días usando la ropa interior que deseaba y me sentía bien con ello. Era sutil y aunque no cubría todos mis deseos, se acercaba lo suficiente a la libertad. Entre eso y no tener que tomar decisiones, la vida en el rancho estaba haciendo desaparecer el gran peso que llevaba en los hombros. Nadie dependía de mí, no había que continuar conversaciones constantes, no tenía que esconderme por completo.

— Buenos días —Anunció Jimmy con un gruñido entrando sin avisar y tirándose a mi cama.

—Buenos días, Gremmlin —Le dije entrecerrando los ojos y colocándome una camiseta que rezaba: "No mourners, no funerals". La había conseguido en una de las últimas ferias del libro a las que había podido ir cuando *Seis de cuervos* estaba a la última moda—.

Necesitamos límites —Me quejé, aunque sin fuerza. La confianza entre nosotros había crecido, por lo que solíamos entrar en nuestras habitaciones sin tener que tocar. Sabíamos que no teníamos que escondernos y como éramos los únicos que lo hacíamos, no había miedo a ser sorprendidos por otro de los habitantes del rancho.

— Puff… Demasiado tarde —Jimmy miraba el techo queriendo volver a dormir—. Vamos a por café antes de que decida matar a alguien.

Negué con la cabeza ante su actitud. Era un cambio de trescientos sesenta grados por las mañanas. Podía acudir con su peluche, frotándose los ojos y abrazándome para buscar mimos o llegaba arrasando con todo ante la falta de cafeína. Por eso, terminé de vestirme con rapidez y bajamos a la cocina donde Miguel y Kwanhee se quejaban como era habitual por la falta de sueño. Carl les observaba por encima de la Tablet donde leía el periódico y les regañaba porque de haber dejado a tiempo el videojuego, ahora estarían frescos como una rosa. Julia, pese a ser su día libre, y Simón hablaban sobre si era mejor la comida española o la mexicana en términos de salud.

— Buenos días, precioso —Me dijo Jonathan en cuanto me vio. Estaba preparando las bebidas y no tardó en acercarme una taza de té con un breve beso en los labios que me robó la inspiración, dulce, profundo y lento.

Los demás empezaron a silbar como si fuesen un grupo de adolescentes con las hormonas revolucionadas. Kwanhee y Miguel llegaron tan lejos como para cantar: "Calvin y Jonathan sentados bajo un árbol…". Me ruboricé por completo, pero en vez de apartarme, me escondí en su pecho murmurando que eran tontos. Aquel lugar era seguro. Podía estar con Jonathan sin que nadie me hiciese sentir mal. Por dentro solo podía sonreír al saber que a mi ranchero favorito no le importaba mostrarme cariño pese a estar con su familia. Era buena señal para saber que no era el único que

estaba cayendo en los encantos de aquella dinámica que habíamos empezado.

—Por favor, no me lo espantéis —Les regañó Jonathan sin poder borrar la sonrisa de su rostro—. Me gustaría que se quedase conmigo y no huyese por vuestra culpa —Luego se inclinó y me susurró—. Mi venganza por las amenazas de Joshua ¿Sabes lo que ha sido escucharle decir que quiere teñirme el pelo de verde?

— ¿Y no has querido huir? Joshua se toma muy en serio sus amenazas capilares.

— Mmm… Lo pensé —Le golpeé ganándome sus carcajadas—. No voy a huir, precioso, me vas a tener que aguantar a mí y a mi bañera llena de productos —Ante eso, mi mente no pudo evitar imaginarse lo que sería bañarme con él, verle…

— Oh, por el amor de Dios —Gritó Carl—. Sois asquerosamente adorables. Necesito un cigarrillo —Su sonrisa indicaba que realmente no le molestaba, así que me relajé—. Hablaremos de esto en la sesión del domingo.

— ¿Es necesario? No tiene nada que ver con las razones por las que estoy aquí —Me quejé separándome con reticencias de Jonathan y sentándome a desayunar.

—No, pero quiero detalles jugosos y ese ranchero duro de ahí atrás no me los va a dar.

Se marchó sacando un cigarrillo de su bolsillo. No me dejó replicarle y solo pude negar con la cabeza. Estaba como una cabra. ¿De verdad me preguntaría detalles? No había mucho que contar más allá de unos pocos besos. No me dio tiempo a pensarlo mucho más, pues no tardamos en ponernos a trabajar. Aristóteles logró, una vez más, escaparse de la vigilancia de Jonathan y Atenas en el pasto. Jimmy y yo acabamos siendo seguidos durante toda la mañana. Era nuestro acompañante silencioso que trataba de

robarnos la comida. Aquel día el sol nos dio un respiro, anunciando que ya quedaban solo unos días de septiembre y el frío no iba a tardar en llegar junto al otoño.

Cuando la rutina matinal terminó, me duché y me quedé derrumbado en la cama hasta que Jimmy y Simón llegaron. Estaba agotado, pero no quería dormirme hasta que mi amigo viese su regalo. Era su momento de descompresión, de relajación y quería completarla.

—Hoy toca Cenicienta —Dijo Simón y cuando Jimmy fue a protestar, sacó de la bolsa que llevaba galletas de chocolate—. Te las doy con un batido si vemos Cenicienta —Con eso logró un asentimiento emocionado.

Sin poder esperar más. Saqué el paquete que Simón me había ayudado a envolver y se lo entregué a Jimmy. Sus ojos se abrieron emocionado y lo cogió con rapidez. Saltó a la cama y, moviendo sus piernas sin parar por la ilusión, despedazó el papel por completo. Su sonrisa se amplió cuando vio el chupete para adultos con una correa de dragones para engancharlo a su camiseta. Abrazó la caja con fuerza antes de soltarla y abrazarme a mí.

— Sé que lo querías probar, pero tenías miedo. Ahora estamos en esto juntos, podemos darte la seguridad para usarlo.

— Gracias —Me susurró antes de darme un beso en la mejilla y darme el regalo—. Abre, abre, por fa —Me dijo con la voz mucho más suave, entrando en esa zona mental que le hacía feliz.

Una vez lo lavamos y se lo pusimos, Jimmy se calmó al instante. No tardó mucho en dormirse con las piernas en el regazo de Simón y la cabeza en el mío. Los demás no tardamos en caer porque lo último que recuerdo es la entrega de la carta para la celebración en el palacio. Fue un sueño plácido, sin pesadillas. Me sentía tan contento que dudaba que alguien fuese capaz de estropearlo. Aquel lugar se sentía un hogar, un remanso de paz.

∞∞∞

El sábado llegó antes de lo que esperaba. Tras dar varias vueltas en mi habitación después de la comida, decidí que era mejor llamar a Joshua. Iba a dar un gran paso, un cambio inolvidable en mi vida del que sabía que no podría dar marcha atrás. Por eso necesitaba que me asegurase que todo estaba bien. Además, ¿Cómo iba a elegir que ponerme? Aunque Jimmy y Simón iban a acudir tras la cena, tenía tantos conjuntos que sentía que podía explotar por la presión. Necesitaba reducir las posibilidades, quería hacer algo antes de que los nervios pudiesen con él.

— Joshua —Dije su nombre como tantas otras veces que le pedía ayuda entre un grito de frustración y una súplica—. ¿Qué se pone uno para un club BDSM?

— Buenos días, hermanito ¿Cómo estás esta mañana? Oh, muy bien, gracias, ¿Y tú enano?

— Perdón, es que estoy nervioso —Suspiré— Buenos días, Josh.

— Eso está mucho mejor, ahora hablemos de lo que te preocupa. Ha sido más rápido de lo que esperaba —Se rio calmando un poco la presión que sentía en su pecho—. Pensé que empezarías solo probándote tu ropa —Luego se apresuró a decirme que todo estaba bien por si malinterpretaba su respuesta—. Cambiemos a videollamada, vamos a ponerte sexy ¿Con quién vas? ¿Sabe Jonathan que vas? No vayas a olvidarte de mandarme un mensaje cuando vuelvas a casa esta noche ¿De acuerdo?

— ¿Por qué tendría que saberlo? —Le dije cambiando a videollamada. Fruncí el ceño confundido. El resto de sus preguntas y exigencias eran habituales. Quería saber que estaba a salvo, que no iría solo—. Voy con unos amigos, no voy solo, pero no puedo decirte quién.

—Eeeeh… —Mi hermano parecía incómodo al otro lado de la línea, frotándose el cuello como cuando no sabía qué decir—. Por nada, solo curiosidad. Si necesitan consejos, diles que soy de la comunidad, que puedo escucharlos. Es peligroso adentrarse en este mundo sin guía alguna.

— ¿Por qué no habré acudido a ti antes? —Me quejé sabiendo que muchos de mis problemas podían haber sido menos agobiantes de haber estado con mi hermano.

— Porque tenías miedo, pero ahora estoy aquí para escucharte. ¿Sabes que te querré siempre hagas lo que hagas? Un padre siempre querrá a sus hijos, al menos uno que intente ser bueno —Me dijo, admitiendo como se sentía. Aunque ninguno de los dos hablaba abiertamente de nuestra relación y no había títulos entre nosotros más allá de "hermano", los dos sabíamos que nuestros roles habían cambiado mucho tiempo atrás.

— Tú eres bueno, Joshua. El mejor padre del mundo —Tras eso pensé que necesitaba enviarle una taza con ese rótulo para animarle, sabía que le haría ilusión.

— Te quiero, enano —Carraspeó y cambió de tema rápido para no seguir volviéndose sentimental—. Vamos a ponerte sexy, venga, enséñame tu arsenal.

Para cuando Simón y Jimmy llegaron a mi habitación, había pasado de tener mil conjuntos a solo dos outfits elegibles. Mis amigos terminaron de ayudarme por lo que cuando me miré en el espejo sonreí satisfecho. Llevaba unos vaqueros rasgados grises que se apretaban a mi cuerpo con precisión y si me inclinaba un poco podrías ver sobresalir el tanga negro que había decidido ponerme. El conjunto se remataba con un crop top blanco que rezaba con letras de purpurina roja: "Good boy?".

A Simón le vestimos de una manera similar, pero le añadimos una camisa de rejilla bajo un top que ponía "I wanna be your slave".

Jimmy se había puesto una camiseta amarillo pastel llena de arcoíris y bajo sus vaqueros llevaba unos pantalones cortos de color beige de un estilo similar al que solían llevar los niños pequeños. Se los cambiaría cuando llegase para poder disimular si nos veían salir. Por eso mismo llevábamos en una bolsa su chupete, sus libros y otras cosas que podrían serle útiles como su peluche de Mushu.

—Estamos listos. Los demás deben estar ya dormidos —Anunció Simón sin poder ocultar su emoción—. Vamos por detrás. He aparcado allí mi coche, para que no nos vean salir.

Nos íbamos a un club BDSM juntos, algo que aterrorizaba y emocionaba al mismo tiempo. Sin embargo, no podrá pensar en mejores compañeros para aquella aventura, para continuar aprendiendo experiencias nuevas. Estaba siendo por fin Calvin y no el hombre que los demás querían que fuese. Ahora tenía respuesta para Carl. Solo una persona de mi antigua vida había sabido verme por quien era, solo un hombre me amaba incondicionalmente por mí mismo y no por la máscara que llevaba. Solo Joshua le apoyaba, pero no había sabido verlo. Aunque había tenido esa realización, no se sintió solo, sino liberado. No les debía nada.

Observé a Simón cantando a todo pulmón *Te felicito* de Shakira mientras Jimmy se reía. Había encontrado personas mejores con las que compartir mi día a día, personas que no juzgaba, que te apreciaban sin necesitar nada a cambio. Ellos eran las personas que merecían la pena, las que merezco en mi vida. Por eso, mandé lo que me habían inculcado como políticamente correcto y acompañé a mis amigos cantando. Nuestra risa podía escucharse a través de la ventanilla abierta, el viento se colaba en el coche refrescándoles y la libertad parecía abrirse camino en mi vida.

Capítulo 10

Jonathan

Observé mi alrededor con una sonrisa de satisfacción. Era miembro de Cuero y cuerdas desde que supe lo que era el BDSM, pero desde hacía un par de años no había encontrado el momento adecuado. Una de las zonas había sido habituada para aquellos que querían bailar y disfrutar de un momento agradable sin llegar a participar en una escena. La planta de arriba había sido acomodada para diferentes temáticas y salas privadas que se podían alquilar. Allí tendría lugar la exhibición de bondage y shibari a la que Julia deseaba ir desde que se anunció. En el lado que se encontraban ellos había mesas y sofás cómodos para aquellos que querían una velada tranquila, estaban teniendo el cuidado que necesitaban tras una escena o se preparaban para conocer a alguien con el que jugar aquella noche.

En esta ocasión, una parte había sido modificada con globos, juguetes y buffet de chuches para albergar una fiesta temática dedicada a littles y middles. A su alrededor, aquellos que disfrutaban de aquel estilo de vida dentro del BDSM disfrutaban a sus anchas sin tener que acudir a una de las salas dedicadas a ellos. Los daddys buscaban a sus chicos para atenderles cuando lo necesitaban, ellos jugaban con cualquier cosa que encontraban por el camino. Estaban en paz, tranquilos y disfrutando. Sin duda, había escogido el día perfecto para traer a Carl.

Su mirada se dirigió a su amigo que lo miraba todo sonriendo. Ahora que estaba sentado y había comprobado la seguridad por sí

mismo, podía respirar tranquilo, pero habían tenido que afrontar una pequeña crisis de pánico en el aparcamiento. Julia, que los acompañaba, no cuestionó lo que estaba sucediendo ni les preguntó el porqué. Se limitó a ayudarlo hasta que fue capaz de salir del coche para entrar en el club. Todos los miembros de su familia, de su equipo, sabían cómo comportarse en aquellas situaciones, así como a no preguntar nada hasta que la otra persona no le diese la información cuando se sintiese capaz.

— Gracias por traerme, chicos. Era justo lo que necesitaba —Su mirada se pasó por la sala buscando. Sabía que era demasiado pronto para que volviese al ruedo, pero solo observar le acercaba más a disfrutar de nuevo de su estilo de vida.

— No las des, me moría por una noche en compañía —Dijo Julia una vez que la camarera colocó nuestras bebidas en la mesa, un Cosmopolitan para mí lo que recibió una fuerte carcajada por parte de mis amigos que no comprendían las bebidas refinadas, una cerveza para Carl y un Nestea para ella—. Por mucho que me guste venir para tener escenas, ya era hora de poder disfrutar de una noche con amigos.

Nos relajamos en los sofás, riendo y hablando sin presión por comenzar con la noche. Era raro que pudiésemos tener una noche libre todos, pero mañana era de los pocos momentos donde podíamos comenzar el trabajo mucho más tarde. A Julia le quedaba tiempo para la exhibición y nosotros nos planteábamos si acompañarla o seguir allí. Aquel día solo buscábamos explorar, Carl necesitaba relajarse de nuevo primero y yo tenía a alguien esperando en casa.

— ¿Creéis que habrá algún middle por aquí que esté solo? — Preguntó mi amigo con curiosidad—. No me parecía mal un poco de diversión —Bromeó, aunque una parte de él seguramente deseaba que alguien llamase su atención. Kwanhee y Miguel le ayudaban a procesar lo que faltaba en su vida, pero ellos no estaban en el estilo

de vida abiertamente, solo era una sospecha que por ahora funcionaba.

— Hablando de diversión… —Empezó Julia mirándome intensamente y bebiendo de su vaso. No me iba a gustar lo que tenía que decir, estaba seguro. Eran una panda de entrometidos, a los que adoraba, pero que no paraban hasta sonsacarte la información personal—. ¿Vas a hablar con Calvin? Porque sería perfecto para que descargues un poco de la dadditis que nos está sofocando a todos.

Le lancé una servilleta hecha bola y rio. Tenía razón, tenía que hablar con él y lo había decidido durante la cita en el pueblo. Sin embargo, no sabía cómo iniciar la conversación. ¿Me plantaba delante y le soltaba: "¿puedo ordenarte por ahí?, porque soy un Daddy y quiero que seas mi chico?". Lo más probable era que me tirase algo a la cara y saliese corriendo. No había una forma correcta para esta conversación. Aun así, era hora de que se armase de valor porque no podía tener una relación vainilla. Él buscaba un sumiso casi 24 horas, pero que fuese independiente y tuviese sus propias metas en la vida.

— A lo mejor la conversación tiene que adelantarse —Dijo Julia sin poder parar de reír—. Tenemos tres chicos traviesos que no están en sus camas y necesitan nuestra guía.

— ¿Qué? —Preguntamos Carl y yo al mismo tiempo.

Ella se limitó a señalar a una de las nuevas zonas habilitadas para la fiesta de littles y middles. Cuando Carl y yo encontramos el origen de su humor, no podíamos creerlo. Jimmy jugaba con unos bloques con otro chico. Montaban la torre y luego la tiraban riendo, o eso creían, porque el chupete en sus labios les hacía tener que fijarse en sus ojos. Nunca lo había visto así de relajado. Mushu estaba a su lado, su fiel seguidor y el chupete estaba unido a una correa de dragones ideal para él ¿Cuándo había comprado aquello?

Tras él, como dos sombras vigilantes en la noche, se encontraban Calvin y Simón.

Los chicos reían en uno de los sofás donde otras personas observaban a sus Little y middles. Brillaban en la multitud y su belleza atraía miradas ¿Y cómo no iban a hacerlo? Calvin había dejado atrás sus camisetas literarias y su timidez para llevar ropa que no dejaba nada a la imaginación. Su camiseta gritaba lo que tanto había estado deseando saber. El "Good boy?" en purpurina era la invitación que necesitaban los daddys para acudir a él. Apretó las piernas un poco para evitar que la vista le produjese una erección indeseada. No era el momento para mostrar el deseo.

— Vaya, vaya, nuestros chicos han salido del nido —Dijo Carl palmeándome la espalda—. Vamos, grandullón, tenemos que ir a por ellos. No habrá mejor guía que nosotros. Ya es hora de que sepan que somos un grupo de kinkis locos viviendo juntos.

Julia se levantó anunciando que teniendo en cuenta sus gustos, iba a encargarse de Simón a partir de ahora. Si su kink era de servicio, ella le ayudaría a brillar. Era mejor que lo descubriesen juntos a dejarle volar con alguien inexperto. Carl me indicó que se quedaría con Jimmy para dejarme hablar con Calvin lo más tranquilo posible. Ante el giro de los acontecimientos ya no podía retrasar la conversación. Al fin y al cabo, al menos ahora sabía que su reacción no iba a ser negativa. Todos los comportamientos que despertaban mi lado de cuidador y protector cobraban ahora sentido. Calvin se estresaba con las pequeñas decisiones porque ansiaba un Daddy que le quitase ese peso de encima. Por eso sonreía cuando le decía buen chico.

— ¿Tú crees que se habrán dado cuenta de que nos hemos ido? —Preguntó Calvin a Simón cuando nos acercábamos por detrás.

— Naah —Movió su mano para aliviar la tensión de su amigo—. Y si lo hacen pensarán que estamos en alguna discoteca, no aquí.

Además, duermen como troncos.

— Lo hacemos si nos vamos a dormir —Dijo Julia saltando para sentarse al lado de Simón pasándole el brazo por los hombros.

— J-Jonathan —Dijo Calvin con las mejillas enrojecidas y el miedo en su rostro cuando subió la mirada y me vio.

Sin embargo, ninguno pudo reaccionar rápido, pues Jimmy se acababa de dar cuenta de que estábamos allí y estaba tensándose, señal de que estaba saliendo de ese estado de regresión en el que entraban los Little. Por suerte, Carl, que tenía más experiencia con este tema, se sentó al lado de Jimmy y le dijo:

—¿Qué me dices de un batido de chocolate en un vaso especial para niños buenos?

Le despeinó con cariño y les devolvió el chupete a los labios. La tensión de Jimmy desapareciendo por momentos fue un alivio. Lo último que queríamos era asustarlo cuando había dado este paso. Llevaba años tratando de lograr que saliese de su mente durante un par de horas, ayudándole cada noche antes de dormir, pero nunca había logrado que fuese capaz de regresar tanto.

— Vamos, pequeño esclavo, a pedir bebidas —Dijo Julia cuando Jimmy asintió y Carl le pidió agua para él. La sonrisa de Simón en ese mismo instante no podía ser más amplia—. ¿Vosotros que queréis?

—Trae dos coca-colas Zero Zero por favor y gracias —Le dije sin preguntarle a Calvin. Cuando se ponía nervioso solía preocuparse aún más cuando tenía que pedir algo o elegir alguna cosa. Además, dadas las circunstancias, era preferible dejar atrás el alcohol para otra ocasión. Tenía que ser suficiente con el Cosmopolitan de antes.

Una vez que se fueron a por las bebidas y Jimmy y Carl se centraron en jugar con el otro chico, el pequeño susto olvidado, me

senté al lado de Calvin que no dejaba de frotarse las manos en el regazo. Incapaz de mantener esta conversación con él asustado y tan lejos, le pedí que viniese conmigo a mi regazo. Una vez se sentó allí, aun sin mirarme, lo abracé para darle confort. Lo necesitábamos los dos.

— ¿H-habéis venido a buscarnos? —Preguntó.

— No, precioso, no —Sonreí con ternura y le di un beso en la cabeza—. Carl, Julia y yo somos socios. Estábamos disfrutando de la noche juntos y cotilleando un poco. Es más, nuestra veterinaria favorita me estaba regañando porque aún no te había contado nada justo antes de veros —Levanté un poco su barbilla para que pudiese verme—. Debemos tener una conversación más amplia si esto es lo que quieres cuando volvamos a casa, pero hoy quiero que sepas que soy un daddy dom ¿Es lo que estabas buscando?

Calvin asintió y se irguió un poco más en mi regazo para mirarme mejor. Parecía estar sintiéndose más seguro. Saber que no le había descubierto en una situación en la que debía dar explicaciones y descubrir que estaba allí por mí mismo, le había aliviado.

— ¿Eso me convertiría en tu chico? —Me preguntó disimulando una sonrisa—. No tengo mucha experiencia, es la primera vez que vengo a un club. Jimmy, Simón y yo hemos estado explorando juntos, pero no ha sido mucho tiempo.

— Si quieres sí, depende de ti, pero nada me haría sentir más orgulloso que ser tu daddy —Le aparté el flequillo del rostro y sonreí —. No importa la experiencia, importa que eres tú ¿Qué me dices quieres que sea tu daddy?

Me besó sin que pudiese añadir nada más y no necesité más respuesta que esa. Nos separamos al escuchar la voz inocente de Jimmy diciendo "Iugh qué asco". Calvin me dio un beso en la mejilla antes de apoyar la cabeza en mi hombro. Murmuró, pensando que no podría escucharlo algo que parecía un "Joshua lo sabía". Se

quedó en silencio, sin mucho interés por una conversación, relajado tras el susto. Mientras Simón, Julia y yo hablábamos sobre como nuestra amiga iba a convertirse en como nuestra amiga iba a convertirse en la ama provisional del cocinero para que pudiese explorar con tranquilidad. Carl dejó jugando a Jimmy para unirse a ellos y aportar su granito de arena en la conversación. Nunca los había visto tan relajados a todos. La verdad nos había liberado. Ahora solo faltaban dos personas para que nuestra reunión fuese perfecta.

—¡Hey! —La voz de Miguel nos sobresaltó a todos—. No me puedo creer ¡Kwanhee! ¡Mira!

El muchacho no tardó en alcanzarnos seguido de Kwanhee. Los dos iban vestidos con la moda juvenil de ahora y bebían un refresco con pajita. Antes de que pudiésemos preocuparnos Jimmy volviendo de golpe a la realidad de nuevo, Kwanhee se sentó a su lado y tiró la torre de golpe haciendo reír a los dos chicos.

— Soy el monstruo tirador —Dijo con voz grave y forzada—. Torre montada, torre que tiro.

—Otra vez, otra vez —Rio su amigo contagiando a todos y comenzando a montar la torre de nuevo.

Miguel se tiró en el sofá y pasó un brazo por los hombros de Carl con una sonrisa socarrona.

— Pues parece que somos el rancho del BDSM, un retiro LGBTI para quien necesita mejorar su salud mental, pero también el hogar de los kinkis —Se rio a carcajadas—. Sospechaba algo, porque este de aquí —Señaló a Carl—. no deja que disfrutemos como haría un buen daddy.

— Y ahora que lo sé, voy a ser peor —Le advirtió él como respuesta, aunque con una sonrisa en el rostro—. Preparados para

las rutinas buenas, ahora sí que no os escapáis. ¿Desde hace cuánto estáis en el BDSM?

— Desde que cumplimos los 18. Obligué a Kwanhee por una apuesta a colarnos en un club. Uno de los doms nos castigó limpiando en lugar de llamar a la policía y vio que aquello nos ayudaba, así que decidió convertirse en nuestro mentor.

La noche solo pudo mejorar. Los grandes secretos habían desaparecido y ahora podíamos dejar de controlar nuestros impulsos en casa, al menos cuando no hubiese ningún inquilino. Estaba deseando ver como cambiarían las cosas a partir de ahora. Se sentía feliz allí. Todos reían, hablaban y disfrutaban. Estuvimos allí hasta que Jimmy empezó a frotarse los ojos y Miguel a bostezar. Era hora de volver a casa.

Capítulo 11

Calvin

En el fondo, sabía que soy un hombre impaciente. Cuando las navidades llegaban, de pequeño solía entregar mis regalos con antelación y me desesperaba por saber que llegaría para mí. Sin embargo, con el paso del tiempo, había aprendido a controlarlo, a tranquilizarme cuando las personas necesitaban más tiempo o se planteaba una fecha concreta. La noche anterior, Jonathan me había besado en la puerta de su habitación y me había prometido que hablaríamos al día siguiente cuando estuviésemos despejados. Habíamos regresado alrededor de las dos de la madrugada y había vuelto a abrir los ojos a las seis como si mi cuerpo no supiese lo que es el descanso. Desde entonces, había estado esperando a que fuese una hora prudente, a que los demás descansases lo suficiente antes de salir pidiendo la conversación que ansiaba. Tenía los recursos suficientes para administrar mi nerviosismo, para aparentar ser un chico modelo, pero… ¿No estaba Carl ayudándome a ser yo mismo? ¡A la mierda la paciencia!

Aun con el pijama y el pelo revuelto después de haber dormido, salí de mi habitación con cuidado. Que necesitase respuestas y la promesa de un buen futuro de experiencias no significaba que los demás tuviesen que sufrir por mi culpa. Por eso caminé de puntillas hasta el cuarto que Jonathan me había indicado como suyo y toqué levemente la puerta. Cuando no recibí respuesta, me mordí el labio. ¿Se molestaría mucho si entraba sin avisar? ¿Qué ocurriría si me atrevía a tumbarme con él en la cama? Suspiré y comencé a retirarme, pero ¿No había leído en mis libros escenas similares a

aquella que siempre acaba de una forma divertida y con final feliz? ¡A la mierda la paciencia! Iba a entrar.

Tomando la decisión, giré el pomo de la puerta y me adentré en el cuarto en penumbra. Sonreí al ver a Atenas dormido sobre un pequeño sofá que parecía dedicado a la lectura. Se encontraba boca arriba, con las patas colocadas sobre él como si se tratase de una persona y la lengua fuera. Estaba tan adorable que deseé pararme a sacarle una foto. Sin embargo, tenía una misión más importante. Giré sobre mis pies y allí estaba él, Jonathan, en todo su esplendor dormido con la cabeza apoyada en la almohada y los brazos y piernas abrazados a otra. Sonreía en sueños, la imagen perfecta de un ángel. Dormía con un pijama de seda elegante que parecía abrazarse a su cuerpo de la misma forma que lo hacía la lencería que él se compraba.

—Jonathan… —Le llamé con cuidado mientras me acercaba a los pies de la cama—. Jonathaan —Como vi que no respondía, me subí en la cama y gateé hacia él—. Jonathaaan —Volví a llamarle con mi voz más inocente y toqué su bíceps con la punta del dedo—. Jonathaaan.

El ángel se giró despacio y sin que pudiese remediarlo me atrapó con sus brazos como si fuese una almohada a la que abrazarse. Sus labios besando mi cuello con suavidad y yo no pude evitar dejar escapar un suspiro de satisfacción. Podría acostumbrarme a dormir así. ¿Cuánto tiempo hacía que no me acurrucaba con alguien? A mi ex no le gustaba que nos acercásemos tanto para dormir, aunque no solíamos hacerlo mucho. Ella trabajaba horas intempestivas y las mías no eran mucho mejor. Nuestros encuentros solían ser pactados, un punto más en nuestras agendas ya abarrotadas.

—No creas, precioso, que esto no tendrá consecuencias —Me susurró Jonathan provocándome un escalofrío—. Tengo el sueño ligero —Me mordió con suavidad el lóbulo de la oreja y casi le supliqué que continuase—. Ahora, pequeño, sé un buen chico y duerme.

Estuve a punto de protestar, pero mis palabras me fallaron cuando empezó a acariciarme con suavidad el torso. Una de las cosas más efectivas para que me quedase dormido y supe que

Joshua había hablado con él, porque solo lo podía saber su hermano. Poco a poco fui cerrando los ojos hasta que mi respiración se acompasó a la de Jonathan y la habitación dio paso al mundo de los sueños.

∞∞∞

Suspiré al sentir suaves besos en el cuello. Unos brazos fuertes, pero delgados me abrazaban y me atraían contra un torso duro. Abrí los ojos de golpe ¡Jonathan! Había entrado en la habitación siguiendo un impulso. Recordé lo que le había dicho el ranchero y me ruboricé: «No creas, precioso, que esto no tendrá consecuencias». ¿De verdad había sido capaz de hacerlo? ¿Cómo iba a girarme ahora para mirarle? Y más importante aún ¿Cuáles serían las consecuencias?

—Buenos días, precioso —Me susurró Jonathan dándome la vuelta para que pudiese mirarle—. ¿Ahora estás avergonzado? —Su risa sonó ronca por el sueño. Me miraba con los ojos brillantes, llenos de promesas que no quería analizar en aquel momento. Me relamí los labios—. Me gusta más despertarme contigo aquí, creo que va a ser la nueva norma de la casa —Me besó cumpliendo por fin mis deseos, logrando que mi mente se relajase por completo mientras mi cuerpo se despertaba.

Mi erección matutina terminó por endurecerse con cada caricia, con el roce de su lengua contra la mía, todo con una suavidad que me dejaban templando. Se incorporó un poco dejándome completamente boca arriba y sus manos, traviesa, viajaron por mi torso hasta colarse en el interior de los pantalones del pijama. Su dedo se rozó contra el encaje que llevaba puesto y se apartó para mirarme de nuevo. El deseo se leía en cada parte de su ser, desde los labios enrojecidos e hinchados por los besos hasta sus pupilas dilatadas y su respiración agitada.

—No sabes lo que me gustaría quitarte los pantalones que tanto me estorban y ver que es lo que estás escondiendo —Me dijo

relamiéndose los dedos—. Pensé que el otro día lo imaginé, pero creo que he encontrado un tesoro.

—¿N-no te importa? —Le pregunté con inseguridad, aunque Jonathan me estaba demostrando de todo menos disgusto.

—¿Importarme? Dudo que pueda contenerme mucho si lo veo —Se acercó a mi oído y me susurró—. Adoro a mis hombres con encaje tanto como la seda en mi cuerpo —Volví a temblar del deseo contenido—. Dios, eres una tentación y más ahora que sé que estabas escondiendo, pero tenemos que hablar…

—¿Y si solo nos desfogamos un poquito? Si es vainilla, no necesitamos límites —Le dije dibujando círculos en su pecho y poniéndole mi mirada más inocente.

—Oooh, vas a ser un peligro, precioso —Rio Jonathan colocándose sobre mí—. Solo un poco y después hablamos ¿De acuerdo? Hay un límite vainilla que sí que deberías saber antes de llevarlo muy lejos.

Sus ojos mostraron preocupación durante un instante, pero antes de que pudiese preguntarle qué ocurría, me besó. Me olvidé de que estábamos hablando, del día que era e incluso de lo que quería. En aquel instante solo existía él y sus besos. Suspiré en su boca mientras me elevaba sobre mis codos para tener mejor acceso a él. Me dolía todo el cuerpo, necesitando más de aquel roce exquisito de nuestras lenguas, de la presión que ejercía su cuerpo contra mi erección. Quería más. Deseaba todo lo que podía darme.

Por eso cuando se alejó de mí y me miró con una sonrisa torcida que gritaba problemas, supe que iba a estar perdido para cualquier otra persona del planeta, independientemente de su género o carencia de él. Me ordenó que me quitase la ropa, dejándome solo el tanga negro. La reacción que tuvo me hizo sentir el hombre más atractivo del planeta, pero eso solo podía mejorar. Me volvió a tumbar boca arriba y me susurró que no me moviese antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja. Comenzó a descender dejando un rastro de besos y mordiscos por todo mi torso. Se detuvo al llegar a mis pezones, robándome el aliento y haciendo que mis manos se situasen sobre su cabeza para retenerle contra mi pecho.

—¡Oh, Dios! Jonathan… —Gemí cuando llegó a la zona sensible de mi estómago. Podía ver la sonrisa en su rostro cada vez que se reincorporaba un poco para bajar más—. Jonathan, por favor…

—Me voy a volver adicto a tus súplicas —Me dijo antes de besar la punta de mi erección sobre el encaje logrando que un gemido aún más largo se escapase de mis labios—. Cariño, no te contengas. Quiero ver lo mucho que disfrutas.

Retiró el tanga hacia un lado dejando que toda mi longitud estuviese a la vista, sin la constricción del encaje que ya había comenzado a doler. Me estremecí al sentir su aliento contra ella. Me tentó con su lengua, acariciando la punta con lentitud. Me aferré a su pelo incapaz de poder controlarme. Dios, si aquello era lo que se sentía solo con el roce, que ocurriría cuando… ¡Oh, dios mío! Cerró su boca sobre el comienzo de mi pene y succionó, dejándome sin aliento. Lo fue compaginando con su lengua, descendiendo cada vez más, hasta que no fui más que un hombre suplicante que se retorcía bajo sus atenciones. No había sentido un placer como aquel. Sus ojos no se apartaban de mí, su boca subía y bajaba sin remordimientos, atrapándome por completo. Estaba comprendiendo por primera vez lo que era una garganta profunda, lo que eran las atenciones de alguien que quería mi placer y no el suyo únicamente.

—Jonathan, estoy… casi… oh, dios.

No fui capaz de formular palabra, pero él supo lo que quería, pues succionó con más fuerza y sus movimientos se hicieron más rápidos hasta que me rompí en mil pedazos. Mi mente se quedó en blanco mientras me derretía por completo. Tragó con fuerza sin dejar ni una gota provocando que me ruborizase. Sin embargo, cuando volvió a posicionarse a mi altura, lo besé con fuerza sin pizca de vergüenza. Pude saborearme en sus labios y suspiré de nuevo.

—Si me das unos segundos, te ayudo con… —Me calló con un beso del que no pude protestar. Podía sobrevivir solo con sus labios.

—No te preocupes por eso, ya habrá tiempo después. Ahora, voy a ducharme y a subirte el desayuno en la cama —Ante mi expresión ilusionada volvió a besarme—. Te dije que iba a mimarte, a tratarte como mereces. Así que quédate aquí descansando, disfruta de este

orgasmo y cuando vuelva con el desayuno podemos tener esa conversación.

Debí quedarme dormido porque lo siguiente que supe fue que Jonathan llegó a la habitación con una bandeja que contenía dos piezas de fruta, tostadas de mantequilla y mermelada, unos croissants y dos tazas de té. Me había reglado un desayuno dulce, pero no iba a tener tanta suerte con el café. Aun así, no recibiría queja alguna por mi parte cuando además me regaló un beso mientras me incorporaba para poder comenzar el desayuno. Jonathan, oliendo a champú y ropa limpia, se sentó a mi lado cogiendo uno de los croissants que había en la mesa. Estaba mucho más relajado que los días anteriores, su sonrisa era contagiosa. Estábamos felices, en nuestra pequeña burbuja y el mundo podía esperar.

—Vale, precioso, hora de hablar de lo que buscas en el Daddy Kink, de nuestros límites y de nuestros deseos —Me dijo abriendo una libreta en la que escribió en diferentes páginas nuestros nombres para que cada uno plasmase sus deseos—. Empiezo yo con mi límite vainilla porque prefiero sacarlo ya por si esperas de mí algo diferente y no puedo dártelo —Le dio un mordisco nuevo y bebió su té, retrasando el momento—. Solo disfruto cuando recibo, el sexo anal es lo que me da placer, pero cuando me ha tocado dar a mí… —Carraspeó—. Digamos que no ha sido bueno. Durante mucho tiempo me cuestionó mi faceta dominante por ello, pero ahora me siento seguro, soy un Daddy, soy dominante, pero todo lo hago desde el lado recibidor.

Me reí. Sabía que no era el momento, pero era una de las cosas que más me preocupaban hasta el momento. Había hecho ya alguna que otra exploración en cuanto a mis preferencias sexuales y sabía que no me gustaba nada cuando el sexo anal. Mi punto g no funcionaba como tantas personas prometían, pero eso solo había hecho que tuviese que estar a cargo de mis compañeros de cama y no me gustaba. Con mi ex sufría cada vez que tenía que decirle que hacer o tomar la iniciativa. Por no hablar de que todo lo que había conocido y aprendido del BDSM se ejemplificaba siempre con el sumiso recibiendo, lo que me producía cierto miedo a no encajar en

la comunidad. Sin embargo, aquí estaba Jonathan, dejándome claro que aquello era un límite que no se podía cambiar. Él recibía y yo daba.

—No tengo nada en contra de la versatilidad —Le dije rápido para que no malinterpretase mi comportamiento—. Pero definitivamente no disfruto recibiendo. He probado juguetes que solo me producían incomodidad, también he jugado con mis dedos y un par de novios se acabaron porque solo querían mi culo mientras que yo no lo soportaba —Probé una de las tostadas y me relamí los labios para quitar los restos de mermelada que pudiesen quedar en mis labios—. Así que somos el pack perfecto —Me reí cuando me gané un nuevo beso. ¿Era yo o me sentía más ligero?

Después de dejar claro nuestros límites más vainilla, nos pusimos manos a la acción. Había muchas cosas, como el bondage que tanto le gustaban a Jonathan, que dejé como opción a explorar porque me daba curiosidad, pero nunca había estado en esa posición. Sabía de antemano que los juegos de impacto duro y el dolor fuerte no eran para mí porque cada vez que lo veía en alguna escena porno o lo leía en mis libros, me sentía mal y tenía que pasarlo. Para el ranchero, un límite inquebrantable eran los juegos mentales. Él no era un sádico, no le gustaba infligir dolor. Era un cuidador. Le gustaba tomar decisiones por su pareja, las más simples como la comida, la ropa o cualquier cosa que supusiese un problema a la hora de mantener la claridad para los problemas más grandes del día a día como el trabajo. Ante eso, Calvin no dejó de asentir porque era lo que más le atraía del estilo de vida. Era buen abogado, pero necesitaba alguien que le pusiese límites para que no se sobrepasase con las horas de trabajo y que le quitase el peso del día a día para poder ser aún mejor ayudando a los demás. También acordamos que iríamos despacio y que comenzaríamos con el sistema de luces de tráfico como palabras de seguridad para que encontrásemos un punto común. Yo estaba empezando y él no iba a presionarme, así que me suplicó que, por favor, usase el amarillo cuando necesitase parar para ir más despacio y que pudiésemos hablar o el rojo porque definitivamente era un límite. También hablamos de castigos y recompensas, cosa que me tenía temblando

de anticipación. Algo en mi se debatía entre desobedecer o ser un buen chico para ver que se sentía con cada una de las cosas.

—Ahora que hemos terminado de hablar y de desayunar —Me sonrió Jonathan, pero esta vez no parecía prometer nada tan placentero como lo que había ocurrido esa misma mañana—. Recuerdo que un chico travieso se ha colado esta mañana en mi dormitorio cuando dejé claro que tenía que esperar —Ooooh, sí, esto prometía azotes—. Así que no me queda más remedio que castigarte. Hoy vas a dejar a Jimmy con sus tareas y no te unirás a él hasta que no dejes las porquerizas limpias., Ortega, Gasset, Kant, Weil y Arendt están deseando un baño —Y con esas palabras mis ilusiones se hicieron añicos—. Anda, ve, vístete y comienza tu trabajo —Me besó, lo que no quitó la injusticia del problema—. Si lo haces bien, te recompensaré, precioso.

Ante eso me levanté de la cama sin preocuparme por recuperar mi ropa e inicié la mañana. Por primera vez en mucho tiempo, me dio igual que alguien me viese con un tanga de encaje y los silbidos apreciativos de Jonathan solo mejoraban mi autoestima. Me sentía sexy.

Capítulo 12

Jonathan

Me froté los ojos cansados, pero sonreí orgulloso. Había logrado acabar con el papeleo sin ayuda y antes de la cena. Desde la ventana podía ver a Simón movilizando a Kwanhee y Miguel para que montasen la mesa grande en el patio. Era divertido escuchar las bromas que tanto irritaban al cocinero, provocándole. A partir de ahora, los fines de semana tendrían más personal, aquel que contrataban en la temporada alta y tenían que buscar espacio para alimentarlos a todos. La solución había sido comprar un par de patas y unas tablas que pudiésemos desmontar cuando quisiésemos. El sol brillaba con fuerza en el cielo, aunque el frío me había hecho ponerme una camisa de franela sobre la manga corta. El otoño llegaría en unos días, pero no quería pensar en ello porque significaba que septiembre habría terminado y Calvin volvería a su hogar. No importaba, haríamos que fuese posible pese a la distancia. Estaba seguro de ello. Además, Joshua vendría a casa y lo traería con él, volveríamos a vernos pronto.

Dejé a un lado mis pensamientos para centrarme en mi siguiente tarea buscar materiales, abonos y semillas. Habíamos comenzado las ampliaciones del nuevo huerto con un invernadero. Simón había escuchado que era beneficioso para las personas sentirse autosuficientes y producir sus propios vegetales lo haría. Yo también había estudiado sobre ello, pero hasta ahora no había tenido el tiempo para plantear un proyecto más amplio que un par de maceteros. Al terminar, seguí mi rutina habitual. Entré en las páginas de ayuda a desaparecidos sin resultado. Nadie había pedido que encontrasen a Jimmy. Era desconsolador pensar que nadie lo

buscaba. No tenía un nombre, ni un origen, ni un apellido. Solo le quedaban recuerdos distantes de una infancia en el mar.

Suspiré asumiendo que no iba a lograr mucho más por hoy, pero no desistiría. Lograría encontrar quién era, aunque nadie lo esperase en casa, seguramente alguien supiese sobre él. Calvin tocó el marco de la puerta para llamar la atención haciéndome sonreír. Le abrí los brazos inmediatamente a lo que respondió sentándose en mi regazo para abrazarme y darme un beso.

— Hola, precioso ¿Lo has pasado bien con Simón y Luca?

Tras su sesión con Carl y la comida, Simón y él habían ido al pueblo a dar una vuelta. Querían quedar con Luca para tomar un café. Al parecer, sin que me enterase, el chico le había dado su número a Calvin y estaban entablando una dulce amistad. El trío inseparable había tenido que dejar a su tercer miembro estudiando, aunque Simón trató de llevarle por el mal camino, se ganó una de las miradas de Julia que hizo que se callase

—Sí —Un monosílabo… Sospechoso—. Mmm… —Antes de que pudiese añadir nada más, miró la pantalla de mi ordenador. Era inteligente, no hizo falta que le contase lo que ocurría para comprenderlo—. ¿Están buscando a Jimmy? —Negué con la cabeza ganándome una mirada cargada de tristeza—. ¿Has probado a escribir un anuncio tú? A lo mejor su familia ha muerto, pero puede que alguien sepa sobre él. Sé que no es la función principal de estas páginas, pero si les escribes…

—Eres un genio, precioso —Le contesté besándole con pasión, maravillado porque había sido capaz de ver el problema desde otra perspectiva—. Buen chico, hoy te estás ganando todas las recompensas. Has cumplido tu castigo, has pedido permiso antes de irte, me has dejado elegir tu ropa, me has avisado de cuando llegabas y volvías, no te has perdido la sesión con Carl, acabas de ayudarme con Jimmy… —Por cada hecho, le daba un beso, ganándome su risa, aunque no dejaba escapar que me había esquivado cuando le había preguntado esa mañana.

Antes de que pudiese llevarlo más lejos, mi teléfono sonó. El trabajo me necesitaba. Le indiqué a Calvin que siguiese en mi regazo y se pusiese cómodo mientras hablaba.

—Rancho El Valle para la recuperación ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, ¿Hablo con el director del rancho? —Preguntó una voz apagada al otro lado del teléfono, la tristeza y el cansancio empañando cada una de sus palabras. A lo lejos un niño comenzó a llorar—. Perdone, un segundo —Dejó el teléfono en alguna superficie y le escuchamos en la lejanía calmar a un bebé «Shh… Cariño, papá está aquí, no pasa nada. Vamos a cambiarte y ya verás como todo está mejor limpio». Jonathan sonrió ante la ternura del hombre con su hijo—. Lo siento, gajes de ser padre.

—No se preocupe, soy Jonathan Goodie, ¿Con quién tengo el placer de hablar y en qué puedo ayudar? —Acaricié la espalda de Calvin que suspiró tranquilo y contento apoyando su cabeza en mi hombro.

—Soy Jonah Wolf y no sé si podéis ayudarme. He escuchado que sois buenos terapeutas y ayudáis a aquellas personas con problemas. Necesito un refugio para mi hijo. Tiene seis años, es autista y… —Se le quebró la voz—. No está bien. No come, no quiere dormir, los ataques han empeorado… No sé si este ámbito os compete, pero he leído que atendéis a todas las edades, que hay un especialista pediatra —Respiró profundamente antes de continuar—. Vio como asesinaban a mi marido. Fue un atraco. Iban al parque y… —Rompió a llorar.

—Siento mucho su pérdida —Dije, impotente al saber que desde el teléfono no podía hacer mucho—. Miguel es increíble con los niños y Kwanhee, nuestro fisioterapeuta y pedagogo, trabaja con niños de necesidades especiales. Podemos encargarnos de él, pero ¿Y de usted? ¿De usted quién se encarga, señor Wolf? —Calvin me miraba con curiosidad.

—Tengo dos hijos que dependen de mí, no puedo permitirme bajar la guardia —Suspiró. Había más en la historia de lo que quería contar—. Solo necesito que mi pequeño esté bien, que vuelva a reírse, que pueda salir de su habitación —Se me partía el corazón al escucharle.

—Podemos hacer más que eso, podemos acogeros a los tres. Los dos recibiréis la ayuda que merecéis y estaréis juntos —Le expliqué, esperando que escuchase mis palabras.

—No puedo permitírmelo. Mis suegros quieren la custodia y mi abogado de oficio es una basura. Debo buscar a alguien mejor. Entre eso y pagar la estancia de mi hijo… —Su voz sonaba derrotada, sin esperanza.

Calvin que había sido capaz de escuchar la palabra abogado, se incorporó de mi regazo e hizo una seña al teléfono para que lo silenciase.

—Dame un segundo, Jonah.

—¿Qué ocurre? —Preguntó—. ¿Necesita un abogado?

—Al parecer, su hijo vio morir a su marido. El padre está mal porque no solo ha perdido a su pareja, sino que también ve a su hijo sufrir. Ahora sus suegros quieren la custodia y él no puede pagar un tratamiento aquí además de un abogado.

—Dile que si quiere un abogado. Yo me encargo —Debí poner una cara de preocupación porque se apresuró a continuar—. Necesito recordar porque quería ser abogado y este caso puede lograrlo —Me dio un beso y sonrió con ternura—. Ahora solo tienes que ser creativo y conseguir que acepte la ayuda que le ofrecemos.

No podía sentirme más orgulloso de él. Pese a estar recuperándose, iba a saltar de nuevo al trabajo con tal de ayudar a un desconocido. Tenía uno de los corazones más hermosos que había conocido. Por eso, cada día que pasaba a su lado, le apreciaba más. Mi corazón latía con más fuerza y me sentía completo a su lado. Más aún ahora que sabía que podía tener al chico de mis sueños y mi estilo de vida juntos.

—Perdona, Jonah, tenía que consultar una cosa con mi pareja. Me ha dicho que él puede encargarse de tu caso. Es abogado y por lo que sé bastante bueno. Su especialidad son las familias. Sería gratis, un extra por venir a trabajar al rancho. Necesito alguien que se encargue del papeleo, atienda las llamadas, establezca calendarios, quizás de la contabilidad también hasta que mi contable esquivo decida volver y cualquier trabajo que un secretario realice —Bajó el volumen como si fuese un secreto—. Entre tú y yo, no soy bueno encargándome de estas cosas. Tu hijo y tú tendréis tratamiento como lo hacen todos los miembros del rancho, no tendrás que separarte del bebé y estaréis rodeados de animales.

Además, el director del colegio es mi amigo, tu chico estará listo para volver en breve ¿Qué te parece?

—No puedo, es demasiado, como… —Volvió a llorar, pero esta vez no era un llanto desconsolador, era el resultado de la esperanza. Permaneció unos instantes así hasta que debió tomar una decisión —. Seré el mejor secretario, no se arrepentirá. De verdad, muchas gracias, Dios, es demasiado, no sé cómo puedo agradecérselo.

—Viniendo a casa sano a salvo, con eso es suficiente —Calvin me miraba con los ojos brillantes por la emoción y sabía que cuando colgase me ganaría un beso de los que dejan sin respiración. Lo que él no sabía es que él también se lo había ganado por su buen corazón—. ¿Cuándo le esperamos? Para preparar nuestro kit infantil —Su chico le hizo una señal para que le dejase hablar—. Calvin, mi pareja y el abogado, me indica que le gustaría hablar con usted. Le pongo en manos libres.

—Señor Wolf, soy Calvin Green de los Hong y asociados —Se presentó, su rostro adquiriendo la seriedad de quien se toma en serio su trabajo—. Vamos a tratar de resolver esta situación. Ningún padre debería perder a sus hijos ¿Puedo saber los motivos que tienen para querer llevarle a juicio?

La seriedad en su rostro, la forma en la que tomaba nota y cómo dirigía la conversación para abarcar los puntos que necesitaba antes de comenzar su trabajo, era la señal de su vocación. No había nada falso en el interés que mostraba. Jonah nos explicó que nunca había sido apreciado por sus suegros. Su hijo dejó la universidad para convertirse en chef, una profesión que consideraban indigna, y se casó con él que tenía un hijo de una relación anterior en lugar de con su novia del instituto. Le culpaban por sus decisiones. Ahora, tras su muerte, todo había empeorado. Vieron la oportunidad de hacerle pagar por todo aquello que creían que había corrompido. Les habían puesto un detective para que recopilase cualquier información cuando su marido estaba vivo y habían descubierto que era miembro de un club BDSM. Consideraban que no era digno de ser padre, que era un depravado sexual, un corrompedor de pobres almas, un desviado del camino de Dios.

—Mis gustos no afectan a mis hijos, lo juro —Se apresuró a asegurarnos por si afectaba a nuestra decisión de ayudar—. Soy buen padre o al menos me esfuerzo para serlo, para que no les falte amor. Me desvivo por ellos. George y yo no guardamos nada sin llave y hacíamos las escenas en el club cuando lo necesitábamos. No queríamos arriesgarnos a dejar nada fuera por si las moscas.

—Tranquilo, señor Wolf —Dijo Calvin antes de que interviniese yo. Me miró y asentí, sabiendo que aquel hombre necesitaba la seguridad de que no estaba solo—. Mi pareja y yo —Se sonrojó mientras lo decía, pero yo adoré como sonaba en sus labios. Solo sería mejor si no tuviese que despedirme de él al acabar el mes. «No te obsesiones con ello, al final todos vuelven a casa y podrás llevar una relación a distancia. Por Calvin merece la pena» me dije para mentalizarme—. Somos miembros de un club aquí, bueno, yo desde ayer, pero Jonathan lleva más tiempo. Entendemos la situación y haré lo que está en mi mano para ayudarle.

—Llámame, Jonah, por favor. Sois un regalo del cielo ¿Qué necesitáis de mí? ¿En qué puedo ayudar para facilitarte el trabajo?

Nos dio el teléfono de su abogado actual cuando Calvin se lo pidió. No necesitaba nada más, él se encargaría del cambio para ahorrarle parte del estrés. Bastante tenía tratando de levantar a sus hijos cada mañana. Pediría toda la información pertinente y se pondría manos a la obra. Nos despedimos indicándole que ahora solo debía preocuparse por hacer las maletas y venir con nosotros. Una vez cortamos la llamada, besé a mi chico favorito con todo lo que sentía. Ese afán de ayudar constantemente me tenía cautivado y yo necesitaba demostrarlo de alguna forma.

—Buen chico —Murmuré sobre sus labios—. Esta noche tendrás tu recompensa.

Retiré un mechón de pelo de sus ojos y lo coloqué tras sus orejas. Le miré en paz, calmado e incapaz de dejar de sonreír. Era el hombre con mejor corazón que conocía y lo iba a repetir tantas veces como hiciera falta. Acababa de aceptar un caso especial, gratuito y sin información, con tal de ayudar a un desconocido en un momento de necesidad. Por no hablar de las veces que había escuchado a los demás, les había hecho sentir válidos y visibles, no

uno más en un mundo de velocidad constante. Apoyó su cabeza de nuevo en mi hombro y jugó con los botones de mi camisa de franela. Acaricié su espalda, preguntándome cómo era posible que un hombre como él hubiese acabado necesitando su ayuda y no atesorado como se merecía. Al mismo tiempo mi mente viajaba al niño que había visto a su padre morir y al hombre que fingía estar bien por proteger a sus pequeños.

—No sé qué habría sido de mí si Joshua no hubiese logrado mi custodia —Susurró momentos después.

Solo conocía la parte que le había contado su amigo, pequeñas ráfagas en los pocos momentos en los que necesitaba desahogarse. También había presenciado algunos de ellos. Aún recordaba cómo se rompió por completo cuando recibió la terrible llamada. Su familia había tenido un accidente y solo había sobrevivido su hermano que se encontraba aún en peligro en la UCI. Solo era un niño de nueve años, solo, porque Joshua no había llegado aún a él. Mientras lo abrazaba no dejaba de decir que había sido su culpa, que no debería haberlo dejado solo, que tendría que haberle protegido.

Días después me llamó contándome que sus tíos querían luchar por la custodia. Sus tíos creían que no era capaz de hacerse cargo de todo. Sin embargo, demostró lo contrario y la custodia se negó a cumplir los deseos de esas víboras. No pudieron quitarle a Calvin, tampoco la empresa. Había ganado, pese a perder su privacidad y ser vigilado constantemente, había conseguido criar a su hermano para que se convirtiese en el buen hombre que es hoy.

—Le escuchaba pelearse con mis tíos. Decían que era un depravado y que yo no debería estar con él.

Besé su cabeza sin dejar de acariciar su espalda. Tenía que dejarle hablar a su ritmo. Era la primera vez que me contaba algo sobre su familia. Siempre había sido sobre anécdotas divertidas con Joshua, lo mal que se sentía con su ex o la presión que sentía en el trabajo.

—Cada día volvía después de matarse a trabajar y su voz sonaba tan cansada como la de Jonah. Aun así, buscaba siempre formas de llevarme de excursión, de ayudarme con los deberes, de

acompañarme a los viajes escolares, de jugar conmigo y de hacerme reír.

Su situación no era cien por cien igual que la de nuestro futuro inquilino, pero se acercaba lo suficiente como para saber que lucharía con uñas y dientes por este caso. Joshua había sido un buen padre, aunque no siempre lo creyese y muchos le hubiesen cuestionado su labor. Calvin se había dado cuenta de todo lo que había hecho por él, de cómo le protegía. No había sido ingenuo y ahora quería allanarle el camino a alguien con una situación similar.

—Por eso me esforzaba tanto —Me confesó con un suspiro—. Tenía que ser perfecto para que mis tíos no pudieran tomarla con Joshua. Las mejores notas, los amigos correctos, las novias que ellos querían, un as en todos los deportes a los que me apuntaban… —Me dio un beso en la barbilla—. Me olvidé de mí mismo y de lo que quería lograr con mi trabajo. Nunca había sido por dinero o fama, era por ayudar a familias que sufrían como Jonah —Volvió a suspirar, su voz entrecortada por la emoción—. Estoy cansado de ser perfecto. Carl y yo hemos estado hablando de esto hoy.

—¿Y qué te ha dicho él? —Le pregunté con curiosidad.

—Que era hora de explorar. Hemos hecho algunos trabajos para ello. Estoy buscando lo que es mío y no de la máscara que he creado. Hoy hemos hablado de mi carrera y él está de acuerdo conmigo en esto, sabe que es una decisión que tomo por mí y no por alguien más. He decidido dejar el bufete, voy a regresar a trabajar con familias, no con padres egoístas.

Ahora, eso era una buena decisión. Ya no solo a nivel mental, sino físico. Su médico le había pedido que bajase el ritmo y el cambio sería bueno para eso. Ahora, si tan solo dejase la ciudad… Rápidamente alejé mis pensamientos. Quedaba tiempo antes de que se marchase y no merecía la pena entristecerse por ello. Era paciente, tenía que demostrarlo. Sin embargo, con Calvin siempre sentía que necesitaba más, lo quería todo con él, el sueño completo.

—También he decidido que voy a quedarme aquí.

No pude evitar mi impulso y lo besé. Nuestros labios se unieron con dulzura, plasmando toda la felicidad que sus palabras me habían causado. Hubiese estado bien, habríamos superado la distancia de

una forma u otra, pero la intensidad de las relaciones BDSM lo haría más complicado. Por no hablar de que volvería a un lago infestado de pirañas. La preocupación constante me hubiese comido vivo.

—Veo que la idea te gusta —Se rio con ganas cuando nos separamos—. Lo he pensado mientras limpiaba, lo he hablado también con Carl y después con los chicos mientras comíamos —Me confesó. Ahí estaba el secreto que estaba ocultando—. Quiero explorar quién soy y no puedo volver al lugar donde todo comenzó a desmoronarse. Sé qué si vuelvo, mi tío ejercerá todo su poder y no sé si tendré la fuerza de resistirme.

Me explicó, además, que en uno de los ejercicios que había hecho para sus sesiones con Carl, se había dado cuenta de que solo una persona le quería realmente en su antigua vida. Joshua siempre estaría para él, viviese en la ciudad o en El Valle. Allí, sin embargo, había creado amistades nuevas: los chicos del rancho, Luca e incluso los ancianos del ajedrez que siempre se sentaban en el porche frente al restaurante. Al parecer, las pocas veces que había ido al pueblo, de alguna forma acababa jugando con ellos. También me dijo que, aunque llevábamos poco con la relación, quería saber el rumbo que podía tomar. No quería arrepentirse de marcharse a un lugar en el que era infeliz y perderme porque la distancia fuese demasiado. Además, aunque nos fuese mal, él seguiría viviendo feliz en el pueblo que se lo estaba dando todo, mientras que en la ciudad no sabría dónde encontrar el rumbo de nuevo. Se ganó otro beso por su valentía y me sonrió.

—William, uno de los ancianos del ajedrez y el abogado del pueblo, me ha dicho que se quiere jubilar y me ha ofrecido que me quede con el negocio en su nombre —Me confesó sonrojándose—. Dice que prefiere dárselo a un buen corazón que le ayuda a ganar que a cualquier sanguijuela que contestase a su anuncio. Estaría un tiempo con él para que me enseñe un poco como está funcionando todo y después sería todo mío. Tendría mi propio horario, nada tan estricto como antes, y podría ayudar en el rancho si quieres. Sé que muchas veces tus pacientes necesitan ayuda legal y tienen que buscarla, por otra parte, sobre todo, los veteranos que han sido maltratados tras su retiro —Lo último lo dijo con inseguridad.

—Me encantaría que ayudases —Le besé con dulzura una vez más, mis ojos brillando con emoción. Si Carl había opinado sobre el tema y le había dicho que era buena idea, debía haber encontrado en Calvin buenos motivos. De haber sido un impulso por estar con él, algo de lo que podría arrepentirse, se habría opuesto por completo. Nuestra mejora no depende de las personas y los cambios debemos hacerlos por nosotros mismos, decidir nuestra vida a partir de lo que es mejor para nosotros y no por complacer a los demás—. Jonah no es el primero que necesita un abogado y no será el último —Pensé en Carl y la posibilidad de que su ex volviese a encontrarle.

El rancho era un refugio y debería poder abarcar todas las necesidades. También me estaba planteando ahora que sabía que habría un abogado de nuestra parte, buscar un médico que pudiese hacerse cargo de una pequeña clínica. Nuestro hogar crecía y veía un futuro espléndido con Calvin a mi lado. Me dijo que había pensado buscar alquileres por la zona, pero yo le dije que se tomase el tiempo que hiciese falta. Su habitación seguiría libre por un tiempo. Sabía que necesitaba espacio porque aún era reciente, pero si me salía con la mía, dudaba mucho que acabase buscando un piso temporal. Estaría siempre en mi cama.

Simón gritó en la lejanía al mismo tiempo que sonó la campana que avisaba de que la comida estaba hecha. Era hora de cenar. El trabajo había acabado y después de llenar el estómago tocaba volver a casa o regresar a sus habitaciones. Calvin me besó de nuevo y yo hice lo mismo antes de que se bajase. Sin embargo, no le seguí al patio. Le indiqué mis intenciones y me deseó suerte mientras cerraba la puerta tras de sí. En aquel momento, necesitaba privacidad. No quería que Jimmy lo descubriese y alterase la paz que había logrado.

No tardé en ponerme en contacto con una de las webs que revisaba asiduamente. Dos minutos después, recibía la confirmación de que podían ayudarme con mi problema y publicaron un mensaje con el rostro de Jimmy: «Encontrado hombre en el hospital de Westwood hace tres años. Sin memoria. Si alguien puede darnos información sobre él que podamos ayudar a reconstruir su vida, que llame al Rancho El Valle para la recuperación». Solo esperaba que

alguien pudiese ser capaz de regalarle la parte que había perdido. Nadie se merecía vivir en la oscuridad.

Capítulo 13

Calvin

Aquella noche, Jonathan me susurró al oído que estuviese listo cuando subiese. Él se quedaba atrás para darme tiempo terminando de arreglar la cocina. Los demás se habían ido a la cama en cuanto les dio la señal y Carl se había ofrecido a leerle un cuento a Jimmy para que nosotros tuviésemos más tiempo juntos. Vibraba de anticipación mientras contaba los minutos que faltaban hasta que abriese la puerta de su habitación. Me había bañado, había lavado mis dientes y me había puesto uno de los tangas más reveladores que había encontrado antes de meterme en la cama. Llevaba todo el día soñando con ese momento, con poder entregarme por completo a Jonathan. Lo que habíamos hecho esa misma mañana había sido divertido, pero necesitaba más, mucho más.

—¿Empezando sin mí, precioso? —Dijo Jonathan desde la puerta con una sonrisa ladina que prometía una noche muy larga y placentera.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos ni de mis manos viajando a mi erección hasta que oí su voz. Me sonrojé avergonzado y aparté las manos rápidamente. Jonathan se fue acercando a la cama lentamente como un depredador tras su presa. Lamí mis labios, incapaz de apartar la mirada de sus movimientos.

—Hoy lo voy a dejar pasar, pero, precioso, esto —Dijo acariciando el encaje—. Es todo mío. Si quieres tocarlo, tendrás que pedirme permiso —Me susurró al oído—. ¿Vas a dejar que daddy se encargue de tu placer?

Asentí, estremeciéndome ante sus palabras. Era la primera vez desde que habíamos hablado que Jonathan se refería a sí mismo

como daddy y el placer que sentía al pensarlo era indescriptible. Todo posible rastro de sueño que tenía desapareció cuando Jonathan me besó con fuerza. Entreabrí los labios permitiéndole entrar. El roce de nuestras lenguas me hacía perder la conciencia del tiempo y del espacio. Mientras nos besábamos era como si todo a nuestro alrededor desapareciese, como si nada existiese salvo nosotros.

—Un día, voy a sacar todos y cada uno de los juguetes que escondo en esta habitación, no pararé hasta que me supliques —Me dijo besando mi barbilla y descendiendo por mi cuello—. Ahora, sé buen chico y no te muevas, me voy a encargar de ti. Hoy no tienes que hacer nada —Mordió levemente mi cuello y traté de ocultar el gemido que se escapaba por mis labios—. Eso es, precioso, gime para tu daddy. Quiero que se te oiga.

Ante esas palabras me dejé ir, no me contuve. Cada beso, cada caricia me hacía ver el cielo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que disfruté de la compañía de otra persona? ¿Cuándo fue la última vez que disfruté del sexo? Toda experiencia anterior parecía palidecer frente a Jonathan, sus atenciones y sus palabras. Me deshacía en sus brazos como mantequilla que se derretía al calor.

—Dios, daddy, necesito…—No sabía que necesitaba, solo sabía que quería más—. Necesito.

—No te preocupes, precioso, daddy sabe lo que necesitas —Su mirada se oscureció al escucharme llamarle así, el placer visible en cada una de sus expresiones—. Esta vez será rápido, pero pronto, muy pronto, voy a honrarte como mereces —Me susurró antes de volver a besarme.

Se separó, sin aliento, para terminar de desvestirse. Me estaba dando un espectáculo, mi erección dolía cada vez más y me retorcía por la necesidad de besarle de arriba abajo, de adorar su cuerpo por completo. Sin embargo, no podía tocarle, no podía tocarme. Me había dado una orden y estaba siendo el buen chico que sabía que quería. Cuando terminó, me ayudó a sentarme con la espalda en el cabecero y supe que se acercaba el momento.

—No quería esperar hoy —Me confesó Jonathan—. Normalmente, tengo más paciencia, pero esta vez no podía esperar y ya estoy

preparado —Con maestría deshizo el paquete de los condones y me colocó uno.

Poco a poco con cuidado fue descendiendo sobre mi erección, centímetro a centímetro hasta que me consumió por completo. Cerré los ojos, sintiendo que podía estallar en cualquier momento cuando el calor de su cuerpo comenzó a cubrirme por completo. Estaba estrecho, muy estrecho. Eran demasiados estímulos de golpe. Sentía que podía deshacerme con un simple movimiento.

—Daddy, espera —Le pedí apretando su cintura—. Si te mueves ahora creo que…

—Shh, precioso, daddy se encarga —Me susurro ascendiendo de nuevo para descender de golpe—. Aguanta, cariño, no puedes correrte hasta que lo diga ¿Serás bueno para daddy?

—Sí, sí, oh, dios….

Mi gemido desapareció en los labios de Jonathan que me robó el aliento con un nuevo beso, mucho más largo y ansioso, desesperados por encontrar el placer que necesitábamos. Me estaba montando, se movía con una maestría que solo me llevaba cada vez más al borde. No podía aguantar, no podía seguir así mucho más. Necesitaba…

—Tócame, precioso, llévame al límite.

Aumentó el ritmo de sus movimientos, hasta que en la habitación solo se escuchaban nuestros gemidos y el ruido de la piel contra la piel. Mi mano se movía con velocidad sobre su erección y mi mirada había quedado anclada en la unión de nuestros cuerpos. ¿Podía existir algo más hermoso?

—Daddy, por favor, por favor —Le supliqué apoyando mi cabeza en su pecho notando como su corazón latía acelerado.

—¿Qué es lo que deseas, precioso? Dímelo con palabras —Me susurró, su voz acompañándome al límite.

—Por favor, daddy, necesito… Oh, dios, estás tan apretado —Suspiré, respirando con dificultad por el esfuerzo—. Quiero correrme, por favor, daddy, déjame hacerlo —Le supliqué, encontrando por fin mis palabras y sonrojándome al mismo tiempo.

—Ahora, córrete para mí, precioso.

El clímax llegó al instante, haciéndome ver las estrellas y convirtiendo mis músculos en gelatina. Me sentía flotar, más relajado de lo que nunca había estado. Me abracé a Jonathan suspirando satisfecho, sin importarme que su semen hubiese terminado en mi estómago. Sin embargo, el ranchero, como buen protector que era. Se separó de mí, sintiendo la pérdida al instante, y se encargó de todo. Tiró el condón usado y nos limpió con un trapo húmedo. Se aseguró de que la cama continuaba bien para dormir en ella sin despertar pegajosos y nos arropó. Suspiré contento y satisfecho entre sus brazos mientras Jonathan besaba mi frente con dulzura, acariciando mi espalda. Me quedé dormido al instante arrullado por su voz dulce que me cantaba.

∞∞∞

A la mañana siguiente, Carl bebía su café lanzándome miradas divertidas. Sabía que estaba deseando preguntarme por los eventos de la noche. Aunque no nos hubiese escuchado, el ligero deje en el andar de Jonathan y la forma en la que me sonrojaba constantemente lo confesaba todo. Acabaría teniendo que enfrentarme a un interrogatorio, pero no sabía quién tendría más peligro: ¿Carl o Simón? Jimmy era más discreto, no hacía preguntas y solo escuchaba mis respuestas a los demás para alimentar su curiosidad. Sin embargo, los otros dos… Temblé solo de pensarlo. Las bromas no pararon hasta que Jonathan nos mandó a todos a trabajar, pero, sinceramente, me sentía bien con ellas. Era la señal inequívoca de que pertenecía allí. Miguel y Kwanhee estaban mucho más accesibles que antes, como si saber que no les dejaría cuando me fuese les hubiese ayudado a abrirse más. Julia no dejaba de abrazarme y decirme la cantidad de animales que aprendería a cuidar con ellos. Todos estaban aquella mañana con un humor excelente. Sin embargo, ninguno sabíamos que pronto nuestra calma peligraría.

No me sorprendió para nada la reacción de mis nuevos amigos. Sabía que tendría su apoyo. Él único que me preocupaba de ellos me

había dado el visto bueno al saber que me quedaba por algo más que por una relación que estaba comenzando. Había sabido ver mis razones y estaba de acuerdo conmigo: volver a mi vida anterior solo haría peligrar mi recuperación. Sin embargo, fue Joshua quien tuvo una reacción inesperada. Pensé que tendría que pelearme, que le vería sufrir por perder a su hermano. En cambio, recibí su bendición. Cuando le pregunté por qué se lo había tomado tan bien, me dijo:

—Quiero verte convertido en la gran persona que sé que eres. Aquí solo acabarías destruyéndote —Me confesó—. Voy a echarte de menos con locura, pero iré a verte pronto y dudo que tu psicólogo te deje tomar esta decisión si no fuese por tu bien —Su voz había perdido la fuerza con la que había iniciado la conversación. Era como si hubiese aceptado que ya no necesitaba seguir fingiendo.

—No estás bien —Afirmé sin un ápice de duda—. ¿Qué ocurre? Y no me mientas. Estoy bien, tengo buenos apoyos y ya no soy ese niño que tuviste que cuidar desconsolado en el hospital —Me senté en el asiento del porche con la cabeza de Atenas en mi regazo buscando mimos que estaba encantado de darle—. Ya no tienes que seguir protegiéndome, es el momento de que dejes que cuide de ti también.

—Siempre te voy a proteger, enano, es inevitable, pero tienes razón —Suspiré y pude imaginarlo frotándose los ojos como hacía siempre que estaba superado—. Estoy cansado, muy cansado. Nuestro tío no deja de buscar razones para que falle y ya no sé por qué sigo luchando.

—Por inercia —Le dije, mi voz suavizándose. Había estado muchos años luchando por mí, protegiéndome de aquel hombre que decía ser nuestra familia—. Pero ya no tienes que seguir haciéndolo. No voy a volver, mi sitio está aquí en El Valle y tus amigos también lo están. ¿Por qué no le vendes la empresa y vienes aquí? Hace un mes me dijiste que te encargabas de todo y me trajiste aquí para recuperarme, ahora es el momento que hagas lo mismo por ti. Si no quieres dárselo a nuestro tío, vende nuestra parte a otra persona. Deshazte de todo y ven. Tengo ahorros igual que tú y ganaríamos mucho con la venta, por no hablar de que tengo trabajo de nuevo. No necesitamos esa dichosa empresa —No pude evitar el odio en

mis palabras. Haber visto como aquel trabajo consumía a mi hermano, era suficiente para perderle el posible cariño que pudiese tenerle por ser herencia de mis padres.

—Enano, deja ya a Jonathan, ahora hablas igual que él —Su risa sonó apagada, pero al menos había humor en ella—. Le conté lo cansado que estaba y me dijo lo mismo. Le he prometido que iría con vosotros, más aún ahora que sé que no vas a volver. Ya no puedo más —Suspiró con cansancio. Lo había dejado solo demasiado tiempo.

No me gustaba la situación en la que se encontraba, que estuviese tan desgastado me dolía en lo más profundo de mi corazón. Nunca se había arrepentido y me lo daba todo. Sin embargo, nadie estaba para él, nadie le cuidaba. Trataba de defenderme tanto que se olvidaba de que no estaba solo. Jonathan protegía a sus amigos, los demás solían hacerlo también una vez que entrabas en su círculo y yo era bueno escuchando. No estaba solo y si me salía con la mía, pronto tendría a un buen dom para él solo. Iba a esperar a que él viniese por su propio pie, pero cuando llegase, lo arrastraría tantas noches como hiciese falta a Cuero y cuerdas para que encontrase a alguien. Iba a ser su celestina.

—Hazle caso, no se desobedece a daddy Jonathan y se vive para contarlo —Le dije aprovechando para hacerle saber que ya conocía el secreto del ranchero, la razón por la que me había preguntado si le había contado lo de mi pequeña excursión—. Ven, hagamos de este sitio nuestro hogar y volvamos a las acampadas.

—Así que ya lo sabes… —Su voz sonó con cariño—. Ten cuidado ¿Vale? Estas relaciones son intensas y no quiero que sufras —Hizo una pausa para pensar antes de contestar—. Me encargo de todo aquí y voy. No quiero entregarle todo a nuestro tío. Voy a buscar otros compradores.

—Tienes hasta el 24 de diciembre, Joshua —Anuncié. Entendía que necesitase tiempo, pero sabía que sin un ultimátum no daría el paso que necesitaba para ayudarse a sí mismo. Lo comprendía a la perfección porque yo había estado en su misma situación—. Si no vienes para la cena de Nochebuena, Jonathan y yo te traeremos a casa, aunque sea pataleando.

Se rio, recalcando que su amigo era una mala influencia para su lindo y dulce hermano. Al parecer me había convertido en un mandón. Me prometió que estaría aquí en la fecha acordada y que tuviese paciencia. Además, me hizo asegurarle que pasase lo que pasase, disfrutaría de mi tiempo con Jonathan sin preocuparme demasiado por lo que allí sucedía. Él se encargaría de todo y una vez que llegase al rancho, dejaría que los demás le ayudasen. Se despidió deseándome suerte con el caso de Jonah, el nuevo trabajo y mi relación. Parecía más feliz de lo que había estado al comenzar la conversación, mucho más relajado. Tenía amigos, un novio atento, un propósito y mi hermano vendría conmigo.

∞∞∞

La paz y la tranquilidad desapareció esa misma tarde. Jimmy estaba agobiado. Tenía un examen pronto y no se sentía preparado para ello. Incapaz de ayudarle de otra forma, le dejé una de mis camisetas más infantiles, una de los loony toons y juntos condujimos hasta el pueblo. Cerca del restaurante de la familia de Luca había una pequeña pastelería que siempre olía bien cuando pasabas por la puerta, pero que era aún mejor cuando entrabas. En verano, como le había informado su amigo emocionado, vendían helados artesanales, pero lo mejor que tenían eran sus galletas de Disney. Según él, no había nada que pudiese igualarse. Había estado solo un par de veces, pero sus dulces eran puro placer, solo igualable por Jonathan.

—Buenos días, niños —Mariella era una mujer dulce y amable que lnos atendía siempre con cariño. Le había acogido al instante. Ella decía que tenía una debilidad con los chicos del rancho y que yo no iba a ser menos—. Si me dais unos minutos, tendré tus galletas listas. Solo falta que se enfríen. ¿Calvin, querido, quieres probar mi nueva receta? Los rollos de canela están recién hechos y listos para ti.

Nos sentamos en una de las pequeñas mesas que mantenía en el local para aquellos que no querían esperar a volver a casa para

comer. Nos pusimos a hablar de cualquier tema que no fuese el inminente examen. Estudiaba sin descanso y necesitaba un escape antes de que su mente estallase. Sabía que cuando Jimmy entraba en una de sus crisis, era muy difícil ayudarle sin entrar en ese espacio mental en el que se dejaba ser un niño, y teniendo el examen tan cerca, se negaba a alejarse del mundo adulto.

Estábamos disfrutando de nuestra agradable merienda cuando a través del cristal vi un fantasma acercarse al restaurante. Debía ser un fantasma porque dudaba que fuese capaz de aparecer en un pueblo tan pequeño como aquel, hubiese sido rebajarse para su fuerte estatus. El sonido de fondo parecía haber desaparecido, su pecho comenzó a moverse con dificultad. No podía respirar, le faltaba el aire. La ansiedad me tenía atrapado, apretando mi corazón hasta que el dolor era insoportable. Podía escuchar la voz de Mariella a lo lejos, tratando de ayudarme, Jimmy también estaba allí, acariciándome, pidiéndome que respirase con él.

—Está aquí —Gemí con miedo al ver como el fantasma reaparecía, furioso y miraba a los lados, buscando, al acecho—. Ella está aquí.

—¿Quién, querido, quién? —Mariella me acariciaba con cariño, la preocupación en sus ojos.

—Mi ex prometida está aquí

Capítulo 14

Jonathan

Miguel, Carl y yo habíamos terminado la reunión sobre cómo nos distribuiríamos para los nuevos inquilinos cuando sonó el teléfono. Miré la pantalla, extrañado de ver que era Jimmy. Calvin y él habían salido a merendar para despejarse, así que mi chico había estado reportándome lo que estaba haciendo y preguntándome qué merendar. No era normal que me llamase si ya sabía lo que estaba ocurriendo. A no ser qué…

—Hey, Jimmy, ¿Todo bien?

—Jonathan, es Calvin, está teniendo un ataque de pánico y no sé qué hacer. Creo que es pánico, pero ¿Y si es un infarto? ¿Qué hago? —Me contestó acelerado, pero tratando de explicarlo lo mejor que podía. Escuché atentamente, aunque todo mi cuerpo pedía a gritos que fuese a por ellos. Necesitaba detalles para saber lo que ocurría. Por lo pronto, sabía con seguridad que se trataba de ansiedad y su corazón estaba a salvo.

—Voy a por el coche —Me dijo Miguel—. Iremos más rápido con el mío ¿Vienes? —Le preguntó a Carl que parecía a punto de vomitar. Apretaba los puños con tanta fuerza que sus nudillos habían perdido el color.

Estaba a punto de decirle que no era necesario, tenía que recuperarse poco a poco y no saltar de lleno al exterior, pero asintió y siguió a Miguel antes de que abriese la boca. Si nuestro amigo encontró raro aquel comportamiento, no lo mencionó. Como yo, entendía la necesidad de que las personas hablasen a su propio ritmo. Forzar la comunicación era impedir la recuperación y perder toda posible confianza.

—¿Vas a venir? —Me preguntó Jimmy.

—Estamos de camino, tranquilo pequeño, nosotros nos ocupamos —Cogí mi chaqueta del asiento y corrí hacia la puerta—. Necesito que me pongas en manos libres ¿Puedes hacerlo?

Por lo que contaba, mientras merendaban, Calvin había creído ver a su exprometida, desencadenando aquella situación. La crisis se había visto aumentada porque creía que estaba siendo paranoico y un crío, que aquel estado en el que se encontraba era culpa suya. Tenía que hablar con él antes de ponerme manos a la obra. Después llamaría a Joshua y trataría de averiguar si nos enfrentábamos a un problema real o no.

—D-daddy… —Contestó, su voz entrecortada por las lágrimas. Debía ser grave si le daba igual que Mariella escuchase el término.

—Eh, precioso, está bien. Daddy se encargará de todo, pero necesito que trates de respirar conmigo.

Carl y Miguel me esperaban con el motor arrancado y listo para salir. Me subí de un salto. Miguel salió del rancho antes de que pudiese abrocharme el cinturón. Éramos tres hombres con una misión. Mientras que Calvin trataba de ajustar su respiración todo lo que podía, fui diciéndole palabras de cariño que le asegurasen que todo estaría bien, que estaríamos allí muy pronto. Cuando sentí que Jimmy podía seguir haciéndose cargo, le dije:

—Voy a llamar a tu hermano para comprobar si tenemos que ayudarte con el miedo o enfrentarnos a un problema externo. Mientras llego quiero que te repitas que no puede controlarte. Vamos a impedir que te lleve a ninguna parte.

—Sé, como abogado, que no puedes obligar a una persona mayor de edad, pero…. —Volvió a llorar y se me partió el alma.

—El miedo es irracional, precioso, no podemos elegir a lo que tener miedo, pero se puede luchar y eso vamos a hacer. Aguanta, daddy llegará para hacerlo todo mejor.

Colgué cuando me prometió que escucharía a Jimmy y Mariella me decía que le iba a preparar una tila caliente para los nervios. Llamé enseguida a Joshua y le expliqué lo que había sucedido. Sin embargo, él no sabía nada. No hablaba con la abogada desde la boda. Se la tenía jurada por haberle arrebatado a Calvin. Para ella, la culpa de todo la tenía el hermano mayor. Ella no había hecho nada.

«Víbora» pensé con desdén. Le pedí que por favor lo investigase y le aseguré que le llamaría en cuanto la situación se relajase para que supiese como iba su hermano.

Llegamos a la cafetería demasiado lento para mi gusto. Miguel se marchó a la cafetería para realizar unas preguntas, Carl se quedó en el coche, pálido y nervioso. Había llegado a su límite, pero aquello era suficiente. Lo había hecho por Calvin y lo valoraba. Si veía a alguien sospechoso, nos avisaría. Una forma de hacer que se sintiese útil. Tenía una misión que le permitía no pensar en otras cosas.

—Están en mi despacho. El pobre niño se ha llevado un buen susto —Me dijo Mariella chasqueando la lengua con disgusto—. Si esa mujer aparece, le daré con el rodillo. No sabrá lo que le ha alcanzado.

—Gracias, Mariella. Eres la salvación de este pueblo.

Besé la mejilla de Mariella y entré en el despacho. Mi corazón se encogió al verle abrazado a sus rodillas en el sofá con la cabeza apoyada en ellos y temblando. Jimmy le acariciaba la espalda mientras le susurraba palabras de consuelo. En cuanto me vio, vino corriendo a mi lado. Podía ver en su rostro como ver a su amigo así le afectaba profundamente. Era más sensible de lo que muchos creían.

—Ve con Carl al coche —Besé su frente con cariño—. Lo has hecho muy bien.

Tras ver como se marchaba, me acerqué al sofá. Me senté maniobrando para que Calvin dejase su postura y acabase en mi regazo con la cabeza apoyada en mi hombro. Notaba sus lágrimas humedeciendo el jersey que me había puesto y solo quería buscar a la arpía que las había puesto ahí. Nos quedamos en silencio durante unos minutos sabiendo que aquello solía ayudarle a sentirse cómodo de nuevo.

—Quiero ir a casa —Me susurró con la voz rasgada—. Daddy, quiero volver a nuestro rancho —Me llené de orgullo al ver que pensaba en mi hogar como suyo, un lugar donde sentirse a gusto.

—Lo que necesites, mi vida —Le ayudé a incorporarse antes de levantarme y salimos de allí abrazados. Miguel me recibió con la

mirada sombría desde el lado del conductor del coche. Jimmy y Carl debían haberse marchado con el coche que habían traído los chicos. De esa forma, Calvin podía tener un poco de privacidad conmigo, pero no necesitaba desatenderle para conducir. Habían pensado en todo.

—Voy a prepararte un baño, te vas a poner el pijama y vamos a cenar en la cama —Le aseguré besando su cabeza—. Hablaremos solo cuando estés listo.

No podía evitar que olvidase que debíamos tener una conversación para ver lo que podíamos hacer. No se iba a convertir en un prisionero en su nuevo hogar. Sin embargo, no había prisa. Ahora que estaba recuperándose del pánico, no íbamos a entrar de lleno en el problema. Era el momento de mimarle y ayudarle a dejar atrás aquel día. Asintió contra mi pecho sin fuerzas para usar su voz. El silencio, una vez más, lo reconfortaba.

Una vez logrado que Calvin se relajase en el baño, escribí a Joshua para contarle que ya estaba en casa, siendo mimado. No iba a impedir que siguiese preocupado, pero al menos sabía que estaba seguro. Regresé con su pijama favorito de Star Wars que decía: «Que la fuerza te acompañe como me despiertes». Le ayudé a limpiarse, primero el pelo y luego el cuerpo. Con cada masaje se fue relajando, poco a poco destensándose. Después, una vez vestido, lo arropé en la cama y lo dejé eligiendo una película mientras bajaba a por nuestra cena. Ni él quería separarse ni yo quería dejarlo solo. Sin embargo, necesitaba hablar con Miguel sobre lo que había descubierto en la cafetería. Simón, tan servicial como siempre, tenía dos bandejas preparadas para nosotros. La mesa estaba puesta para los demás, que lo dejaron todo para atenderme.

—¿Cómo está? —Preguntó Carl.

—Mejor, más tranquilo y menos tenso. Estar en casa le ayuda —Me giré hacia Miguel que lo tomó como la señal para hablar.

—Pregunté y Luca confirma que una mujer estuvo preguntando por Calvin. El pueblo ya sabe cómo funciona esto, nadie dice nada por si pone en riesgo a uno de nuestros pacientes. La mandaron a la mierda —Sonrió satisfecho. Todos los vecinos sabían que a veces teníamos inquilinos que huían de un peligro y trataban de refugiarse

con nosotros. Por regla general, salvo que alguno de nosotros indicásemos lo contrario. Si alguien preguntaba por uno de ellos, negaban conocerlos—. William me dijo que una arpía no iba a quitarle a su chico cuando estaba tan cerca de jubilarse.

—Me alegra oír que le defienden, pero ojalá no estar en esta situación —Me pasé la mano por el pelo con frustración. Los mechones habían salido del moño que me había hecho, pero no tenía fuerzas para rehacerlo—. Carl quiero que llames a William y le preguntes si pueden denunciarnos por algo legal —Le pedí decidiendo que era mejor no esperar sentado y prepararnos por lo que pudiese ocurrir—. Simón y Jimmy, no os separéis de Calvin estos días, por favor.

Terminé de repartir las tareas para el día siguiente tras recibir el aviso de Carl de que era mejor que estuviese con Calvin. Él se encargaría de la nueva inquilina, Jimmy se pasaría el día preparando la casa a prueba de niños en cuanto terminase de estudiar. Los demás se repartirían el resto de las tareas habituales. Simón aprovecharía para recoger suministros que necesitábamos, algunos recambios, comida y la mercancía que nos había llegado.

—Calvin dice que esta es su casa—Declaró Jimmy con una fuerza que nunca le había visto. Quizás un recuerdo distante de quién había sido y no del chico inseguro que era ahora—. No vamos a dejar que se vaya.

Los demás le secundaron y acordaron que estarían atentos por si daba con nosotros. Esa mujer me hacía sospechar que había algo más en juego que el orgullo herido por una boda fracasada. Volví con nuestras bandejas, listo para mimarle todo lo que fuese necesario. Aquella noche, tras terminar nuestra cena, Calvin se quedó dormido sobre mi pecho mientras veíamos una comedia navideña. Avergonzado, me confesó que era lo que le hacía sentir bien cuando tenía un mal día, sin importar la época en la que se encontraba. Era tan dulce que no pude evitar besarle en ese instante. Ahora, sentado en la cama con él, respirando tranquilamente usándome como almohada, me di cuenta de que ya era demasiado tarde para escapar de sentimientos profundos.

—Te quiero, precioso —Susurré sabiendo que no lo escucharía. Aún era demasiado pronto para él, pero necesitaba sentir como sonaba mi revelación al escapar de mis labios.

Capítulo 15

Calvin

Me desperté arropado por la calidez de un cuerpo abrazado al mío, de unas manos que me arropaban. Jonathan. Sonreí contra su pecho, sintiéndome seguro. No importaba lo que ocurriese, Jonathan estaba a mi lado y me apoyaría. No me iría sin luchar. Le di un beso en la zona donde se encontraba su corazón y trató de separarse de él sin despertarle.

Una vez a solas en el baño cogí mi teléfono para leer los mensajes que tenía acumulados. Mi hermano no había dejado de bombardear con llamadas y palabras de preocupación. Cuando llegamos, Jonathan me aseguró que había hablado con él para decirle que estaba en casa, pero Joshua no se quedaría tranquilo hasta que no lo comprobase por sí mismo. No tardó en contestar pese a ser las cinco de la mañana, como imaginaba, necesitando esa confirmación.

—¿Estás bien? —Preguntó preocupado. El padre primerizo atacando de nuevo—. Llevo toda la noche dando vueltas, preocupado.

—Estoy mejor. Me asusté, pero ahora estoy más tranquilo —Me senté en la taza del cuarto de baño bajando mi voz para no despertar a Jonathan—. Por un segundo creí que tendría que volver, pero esta es mi casa y no va a arrebatármela.

—Así se habla —Se quedó callado—. Ayer estuve investigando.

Su tono de voz descendió por la gravedad del asunto. Del mismo modo que a mí me había afectado, Joshua estaba sufriendo. Estaba lejos, no podía darme el apoyo físico que sabía que necesitaba. Para colmo, recordaba cómo había tenido que ser llevado al hospital. Su

complejo de héroe estaba haciéndole sentir culpable, pero prefería que se ocupase de todo allí y viniese para quedarse, no de visita.

—Fui al bufete y me explicaron que había cogido vacaciones —Me confesó—. Su casa estaba vacía y sus padres no saben dónde ha ido —Suspiró con pesar—. Todo indica que está allí, pero no sé cómo te ha encontrado.

—¿Sabes que no es tu culpa? —Le pregunté necesitando darle un abrazo. Mi hermano era un dulce y necesitaba constantemente que se lo recordasen para que no creyese lo contrario—. Todo irá bien —Dije más para mí que para él—. Tú ocúpate de ti y de venderlo todo para que estés aquí pronto.

—Está pidiendo lo imposible, siempre me preocupo —La ternura en su voz me hizo sonreír—. Hablemos de cosas felices —Cambió de tema sabiendo que ya habíamos llegado al límite de la seriedad—. ¿Quieres que me encargue de tu piso o volverás…?

—Encárgate —Le pedí. Solo pensar en volver a aquel lugar estéril y frío me daban escalofríos. Algo de lo que debería hablar con Carl —. Quiero que lo vendas todo. Empaca solo los libros que guardo en las puertas cerradas de la estantería y el resto de la ropa —Luego suspiré aliviado, pero sabiendo que quedaba algo más por hacer—. ¿Supongo que no puedes dimitir por mí?

—Tristemente, no, pero puedes hacerlo. No tienes que hablar con ellos. Redacta una carta de dimisión estándar y envíala.

Escuché ruido al otro lado de la puerta, señal de que Jonathan estaba despierto. Sonreí, feliz al saber que él estaba allí, siempre vigilante. Todo iba a ir bien.

—Te tengo que dejar, Joshua. Daddy se acaba de despertar —Reí al escucharle gruñir algo sobre no necesitaba imaginarse lo que su hermanito hacía en su privacidad.

—Adiós, enano, te quiero.

Colgué justo a tiempo de escuchar los toques en la puerta. Jonathan entró con cuidado, le indiqué que podía pasar, la preocupación dibujada en su rostro. Dejé mi asiento en la taza del cuarto de baño y me abracé a él besando primero su barbilla, luego suavemente sus labios.

—Buenos días —Sonreí logrando que parte de su preocupación desapareciese—. He estado hablando con Joshua ¿Te he despertado?

—No, pero me he sentido solo sin ti —Besó mi frente con cariño —. ¿Cómo te sientes hoy? —Notaba como trataba de analizarme para saber qué hacer—. Necesito trabajar, así que ni se te ocurra prohibirlo.

—Ese es mi precioso guerrero —Volvió a besarme, despacio, saboreándome—. Pero no, no vas a trabajar. Tú y yo vamos a tener un día especial. Empezando por el desayuno. Arréglate, nos vemos abajo.

—Vale, daddy —Entrecerré los ojos—. Lo acepto porque tengo curiosidad, pero espero que no lo hagas pensando que tienes que protegerme.

—Al principio sí, pero ahora simplemente quiero que tengas un buen día —Volvió a besarme y sonreí ¿Cómo había vivido hasta ahora sin descubrir el daddy King? Era mejor que en mis fantasías.

—Voy a vestirme, entonces ¿Vamos a estar aquí para saludar al nuevo inquilino?

—Buen chico —Me soltó, notando al instante la falta de contacto —. Mírate, ya hablas como uno de los nuestros. Sí, me avisó de que llegaría pronto.

Me marché de allí gritándole que era uno de ellos desde que decidí quedarme en el pueblo. Ahora solo tenía que encargarme de los dos elefantes de la habitación: mi exprometida y mi trabajo en la ciudad. Seattle se había convertido en un agujero negro que lo consumía todo, pero no iba a dejar que me tragase por completo.

Minutos después bajé a la cocina riendo ante las protestas de Kwanhee que no quería obedecer con su horario. Jonathan iba a tener que sacar la artillería pasada, el fisioterapeuta estaba pidiendo un castigo. Jimmy se encontraba enfrascado en sus libros repasando como hacía desde que la fecha de su examen se acercaba. Julia leía el periódico mientras Simón terminaba los últimos preparativos para el desayuno. Había una bandeja de magdalenas recién horneadas, pero sabía de antemano que no debía tocarlo. Eran para el nuevo huésped.

Miguel me abrazó en cuanto me vio, pero no dijo nada. Carl se encontraba ocupado observando la Tablet. Como había aprendido, le gustaba conocer todo de sus pacientes antes de llegar. Pese a su locura y sus métodos extravagantes, era la persona más dedicada a su trabajo que había conocido. Aquello era lo que tendría cada mañana, el té caliente, el desayuno recién hecho, las bromas, las risas, el trabajo… Aquello era lo que necesitaba. Aquello era mi familia.

—Chicos —Me aclaré la garganta cuando Jonathan llegó al comedor—. He estado aquí ya un mes y he sido más feliz que en toda mi vida. He estado perdido y vosotros me habéis encontrado.

Al escuchar como mi voz se entrecortaba por la emoción, Jonathan me abrazó por la espalda, sus brazos rodeando mi cintura y su cabeza apoyada en mi hombro. Besó mi mejilla dándome confort y su apoyo.

—Puede que ahora os traiga problemas. Déjame acabar, por favor —Dije cuando Kwanhee iba a protestar—. Pero van a tener que llevarme gritando porque no quiero abandonaros. Os habéis convertido en mi familia —Sonreí al ver como Simón se llevaba las menos a la boca, llorando por la emoción—. Dicho esto, el domingo dejo de ser un "paciente", pero quiero ser uno más ¿Puedo seguir con vosotros?

—Oh, amigo, como si te fuésemos a dejar ir. Jonathan te ata antes a la cama y yo te perseguiría porque, chico, no te puedes librar de mí. Lo que me recuerda. Viendo tu avance, hablaremos a partir de ahora una vez cada dos semanas —Acordó conmigo, yendo a mil por hora como siempre.

—Solo voy a echar de menos que ahora tendrás tu propio horario —Me dijo Jimmy con pesar antes de dirigirse a Jonathan—. Espero que nos cuadres el horario ¿Con quiénes voy a jugar si no? —Hizo un puchero, que se ganó la risa de Miguel.

—Portaros bien y veré que hago —Dijo Jonathan sin moverse ni un milímetro.

—No vas a negarte, daddy —Le dije con seguridad sonriendo ante los oohs que obtuve como respuesta de los demás—. Soy demasiado adorable para eso.

—Oh, chico, vas a ser problemas —Comentó Julia riendo antes de levantar la taza—. Por nuestro nuevo hermano.

Nada más que con el desayuno lograron hacer que me sintiese mejor. Jonathan parecía decidido a no soltarme y los demás no querían irse. Sin embargo, el día continuaba y yo tenía un día especial preparado. Aunque trágicamente como buen daddy que era, en cuanto le dije que tenía una carta que redactar, no me dejó escribirla al volver y acabé en su despacho, sentado en su silla, buscando las palabras correctas. Incluso busqué mis registros médicos para que no pudiesen rechazar mi dimisión con excusas o demandándome. Mi único consuelo fue que Jonathan bufaba a mi lado, oculto entre papeles para acabar el papeleo. Si yo hacía algo que me incomodaba, él no iba a ser menos. Era el mejor daddy del mundo.

Capítulo 16

Jonathan

Geraldine era una joven asustadiza que había llegado al límite. Acudir al rancho había sido un gran revuelo. Su mujer tuvo que traerla completamente sedada, despertando solo cuando llegaron al pueblo. Tuvieron que parar antes de acceder al rancho y ayudarla a llegar a su habitación fue un arduo trabajo. Mientras Carl se quedaba con ella, hablé con su mujer para asegurarle que haríamos todo lo posible. Le costó marcharse, se sentía culpable por traerla, pero aquella pausa era necesaria para su matrimonio. Le prometí que la llamaríamos todos los días y que podía venir de visita cuando quisiese.

Calvin y Simón se convirtieron en los anfitriones perfectos trayendo café, té y dulces. Me sorprendió lo rápido que se había adaptado mi chico. Sabiendo cuando dar espacio y como ser un apoyo. Todo el personal no psicológico había tenido que aprender a tratar a los pacientes. Sin embargo, Calvin, el ser más empático que había conocido, se adaptaba más rápido. Cuando terminamos y nos despedimos de la mujer de Geraldine, recordando que sí algo sucedía podían llamarnos, nos marchamos del rancho.

El paso por el pueblo fue tenso. Calvin se agarraba a mi mano con fuerza y no dejaba de mirar por si la veía. Conforme nos alejábamos se fue relajando y su sonrisa fue exquisita cuando vio que acudíamos a un spa. Me besó con intensidad cuando le dije que era el momento de ser mimado de arriba abajo. Pasamos la mañana entre besos como dos adolescentes. Nos relajamos en la sauna, nos bañamos en las distintas piscinas terapéuticas y recibimos un buen masaje. Salimos del spa con grandes sonrisas, el cuerpo ligero y el

alma descansada. Paseamos por la ciudad de la mano, hablando de cualquier tema que se nos ocurría. Me contó una excursión con Joshua en el que decidió saltar de lleno en un lago sin nada puesto y un zorro se llevó su ropa.

Hablamos sobre el rancho, sobre como nuestra oveja negra podría estar sintiéndose sola sin ellos. La preocupación de Calvin por Aristóteles era enternecedora, aunque me hacía temer que aquel diablillo acabaría siendo tratado como Atenas, yendo y viniendo de la casa a su antojo, durmiendo en la cama que más le apetecía y ganándose el corazón de todos que acabarían dándole premios. Aun así, no tuve tiempo de preocuparme, complacido por el orgullo que Calvin sentía sobre el rancho como si fuese su hogar. Al fin y al cabo, lo iba a dejar todo por quedarse allí.

Comimos en una pintoresca terraza que daba al río, incapaces de dejar de tocarnos y besarnos. No obstante, nada igualó el brillo de su rostro cuando entramos en una boutique especializada en fetiches que había abierto uno de los miembros del club.

—Hey, Jonathan —Dijo Michael, el dueño y un viejo amigo de mi hermano—. ¿Cómo va todo, tío? Ya era hora de que trajeses a alguien a mi tienda —Se giró hacia Calvin con su manicura destellando al darle la mano. Las pulseras de sus muñecas resonaban en el silencio de la tienda —Pero que ricura de chico tenemos aquí. Puedo hacer maravillas contigo ¿Qué tipo de prendas te gusta?

Calvin me miró inseguro y le susurré que mimarle con ropa nueva era también un regalo para mí. Eso le hizo sentir mejor, menos culpable por recibir regalos como le ocurría habitualmente al pensar que era una molestia. Le aseguré que aquel lugar era especial y Michael no le iba a juzgar, solo le haría desear algún producto que pensase que no necesitaba.

—Encaje —Susurró, sus mejillas ruborizándose.

—Uy, eres de los míos —Señaló los sofás frente al probador— Los daddies deben quedarse allí y tú te vienes conmigo. Tengo un pedido nuevo que te va a encantar.

La hora siguiente fue una completa tortura al mismo tiempo que se convertía en una nueva obsesión. Esperaba sentado mientras

Calvin salía del probador con seda, encaje y ropa interior tan apretada que mis ojos no podían dejar de recorrer su cuerpo. Calvin, al descubrir el efecto que tenía en mí, volvía cada vez más osado, desfilando para mí con sensualidad. Recoloqué mi erección antes de que la cremallera del pantalón hiciese daños irreparables.

Michael, como era su política habitual, se había marchado para darnos privacidad. Muchos de sus clientes eran exhibicionistas y él complacía sin problema. Al fin y al cabo, era un voyeur de cuidado. Recordando una de las cosas que mi chico quería explorar, me levanté del sofá y entré en el probador abrazándole por la espalda. Se había vuelto a poner la pequeña tela rosa que llevaba esta mañana, un tanga tan pequeño que dejaba a la vista la dureza con la que me recibía. Se mordió el labio, sus mejillas cada vez más rojas, cuando mis manos lo acariciaron.

—Shhh —Le susurré al oído—. Vas a tener que ser muy silencioso —Suspiró cuando mis manos se cerraron en su erección, retirando la fina tela para que se elevase en toda su extensión—. Abre los ojos, precioso. Has estado tentando a daddy todo el día y es hora de que veas lo que hago contigo ¿Color?

—Verde, daddy, verde —Sonreí ante el deseo en su voz y besé su hombro mientras comenzaba a acariciarle desde la base hasta la punta, presionando y logrando alterar su respiración. Sus ojos no se despegaban del espejo.

—Buen chico, siempre obedeciendo —Mordí el lóbulo de su oreja, logrando que Calvin se llevase las manos a la boca por amortiguar los gemidos. Le había pedido silencio y cumplía la orden sin rechistar. Mi dulce chico se merecía una recompensa.

—Has hecho que daddy se muera por tocarte, precioso, por sentirte —Besé su barbilla descendiendo hasta su cuello. Los movimientos cada vez más rápidos—. No sabes lo mucho que te quiero en mi interior, fuerte y rápido para sentirte durante días —Apreté mi pelvis contra él para que sintiese lo que me preocupaba.

—Por favor, daddy, por favor —Me suplicó.

—¿Tú también lo quieres, precioso? ¿Quieres follarme hasta que te sienta durante mucho tiempo? ¿Qué todo el mundo sepa que soy tuyo? —Apreté la punta de su erección provocando un gemido más

fuerte de lo que pudo ocultar—. Shhh… Cariño, silencio, no queremos que Michael nos escuche ¿Quieres correrte, bebé?

Asintió, pero no iba a aceptar gestos, quería palabras. La comunicación en relaciones como la nuestra era fundamental. Además de que adoraba escucharle suplicar. Apreté la base, ralentizando su liberación y lloriqueó. Sus "no, no" en protesta eran música para mis oídos.

—Repitámoslo de nuevo ¿Quieres correrte, precioso?

—Sí, por favor, daddy. Lo necesito.

Sonreí y giré su rostro para poder besarlo acelerando aún más mis movimientos y dejando de lado los juegos. Era hora de ser rápido, de darle lo que necesitaba. Moví su cabeza con mis manos para que mirase su erección, mi mano en ella, el rosa de su tanga…

—Ahora, precioso, córrete para daddy.

Su clímax llegó con fuerza mientras mordía su mano para evitar hacer más ruido. Se dejó caer contra mi pecho, sus piernas temblando y su mirada perdida por el placer. Le dejé estar unos segundos antes de movilizarme. Le limpié con esmero y volví a ponerle la ropa como si nada hubiese ocurrido allí. Él, incapaz de moverse, sonriente y complacido, me dejó hacer a mi antojo. Al acabar se abrazó a mí. Cuando quiso ayudar con mi erección le aseguré que lo haría cuando llegásemos a casa. Aquel era el preludio.

—Gracias, daddy —Murmuró avergonzado contra mi hombro—. Deberíamos comprar un espejo para nuestra habitación.

—Lo haremos, precioso, que no te quepa duda.

Lo dejé sentado en el banco que había en el probador mientras lo desinfectaba todo con los productos que Michael siempre guardaba allí. Salimos unos minutos después con los cinco conjuntos que Calvin se había probado y que obviamente iba a comprar. Calvin se quedó atrás viendo pijamas de cuerpo entero de Star Wars para Jimmy. Sonreí cuando agarró dos diseños diferentes. Toda la casa estaba perdida con nuestro amigo. No podíamos resistirnos a consentirle.

—¿Estamos listos? —Le pregunté cuando me dio la mano.

—Sí, paguemos y vayámonos a casa, daddy. Gracias Michael, nos encanta tu tienda.

Michael rio a carcajadas sabiendo muy bien lo que había ocurrido. Pagamos, prometiendo vernos otro día en el club y nos preparamos para volver a casa. Sin embargo, nuestra felicidad duró poco. Cuando llegamos al rancho nos recibieron dos coches de policía. Aparqué lo más rápido que pude y nos bajamos preocupados. Carl y Kwanhee hablaban con la policía mientras Jimmy era ayudado por Miguel para aliviar su ataque de pánico.

Calvin soltó un sonido de espanto y mi vista se centró en su coche, completamente vandalizado. Las ruedas habían sido pinchadas, los cristales estaban rotos y por los laterales había pintura diciendo: "Maricón". Había sido escrito desde el techo hasta el capó como un niño que escribía líneas como castigo. Aquello había ido demasiado lejos.

Capítulo 17

Jonathan

Besé a Calvin en la frente con dulzura y le aseguraré que haríamos lo imposible para resolver lo que había ocurrido. Llevábamos mucho tiempo allí. Todos nos conocían. Sabían quienes éramos y nuestros gustos. Había algún que otro idiota, pero ladraban más que mordían. El resto del pueblo nos respetaba, era amigable y apoyaba la comunidad. Por eso, solo había una respuesta posible: había sido la exmujer de mi chico. No había duda.

—Buenas noches, agentes —Saludé. Eran Miller y Gloria, dos personas bondadosas y serviciales que siempre ayudaban cuando teníamos problemas—. ¿Qué ha ocurrido?

—El señor Mason nos llamó por vandalismo y asalto. Estábamos a punto de pedir más datos.

Carl los observaba con fijación. Movía las manos nerviosas y Miguel se apoyaba en él a modo de protección. No solo estaba frente a desconocidos, sino que además eran policías, el mismo oficio que le había hecho tanto daño. Cuando aquello acabase iba a tener que ir a verle y asegurarme de que todo iba bien. No iba a dejarle escapar para protegernos.

Jimmy había salido a asegurar las escaleras de la entrada, tal y como nos contó Carl, para que los niños no tuviesen un accidente. Él que había terminado de limpiar las hojas caídas del patio decidió darle compañía y ponerse con los árboles de la entrada. Cuando se acercaba, escuchó gritos y aceleró para asegurarse de que estaba bien. Se encontró el desastre del coche y con una mujer zarandeando a su amigo. Calvin mientras le escuchaba se tensó.

—Quería que le dejásemos entrar para que su futuro marido la viese y volviese con ella. Le gritaba a Jimmy que nosotros, panda de degenerados, lo habíamos desviado —Hizo una mueca y los agentes soltaron una serie de improperios que hizo que Carl se relajase. Estaba viendo que estaban de nuestra parte.

—Lo siento chicos, no esperaba esto —Susurró Calvin. Pero no se amedrentó, rozó mi brazo para buscar confort y se dirigió a los agentes —Disculpen las molestias de esta noche. Mi ex prometida no acepta un no por respuesta. Voy a necesitar esto registrado para pedir una orden de alejamiento para el rancho. Es un lugar de recuperación y cualquier problema que tenga debería tratarse lejos de aquí. Puede alterar a los pacientes.

Calvin que actuó como el abogado que era acordó que iría con ellos a comisaría. Yo, que no iba a dejarle solo, decidí acompañarle. Allí le ayudaría a rellenar parte para el seguro. Le pedí a Miguel que se quedase a cargo y a Carl que se ocupase de Jimmy. Iba a necesitar un poco de tiempo para él y el psicólogo también necesitaba un descanso. Simón nos aseguró que dejaría la cena lista para nosotros a nuestra vuelta y yo lo agradecí. Con el rancho atendido, solo debía preocuparme de Calvin.

∞∞∞

Durante tres horas, Calvin fue un ejemplo de fortaleza. El único resquicio de su miedo se encontraba en su mano apretando la mía para recordarse que no estaba solo. Rellenamos muchos papeles, dimos nuestra información y la del rancho cada vez que la pedían y hablamos con el comisario sobre posibles asuntos legales. Por ahora, como había sido la primera vez, bastaría con la orden de alejamiento para él y el rancho.

Los agentes nos despidieron asegurándonos que harían lo posible por acelerar el proceso. Sabían el trabajo que realizábamos y uno de los agentes había tenido a un familiar bajo nuestro cuidado. Tras repartir palabras de agradecimiento, cogimos el coche de vuelta. Calvin estuvo en silencio todo el camino y sentía como se alejaba de

mí poco a poco. Me salí de la carretera antes de tiempo y bajé del coche, rodeándolo para abrir su puerta. Me arrodillé a su lado y por fin, se derrumbó. Lloró, los nervios y el miedo estallando por fin. Lo abracé como pude, instándole a dejarlo salir todo.

—Gracias, daddy —Me susurró con voz ronca—. Lo necesitaba.

—Para eso estoy, precioso ¿Mejor? —Asintió y besé su frente—. Vamos a casa. Voy a meterte en la cama para que descanses y mañana será un día nuevo.

—¿Puedo dormir con Jimmy, daddy? —Me preguntó. Cuando estaba mal no quería dormir solo y él, con tan solo un mes, se había dado cuenta.

—Claro que sí —Besé de nuevo su frente. Le limpié las lágrimas y volví a colocarle el cinturón—. Vamos a casa.

Aquella noche tras cenar un par de bocados que le había permitido su estómago. Se metió en la cama de Jimmy. Los arropé y bajé al salón donde Carl observaba el fuego de la chimenea con una manta en sus piernas y un vaso de Whiskey en las manos.

—¿Se han dormido? — Preguntó, cuando me senté a su lado.

—Estaban agotados. Parece que habían estado hablando por WhatsApp y Jimmy se negaba a dormirse antes de que llegase —Me llené una copa de vino que Carl con sabiduría había preparado para mí.

—Pensaba que traería mis problemas —Me dijo Carl—. Hoy me he dado cuenta de que siempre habrá problemas para alguien. Este lugar existe por ello. —Me quedé en silencio esperando a que continuase—. Quiero seguir aquí, Jonathan. Estoy cansado de huir.

Apreté con cariño su rodilla y le sonreí. No sé cómo podríamos lograrlo, pero sabía que no íbamos a dejarle marchar, sin luchar. Bebí, saboreando el vino despacio, disfrutándolo. Carl había hablado con la policía y los efectos aún continuaban si el pequeño temblor era un indicador de ello. Lo había hecho por Jimmy, por Calvin, por su familia. Si él defendía a los suyos, nosotros le protegeríamos.

—Jaime tiene contactos, pero no puede alcanzar este pueblo. No tiene tanto poder como para dominarlo todo —Volví a apretar su rodilla—. Voy a hablar con el sheriff y Calvin se pondrá con todo lo legal. Tú solo tienes que avisarme si ocurre algo.

—Gracias —Suspiró antes de beber de su copa—. ¿Qué vamos a hacer con la loca?

—Calvin ha pedido una orden de alejamiento —Pensé en lo que había ocurrido en comisaría, lo que había contado de su ex. Estaba muy orgulloso de su valentía, pero me sentía devastado —No hay pruebas concretas de que lo del coche haya sido ella, pero al contarle a la policía como le había estado tratando… —Apreté mi mano en un puño deseando poder cambiar su situación—. Les ha dicho que tú puedes darles una evaluación psicológica.

—Calvin y yo tenemos muchas cosas en común, pero esa mujer no es el único demonio de su vida —Miró absorto su copa de vino—. Poco a poco fue haciéndole cambiar su vida y alejarle de lo importante. Le hacía sentir insuficiente, le ha hecho ocultar su vida en una bolsa. Aún se preocupa por haber sido descubierto leyendo —Me miró con tristeza—. Sin embargo, todo empezó con su tío. Debemos tener cuidado. No me gustaría que otra persona viniese a hacerle daño.

Juntos realizamos una lluvia de ideas. Le envié un mensaje a Joshua para que investigase desde Seattle por si además de la ex, su tío entraba en escena. Quería saber que ganaba ella recuperando a Calvin además de poder. Jamie tenía miedo a las repercusiones legales y por lo que había escuchado vivía obsesionado con Carl que era el amor de su vida, pero ¿Para la ex de Calvin?

William había hablado con Carl esa misma mañana. Legalmente no podía luchar contra nosotros salvo por calumnias. Podía denunciarnos por mala praxis al romper reglas paciente-doctor, pero al no ser yo su psicólogo, no podía usarlo en nuestra contra. También podía plantear un secuestro, que retenemos a Calvin en contra de su voluntad. Si tiene ayuda externa, incluso podía achacarlo todo al síndrome de Munchausen. Sin embargo, el abogado decía que tanto él como el propio Calvin podían defender cualquier caso con el que nos demandara.

—Luca ha llamado a Miguel hace un rato muy alterado —Me confesó Carl—. Ese chico tiene un verdadero problema de hiperactividad —Me reí porque aún no le había conocido en persona. Era como ver una combinación entre el bebé sol de telettubies por

su dulzura y el conejo de Duracell siempre recargado por sus pilas—. Al parecer Mónica —Por fin alguien me daba el nombre de la mujer —. Estaba comiendo en el restaurante cuando vio pasar vuestro coche rumbo a la ciudad.

—¿Por qué no nos dijo nada? —Pregunté enderezándome de golpe.

—Porque le explicó que eras un turista, algo habitual aquí por ser pueblo de paso —Me explicó—. Pensó que había creído lo que decía y hasta que no se ha enterado…

—Mierda, pudo habernos seguido hasta la ciudad y tampoco es que hayamos sido muy sutiles —Sospeché.

Me negaba a sentir remordimiento por haber salido. Calvin necesitaba un día para nosotros. Yo lo necesitaba. Además, planeaba seguir teniendo citas con él y no me importaba nada que ella tuviese algo que decir. Lo que no comprendía era como había podido dar con el rancho si volvió antes de que nosotros decidiésemos regresar. Se ocuparían de ello en otro momento. Jimmy estaba más tranquilo tras el susto, el seguro se haría cargo del coche y Carl y Miguel me habían asegurado que nuestra inquilina no había sufrido ningún tipo de daño por lo ocurrido.

Iba a llegar un nuevo día y seguiríamos adelante. Siempre lo hacíamos. Pensé en mi hermano y en lo orgulloso que siempre había estado de mí. Creía en mí de forma incondicional y si había un más allá lo seguiría haciendo. Con su fuerza llegaríamos muy lejos.

Capítulo 18

Calvin

Me desperté sobresaltado, alguien gritaba. Miré a mi alrededor desorientado y lo vi. Jimmy gritaba, no, daba órdenes. Llamaba a Mike, Watson y Vlad. Me alejé sabiendo por todas las películas y libros que había leído que podía ser peligroso despertarle. Les indicaba que retirasen, que replegasen el equipo. Pude apreciar la palabra traidor.

—Jimmy —Le llamó desde una prudente distancia—. Jimmy —Su voz no era suficientemente alta para despertar a los demás, lo que me hizo cuestionar si algo había dañado sus cuerdas vocales. Nunca le había escuchado alzar la voz, ni siquiera riéndose, pero deduje que se trataba de su timidez—. Jimmy, estás a salvo, Jimmy, vuelve, todo está bien.

Al cabo de un rato y muchas palabras de consuelo, mi amigo reaccionó. Me miró parpadeando, las lágrimas resbalando por sus ojos. La confusión llenaba sus facciones. Le abracé con fuerza, besando su frente.

—¿He vuelto a tener una pesadilla? —Preguntó con la voz rota y el cuerpo tembloroso.

—Cariño, creo que es más que eso ¿Te acuerdas de algo? —Negó con la cabeza—. ¿Carl, Miguel y Jonathan lo saben?

—No quería preocuparles— Murmuró contra mi pecho—. Y nunca recuerdo lo que he soñado. No es útil —Suspiró cerrando con fuerza sus ojos—. Ellos piensan que ya no tengo, pero cuando tengo un mal día suelo despertarme llorando.

—Oh, cariño, deberías decírselo —Besé su frente—. Jonathan podrá ayudarte —Quería explicarle a Jimmy lo que había ocurrido, lo

que sospechaba, pero si comenzaba una crisis… No sabía cómo enfrentaría la verdad alguien con amnesia. Además, no estaba seguro de lo que podía significar ¿Policía, ejército, bombero?

—Por favor, no se lo digas —Me pidió suplicante—. No es tan malo, te lo prometo. Hoy ha sido un mal día nada más. Si empeora, hablaré.

—Está bien —Suspiré, rindiéndome, pero lo vigilaría de cerca para asegurarme de que fuese verdad—. Lo siento mucho por hoy.

—No es tu culpa —Se frotó los ojos—. ¿Puedes cantarme para dormir?

Le ayudé a acomodarse en la cama, le di su peluche y llevé el chupete a su boca una vez recuperado de su funda. Me metí a su lado arropándonos bien y tras abrazarle, comencé a cantar suavemente. Quería proteger con fuerza a mi amigo. Había en él inocencia y una bondad digna de proteger. No había forma ninguna de que le dejase atrás.

∞∞∞

A la mañana siguiente me desperté completamente solo. Jimmy tenía previsto un examen para esa misma tarde y no me cabía duda de que lo encontraría estudiando en el despacho de Jonathan. Miré el despertador: las 5:30 de la mañana, el momento exacto en el que su pareja —sonrió ante el pensamiento— realizaba su sesión de yoga matutino. Tenía sueño, notaba el cansancio en cada poro de su cuerpo, pero necesitaba trabajar. Quería continuar avanzando y si se quedaba un día más descanso, se volvería loco.

Tras vestirse con lo que encontró doblado en su habitación con una nota de Jonathan que le deseaba los buenos días, bajé a la cocina con una sonrisa. Allí Simón me mimó con un gran desayuno. Incluso preparó un café especial para mí. Había buscado un grano descafeinado que siguiese manteniendo esa amargura y fuerza de café real.

—Eres el mejor —Le dije—. Ojalá casarme contigo.

—Oh, corazón, sería demasiado hombre para ti.

—¿Hombre o drama?

Reí cuando me dio un balletazo y puso cara de indignación, los demás no tardarían mucho en aparecer. Pude conocer mejor a la mujer que se hospedaba con nosotros. Era menuda y de aspecto frágil. Su voz era dulce, acogedora. Te hacía sentir arropado. La forma de la que hablaba de su mujer me hacía sonreír. La adoraba, era lo mejor que le había pasado. Miré a Jonathan y pesé en que la comprendía porque me sentía igual. «Le quiero» pensé tan asustado como emocionado.

Jonathan repartió las tareas. Simón iba a ser el encargado de guiar a la nueva inquilina. Sus terrores le afectaban más que a los demás, pero trabajando en casa y en el pequeño huerto tendría un poco de tranquilidad. Me sentí orgulloso cuando me dio las tareas de Jimmy. Día 1 de octubre, mi mes había acabado y me estaban ofreciendo las tareas como uno más. Ya no necesitaba guía y podía encargarme de mi propio trabajo.

Fui a pastar con las ovejas y Atenas. Después llevé los productos comprados para la ampliación del huerto con el invernadero. También tuve que ayudar a Julia a mantener al burro quieto y estable mientras lo liberaba de sus retenciones. Tras esto le di un pequeño paseo. Para cuando terminé de comer, estaba agotado pero satisfecho. Despedimos a Jimmy deseándole suerte para su examen.

Minutos más tarde, me acomodé en el escritorio de Jonathan mientras él trataba de arreglar el papeleo, bufando como siempre. El abogado de Jonah me había enviado todo lo que tenía. Chasqueé la lengua al ver que su intención era hacerle aceptar un acuerdo de custodia estúpido: Jonah entregaba a sus hijos y le daban un fin de semana al año con ellos, obligándole a cesar todo contacto durante el tiempo restante.

—¿Tan malo es? —Me preguntó Jonathan.

—Horrible, su abogado era patético ¿Un acuerdo sin luchar? Por dios, no era una causa perdida si sabes hacerlo —Dejé la pantalla y miré a Jonathan—. Necesitaré el registro de que su hijo recibirá el tratamiento que necesita, el contrato de Jonah, las credenciales de Miguel y todos los permisos del rancho.

Jonathan asintió empezando a buscar todo aquello que ya podía darme. Las evaluaciones psicológicas y el contrato necesitaban aún la presencia de Jonah y los niños. Además, debería incluir en aquello a los servicios sociales que dieron parte de sus posibilidades. Nadie en su sano juicio quitaba la custodia a un padre sin incluirlos ¿Cómo no lo había planteado su abogado? Estaba tan enfrascado en los documentos y preparando el mejor curso de acción hasta el punto de que Jonathan tuvo que buscarme para comer.

—Dame un segundo, daddy, estoy a punto de terminar.

—Está bien, precioso —Besó mis labios con suavidad—. Si no llegas en treinta minutos, vendré a por ti y esta noche habrá castigo.

Una vez acabé, guardé todo lo relacionado con Jonah y me levanté satisfecho. Era capaz de conseguirlo. Me quedaban cinco minutos para llegar a cenar. Nadie podía objetar que era un buen chico y eso mismo fue lo que me dijo Jonathan en cuanto aparecí. Los besos de premio eran los mejores. Saber que él estaba allí para tomar las pequeñas decisiones y que me apoyaba como pareja ante los problemas me hacía sentirme relajado o eso creía.

Atenas comenzó a ladrar al mismo tiempo que comenzamos a oler el fuego. Jonathan fue el primero en correr, pero Jimmy fue quien nos sorprendió a todos dando órdenes. Carl llevó a Geraldine a su habitación, Jonathan, Miguel y Kwanhee comenzar a sacar a los animales del cobertizo. Julia los revisaba uno a uno, mientras Jimmy usaba el extintor contra los focos más grandes. Simón llamó a los bomberos y yo llevé una de las mangueras para Jimmy.

—Mierda —Dijo Jonathan tosiendo—. Aún queda uno dentro.

—Toma —Le dio Jimmy la manguera—. Dile a los bomberos que se inició en la parte de atrás, posible extensión por sustancias acelerantes.

Tras dar el comando mojó un pañuelo atándose en la cabeza y se adentró en el granero en llamas sin un ápice de miedo en su rostro. Me quedé inmóvil, preocupado por él, pero incapaz de impedirlo. Jonathan seguía echando agua donde le había indicado Jimmy, su piel ennegrecida por las cenizas y los constantes. Miguel y Kwanhee trataban de tranquilizar a las criminales.

Cuando llegaron los bomberos aún no había rastro de Jimmy. Jonathan le indicó al capitán lo que le habían dicho y rápido movilizó a su equipo por «posible hombre herido». Sin embargo, antes de que pudiesen moverse. Jimmy y su preciada carga aparecieron. Su tos mucho más grave que los demás era el único indicio de lo que había ocurrido.

—Capitán —Perdí lo que indicaba. Sus voces y gritos sonaban como un rugido de fondo.

Lo único que podía observar era como el establo ardía. Mis amigos sufrían y los animales peligraban. Ayer fue el coche, hoy el establo. ¿Qué sería lo siguiente? Aquello había llegado demasiado lejos. Un paramédico trataba de atender a Jimmy que seguía moviéndose y hablando por inercia, por costumbre, como si lo hubiese hecho mil veces. Bombero, tenía que haber sido bombero.

Jonathan pronunció mi nombre, otro paramédico se acercaba a él alguien avisaba de que seguía teniendo riesgo de infarto. Sin embargo, yo solo podía pensar en aquello. Era peor que si le hubiese atacado en un juicio. No era propio de ella. No era común. «¿Seguro? Porque defendía a culpables». Me dijo la voz de mi cabeza. Tenía que salir de allí antes de que el daño fuese irreparable.

Capítulo 19

Jonathan

Se había ido. No había otra explicación. Se había ido. Habían pasado cuatro días desde que el establo había ardido. Los bomberos felicitaron a Jimmy por su actuación, preguntándole si se trataba de un bombero. Su amigo se había encogido de hombros, aunque luego le explicó que no podía responder a una pregunta si él mismo no sabía quién era. Habían pasado cuatro días desde que Calvin dio media vuelta y corrió campo a través. Para cuando logré alcanzar el aparcamiento con mis pulmones perjudicados por el humo, la camioneta del rancho había desaparecido.

Los vecinos mostraron su apoyo ayudándonos con las reconstrucciones, trayendo comida para alimentar a todos o guareciendo nuestros animales. Unamuno había sido llevado a un centro veterinario de emergencia y había tenido que ser finalmente sacrificado. La pérdida estaba presente para todos, pero agradecíamos al mismo tiempo que ninguno más hubiese sufrido. Jimmy había pasado la noche en el hospital con Miguel a su lado, pero le habían dado el alta al día siguiente tras haber pasado bien el periodo de observación. Sus pesadillas habían sido más intensas aquella noche, Miguel había tenido que pedir permiso para dormir en la cama con él. En cuanto lo hizo, se relajó por completo.

La vida continuaba en el rancho. El segundo inquilino, un hombre barbudo que siempre viajaba en moto y bastante bonachón, había acudido dos días después del incidente por un problema de estrés y ansiedad. Necesitaba, como cada año, escapar de la oficina y acudir al campo. Pasaba por allí un mes y volvía de nuevo a su hogar, aunque siempre que la ansiedad se volvía demasiado nos llamaba.

Para él, éramos mejor que un spa y estaba siempre encantado de ayudar en el trabajo. Por mucho que necesitase el descanso, no podía dejar de ocupar sus manos en tareas.

También había llegado ya Jonah a quien Calvin le seguía hablando. Le había contado que las propuestas que le enviaba le daban esperanza. Había contactado con él, pero conmigo seguía en silencio. Se había ido y no podía hacer nada para evitarlo. Nos había dejado para ayudar, no me cabía duda de ello. Altruista, empático y cariñoso nos había abandonado para impedir más daños, pero ¿Quién le ayudaba a él? ¿Quién lo protegía?

Aquella fatídica noche llegó un breve mensaje antes de que bloquease mi número y el de los demás: «Lo siento, es la única manera. Te quiero». Los chicos estaban desconsolados, sentían el vacío de su alma gemela. Habían creado un grupo a espaldas de nosotros, los doms de la casa, y ahora sentían el abandono de Calvin. Corté la madera con tanta fuerza que se hizo astillas salpicando la tierra. Aparté los trozos salvables al montón de leña que había conseguido. Estaba desperdiciando madera y el tiempo, pero estaba tan frustrado...

—Cuando fantaseaba con un hombre en camisa de cuadros cortando leña, normalmente la cortaba y luego me llevaba a la cama en su hombro. Nunca pensé en ver mi fantasía convertida en masacre ¿Qué te ha hecho la leña?

Bufé ante el comentario de Carl. Dejé el hacha clavada en el tocón y me giré para mirarle. Me observaba cruzando los brazos. Sus botas de trabajo golpeaban el suelo cada vez que movía su pierna, irritándome cada vez más. Sabía lo que estaba pensando y me molestaba que tuviese razón.

—¿Qué clase de dom deja ir a su chico sin más? —Le dije mostrando mi frustración

—Uno cegado por la culpa de no haber sido suficiente —Golpeó mi espalda desestabilizándome—. Pero no te preocupes, ya está tu buen amigo Carl para intervenir.

—¿Y qué quieres que haga? Se ha ido —Gruñí.

—Se ha ido porque está asustado. No ha sido porque no quiera estar aquí. Quiere quitar el foco del rancho, no separarse para

siempre de ti.

—Pero me ha bloqueado —Suspiré ¿Por qué Carl no lo entendía?

Escuché a Carl murmurar: «Ay, señor, por qué me tocan todos los tontos». No era capaz de ver lo que tenía que hacer ¿Lo buscaba y lo traía a rastras para atarlo a mi cama? Volvió a escuchar a Carl susurrar cuando no di ningún tipo de respuesta: «De verdad, luego dicen que los hombres son tontos ¡Con razón!».

—Jonathan, ¿Quieres a Calvin? —Asentí porque era real. Por eso dolía tanto su marcha ¿Cómo le iba a ayudar si se iba? —¿Qué te dijo Calvin en su mensaje?

—«Lo siento, es la única manera. Te quiero»

Conforme decía el mensaje de nuevo con desgana, fui dándome cuenta de lo más importante. ¡Oh, dios mío! Calvin me había declarado su amor. Me quería y yo mientras lloriqueaba porque se había ido. Tenía que hacer algo, Calvin tenía que seguir con nosotros La familia lo necesitaba. No queríamos que nos salvase, queríamos estar para él cuando tenía problemas.

—Por tus ojos veo que empiezas a entender —Suspiró Carl—. Ve a por él, Jonathan. Está en un motel de la ciudad, por lo que me ha contado William. Tendrás que buscar cuál.

—¿Lo sabías y no me has dicho nada hasta ahora? —Le miré enfadado.

—Se acaba de enterar y yo he venido enseguida. Corre y ve a por él.

Pasé por su lado dándole un beso en la mejilla. Le iba a tener que comprar el nuevo libro que llevaba días deseando. Se lo había ganado. Mientras llegaba al coche, Jimmy me hizo prometer que lo traería a casa. No hizo falta explicar lo que iba a hacer, estaba escrito en mi cara. El chico llevaba días incapaz de tranquilizarse. Le ayudábamos como podíamos, pero sin Calvin no era capaz de dejarse ir por completo. Cuando todo volviese a la normalidad, nos encargaríamos del problema de su pasado. Si era un bombero, se explicarían muchos de sus problemas psicológicos y físicos como las huellas dactilares inidentificables, su garganta estropeada y como le afectaban los estruendos. Un problema al día. Lo primero era encontrar a Calvin y azotarle hasta que entrase en razón.

∞∞∞

Aparqué el coche como pude cuando vi el camión del rancho. Entré en la recepción del motel y me peleé con la recepcionista para conseguir que me dijese dónde estaba Calvin. A pesar de mis súplicas se negaba a darme su información. Llegó incluso a amenazarme con llamar a la policía.

—Por favor, soy su prometido —Dije como último recurso.

—Lo siento, señor, pero eso no es cierto. Su prometida ya ha subido.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría. Mi mente aceleraba por segundos, al igual que la furia. Ya había comenzado a formarse aquella tarde en la que Jimmy llamó informando del ataque de pánico de Calvin, pero saber que ahora estaban juntos... Salí disparado hacia las escaleras, ignorando los gritos y amenazas de la recepcionista. Era necesario que llamase a la policía. No me importaba que fuese a por mí. Cuando llegasen se darían cuanta de quién es el verdadero peligro. Fui gritando el nombre de Calvin conforme avanzaba por el pasillo. Los huéspedes salían de su habitación, pero a mí no me importaban sus miradas. Necesitaba encontrarle.

Había llegado a la tercera planta cuando escuché sus voces seguidas de las sirenas de policía. Calvin. Tenía que llegar hasta él. Mónica gritaba por encima de todo el bullicio. Era ella, no había duda, porque el nombre de su chico no dejaba de salir de sus labios. Aceleré el paso, necesitando acercarme más.

—No lo entiendes ¿Verdad? —Dijo su voz más nítida—. Me importa una mierda que seas maricón, no me extraña viendo lo poco hombre que eres, pero no vas a hacerme perder el prestigio ni el dinero que tu tío me ha prometido.

Empecé a escuchar golpes, Calvin gritaba, ella insultaba y de pronto un disparo. Saqué fuerzas de lo más profundo de mi ser para alcanzar la puerta. La sangre se me heló al ver aquella escena.

—S-Calvin...

Capítulo 20

Calvin

Los papeles se encontraban dispersados por toda mi cama. William me había mandado todo lo que necesitaba para demandar a mi prometida. No solo había roto la orden de alejamiento, sino que también había dañado la propiedad privada, atentando contra la libertad y había calumniado el rancho por medio de mentiras por las redes sociales por mala praxis. Mi parte favorita era en la que declaraba que me habían secuestrado, aunque no se quedaba muy atrás la que dibujaba a Jonathan como un estafador.

Sin embargo, nada de lo que tenía era sólido para crear un buen caso. Necesitaba pruebas. El maltrato psicológico podía ser retirado como una, por mi relación con el rancho y la fama de Mónica: la mujer perfecta. Frustrado lancé la botella de agua contra la pared. ¿Qué podía hacer? Tenía que conseguir algo con lo que acabar con su amenaza definitivamente. Cuanto antes lo hiciese, antes podría volver a casa. William estaba deseando que empezase el trabajo y su antiguo bufete le había mandado esa misma mañana su aceptación de la dimisión deseándole suerte. Había descubierto que su tío les tenía comprados para no dejarle ir, pero yo era mejor que él y había redactado una carta que era imposible negar. Todo estaba listo, menos ella.

El teléfono comenzó a sonar y lo tomé extrañado. ¿Quién llamaba a su habitación? Nadie sabía que estaba allí. Ni siquiera se lo había dicho a William, solo le había explicado que estaba en un motel de la ciudad, uno de cientos.

—¿Sí? —Pregunté con el ceño fruncido.

—Señor Green, soy Gloria de recepción. Hay aquí una señora que dice ser su prometida.

Un ligero temblor fue la única prueba de mi pánico. No iba a dejar que el miedo me afectase o se reflejase. Era la oportunidad perfecta para acabar con ella de una vez por todas. Legalmente no había mucho que poder hacer, pero si hablaba con ella y el mundo veía la verdad...

—Dile que suba.

Rápidamente, cogí mi móvil entrando en mi cuenta de Instagram. Inicié un directo. Coloqué el móvil escondido, pero con la suficiente visibilidad para captarlo todo. Las palabras se las llevaba el viento. Sin embargo, nadie podía borrar al cien por cien lo que se grababa y subía online. Los clientes y asociados del bufete que me seguían lo verían todo.

Abrí la puerta y cuando Mónica trató de abrazarme con palabras dulces sobre lo mucho que me echaba de menos, me aparté. Su rostro se crispó, pero no lo demostró con sus palabras. Me contó todo lo que pasaría en nuestra nueva vida, como si yo fuese a volver con ella, como si quisiese algo más cuando había sufrido por su causa.

—No quería casarme contigo antes, no lo voy a hacer ahora —Le dije retirándome más—. Deja de actuar ¡Quemaste el establo! Alguien podía haber muerto ¿Y mi coche? ¿Y ese pobre chico al que atacaste?

—¿Eso te han contado? —Puso su mejor cara afligida—. Oh, cariño, te han engañado. Han querido hacerte creer que he sido yo.

—¿Y todas las veces que me has hecho sentir inútil? ¿Cómo fueron capaces de hacerme cambiar de trabajo porque quedaba mejor en tu nombre? ¿Fueron ellos los que me alejaron de mi hermano, de mis amigos?

La dejé sin formas de justificarlo. Aquello no podía explicarlo. Sabía que iba a enfadarse, pero para lo que no estaba preparado era para la pistola que sacó. El miedo me paralizó por un segundo. El cañón de un arma me apuntaba y si algo sabía con seguridad era que no tenía un cuerpo a prueba de balas.

—Lo que no esperaba era que fueses tan estúpido como para romper lo que tanto me ha costado construir —Suspiró como si tratar de hablar conmigo fuese imposible.

—¿Qué quieres de mí? Tú misma dices que soy un lastre.

—Pero tienes el nombre y el dinero. Ser buena abogada no completa la imagen. Necesito la familia y si además mi marido es alguien importante... Voilà, más clientes.

—¿Y tenías que hacer daño a mis amigos, a mi novio? —Pregunté necesitando que confirmase sus actos.

—Te hice un favor, te ibas a pudrir en ese rancho. El niño al que pregunté es inútil, tu coche una tartana y ¿Qué más da un par de animales? Ese ladrón gana millones arreglando perturbados.

—Ese ladrón es mi novio, un respeto —Fui a dar un paso más, pero me detuvo amenazándome con el arma. Sentía como los días lejos de mis amigos, de mi nueva familia, y de Jonathan comenzaban a hacer mella en mí. Había estado bien poder hablar con Jonah y William, pero quería escuchar los dramas de Simón, jugar con Jimmy, sacar de quicio a Zipi y Zape, hablar con Carl de cualquier tema, ayudar a Julia cuidando a los animales. Dios, necesitaba que Jonathan me rodeara con sus brazos y me dijese que todo iba a estar bien—. No voy a volver.

Estaba determinado. Iba a vivir en El Valle y ella iba a tener que matarme para sacarme de allí. No iba a irme por mi propia voluntad y tener aquella grabación me daría la libertad. Estaba comportándose como una desquiciada, amenazante y usando las armas habituales con las que trataba de manipularme.

—Sí, lo harás. Casarme contigo es crucial. He llegado muy lejos, no vas a arruinarlo ahora —Al ver mi cara decidida a no obedecer suspiró—. —No lo entiendes ¿Verdad? —Dijo su voz más nítida—. Me importa una mierda que seas maricón, no me extraña viendo lo poco hombre que eres, pero no vas a hacerme perder el prestigio ni el dinero que tu tío me ha prometido.

Ahí estaba el quid de la cuestión. Mi tío había invertido dinero en aquella mujer para que me controlase. Quería tener cierto dominio en mi hermano y la mejor forma de lograrlo era a través de mí. Además, si gracias a mi matrimonio lograba mayor fama, todo era

una victoria. Nunca le había importado lo que yo pensase. Él no había pedido un sobrino como yo. Quería a alguien perfecto. Sin embargo, se había acabado la tortura de estos años. Ya no tenía control sobre mí. Mónica tampoco lo tenía. Era libre. Joshua solo necesitaba vender la empresa y atar los cabos sueltos antes de venir conmigo. Mi tío había perdido el poder psicológico. Ya no era la fuerza amenazante de mi infancia, el hombre del saco del que huía.

—¡Calvin! —La voz de Jonathan gritando me hizo reaccionar.

En ese momento supe que solo había una solución. En el momento que él entrase, Mónica dispararía. No quería marcharme para salvarlo, porque no podía vivir si tenía que regresar al estrés, la ansiedad, el miedo y la sensación de no ser nunca suficiente. Por eso sabía que no había otra salvación que no fuese arriesgarme. Salté sobre ella forcejeando con su pistola, gritándole que la soltase.

—Maldita sea —Me dijo tratando de zafarse de mí.

Todo sucedió muy rápido. Ella me insultaba, yo le gritaba y nos desplazábamos por la habitación tratando de conseguir el control sobre el arma. De pronto un disparo resonó por todo el lugar. Por instinto miré hacia abajo, al lugar donde nuestras manos sujetaban la pistola. No sentía dolor, no había nada. Sin embargo, la sangre que manchaba mi camisa era innegable. Solté el arma llevando mis manos al costado y retrocedí completamente asustado. No quería que todo terminase así. Las piernas me temblaron tanto que cedieron bajo mi peso.

Lo último que vi antes de que mis ojos se cerrasen fue a Jonathan apretando sus manos en mi herida mientras movía los labios y lloraba. Quería decirle que todo iba a estar bien, que íbamos a estar bien, pero no salía sonido de mi garganta. Tampoco había sonidos a mi alrededor, solo un profundo pitido. La oscuridad me alejaba, me hacía perder el contacto con Jonathan. No quería dejarle ir, no quería que todo terminase así.

«Te quiero».

Capítulo 21

Jonathan

La policía llegó segundos después anunciando que una ambulancia estaba de camino. La mujer lloraba cuando los agentes tomaron la pistola de su mano. No dejaba de decir que era lo único que podía hacer para defenderse. Sus lágrimas parecían tener efecto. La policía quería animarla y le aseguraban que se encargarían de Calvin cuando llegase al hospital. Debería haber dicho algo. No obstante, no tenía fuerzas para protestar o exigir que hicieran algo. Solo tenía ojos para Calvin y consciencia para mantener apretada la herida. Tenía que sobrevivir. No podía perderle. No podía dejarle él también. Mónica me sonreía sabiendo que había ganado.

—Jefe —Un agente le entregó al sheriff un móvil—. Creo que hay un malentendido y aquí está la prueba.

El jefe de policía se marchó de la habitación para volver minutos después con los paramédicos que se hicieron cargo de Calvin. Me costó apartarme, pero sabía que eran los únicos que podían ayudarle. Aparté la vista un segundo y miré atónito cómo le ponían las esposas a Mónica.

—¿Ustedes saben quién soy? —Dijo Mónica.

—Una mentirosa. Mejor que se calle, señora, como abogada sabrá que tiene derecho a permanecer...

Dejé de prestar atención cuando vi que levantaban a Calvin. Tras mentir de nuevo y decirle que era su prometido subí con ellos en la ambulancia. La recepcionista me pidió disculpas en la lejanía, seguramente sintiendo remordimientos por haberme impedido subir cuando el daño lo causó otra persona. No tenía tiempo para pensar en ello. Tenía que centrarme en Calvin. Una voz en mi subconsciente

me recordaba que Joshua tenía que saberlo y que los demás podrían matarme si no les decía nada. Sin embargo, no tenía fuerzas para llamar a nadie y tuve que pedírselo a uno de los paramédicos que no se estaba encargando de mi chico o la ambulancia.

∞∞∞

Cuatro horas después, Calvin seguía en el quirófano, Joshua estaba montado en un avión y la familia esperaba a mi lado. Carl llamaba constantemente, guardando el fuerte, cuidando de nuestros pacientes. Había querido venir, arriesgarse a aparecer por el hospital de la ciudad, pero no le dejé. No solo nos encontrábamos en un lugar más amplio, sino que los policías, personas a las que no conocía, entraban y salían constantemente. No iba a ponerse en peligro cuando podía ayudar más allí.

Había respondido a muchas preguntas. Los policías querían conocer mi participación en la escena. No sabía cuántas veces había tenido que recrear lo que había visto, el miedo que había sentido al escuchar el disparo. Calvin sangrante en el suelo. Negué con la cabeza para borrar la imagen de mi mente. El sheriff acabó interviniendo y pidió a sus agentes que dejase a la familia un momento para velar por el herido. Ya tenían suficientes pruebas con el directo que había grabado Calvin. Un directo ¿Cómo podía ser tan listo? Sabía que había un riesgo con Mónica y, aun así, había tenido la cabeza fría para poder planear la mejor forma de atraparla.

—Toma, te vendrá bien —Me dijo Simón entregándome un vaso para llevar de té.

Bebí un sorbo sintiendo el calor reconfortante. Me apoyé en su hombro en cuanto se sentó a mi lado. Necesitaba a mi amigo para tener confort. Había sido el primero en quedarse, él que me había consolado cuando aún era demasiado pronto para vivir con la muerte de mi hermano. Ahora, éramos como dos hermanos que se buscaban cuando el mundo se volvía demasiado frío. Era la nota de color de las tardes grises. Miró a Julia, la siguiente que había llegado a su vida, un torbellino que le hacía descansar cuando su obsesión

del trabajo se volvía demasiado y que cuidaba de sus animales como si la vida le fuese en ello. Después habían llegado Miguel, Jimmy y Kwanhee, necesitando una protección que estábamos gustosos de darle en nuestro hogar. ¿Y Carl? Había sido el ancla, el que me hacía darme cuenta de los errores, el que me ayudaba a crecer como psicólogo.

—Si yo sigo vivo con esa herida en la cabeza, Calvin lo superará —Dijo Jimmy para asegurarse a sí mismo y a los demás que saldría de esta.

Los médicos creían que era su prometido por lo que me buscaban para informarme. Sin embargo, desde que me contaron que le había dado en un riñón, no habíamos vuelto a saber nada. ¿Cuánto más podíamos pasar sin información? Necesitaba que estuviese bien. Quería que volviésemos juntos a casa, que pudiésemos alegrarnos de las victorias de los otros y envejecer juntos. Cuarenta años habían pasado desde que vine a este mundo y nunca había sentido lo mismo que por Calvin. El trabajo había sido lo único en mi mente desde que abrí el rancho, desde la muerte de mi hermano, desde que tenía dieciocho años. No podía perder ahora a Calvin. Teníamos tanto que vivir...

—¡Jonathan! —La voz de Joshua me sobresaltó.

Corría por el pasillo, la preocupación y el miedo deformando su rostro. Podía detectarlo porque era lo mismo que estaba sintiendo junto a la irracional culpa: debí haberle buscado antes, debí haber llegado antes del disparo, debí pararle los pies a esa mujer en cuanto llegó.

—¿Se sabe algo? ¿Hay noticias?

Negué con la cabeza y se sentó en el asiento libre frente a mí. Su pelo comenzaba a encanecer, la edad hacía mella en su rostro con alguna que otra marca. Había cambiado mucho desde la última vez que le pude ver en persona, pero seguía siendo el mismo chiquillo que acudió al rancho con ganas de ser libre. Me pregunté si yo también habría envejecido para él o seguiría siendo el mismo mocoso que se creía un adulto. Nos habíamos visto un par de veces más con los años. Había llegado a conocer a Simón y habíamos

creado un grupo bastante cercano. Sin embargo, llevábamos unos diez años sin vernos en persona.

Nuestro amigo en común no tardó en abrazarle y volver a ponerse en movimiento. No podía quedarse quieto. Miguel abrazaba a Kwanhee y le susurraba palabras de consuelo, siempre el más fuerte de los dos. Eran como gemelos de madre distinta, la relación de hermanos de acogida más estrecha que había conocido nunca. Julia había bajado a fumar necesitando un poco de nicotina y olvidando que estaba dejándolo. Jimmy se abrazaba las piernas hecho un ovillo, pero nadie se veía capaz de decir nada que le hiciese sonreír. ¿Qué sentido tenía si todos sabíamos el peligro que había?

Fueron las horas más largas e interminables de nuestra vida. ¿Se sentiría así Joshua el día que le informaron del accidente? Mi amigo miraba hacia la puerta por donde entraban los médicos, pálido, apretando las manos contra el borde del asiento. Podía oír a mis amigos llorar, pero no podía ayudar. Mi única misión era esperar hasta que alguien acudiese y nos informase de su condición.

—¿Cómo ha ocurrido? —Preguntó Joshua.

—Por lo que nos ha contado su futuro jefe, Calvin se fue para no darnos problemas y buscaba escondido una forma de llevarla a juicio. Sin embargo, se presentó allí por sorpresa y ya conocerás a tu hermano —Dijo Jimmy bajando la mirada hacia sus manos.

Joshua maldijo. Había recibido miles de mensajes avisando de lo que se veía en el directo de su hermano, pero él había sido incapaz de ver la grabación. Había estado trabajando durante la transmisión y hasta que no le habían llamado desde la ambulancia, no había sabido qué estaba ocurriendo. Cuando se marchaba, se cruzó por el pasillo con su tío, cabreado. Le recriminó que no fuese capaz de controlar a su hermano y que no dejasen de montar escándalos, pero él no sabía aún de lo que estaba hablando.

—Estará bien —Murmuré—. Tiene que estarlo.

—Lo estará y podrás ponerte todo lo daddy que quieras con él para que no salga de la cama ni una vez.

Otra hora pasó sin noticias. Simón y Jimmy bajaron a por algo de comida para todos. Joshua se mordía las uñas mientras Kwanhee

paseaba de un lado del pasillo a otro. Miguel dormitaba sobre mi hombro y Julia le acariciaba la mano desde el otro lado. Carl les había vuelto a llamar por enésima vez para ver cómo iba todo. Estábamos todos destrozados.

—Familiares de Calvin Green —Anunció una voz llamando nuestra atención. Nos movilizamos de golpe.

—Nosotros ¿Se sabe algo? —Se hizo cargo Joshua sabiendo que no tenía voz para preguntar—. Soy su hermano, acabo de llegar desde Seattle.

—Todo ha salido bien. Necesitará mucha recuperación, pero el doctor ha salvado el riñón y ha logrado recuperarle cuando el corazón le falló. Una situación de estrés como la que ha vivido con sus riesgos ha terminado por darle el infarto que le anunciaban. Sin embargo, todo ha ido como esperábamos —Sonrió para aplacar nuestros temores. La pesadilla parecía estar desapareciendo.

—¿Podemos verle? —Pregunté con la voz entrecortada.

—Se encuentra en la UCI en observación, por lo que solo podrán entrar dos personas a la vez y durante el horario de visitas —Miró la hora en el reloj y suspiró—. Tenéis solo una hora, sed rápidos. Mañana, si todo sale bien, lo bajaremos a planta y podréis quedaros con él por la noche.

Julia se ofreció a llevarse a todos al rancho y contarle las nuevas a Carl. Asentí asegurando que llamaría en cuanto supiésemos algo más. Joshua y yo nos quedaríamos en el hotel junto al hospital. No podía imaginarme lejos de él ¿Y si despertaba y yo no estaba allí? ¿Y si ocurría algo y yo no podía acudir rápido?

Tras despedirnos seguimos a la doctora hasta la habitación. Joshua, pese a su preocupación, dejó que pasase el primero. Se lo agradecería siempre. Necesitaba asegurarme de que respiraba, de que continuaba allí y no se trataba de una broma de mal gusto. Mi corazón se encogió al verle allí tumbado, en una cama de hospital, lleno de tubos. Mi consuelo era escuchar el pitido de su latido. Estaba vivo. Ante la realización, me rompí por completo y lloré agarrado a su mano.

—Tienes que ponerte bien, precioso.

∞∞∞

Una semana pasó de ir y venir la familia al hospital. Todos y cada uno de los miembros del rancho, junto con Joshua, Luca y William, fueron llegando y marchándose mientras Calvin dormitaba. Se despertaba aturdido y confuso sin mostrar mucha coherencia en sus palabras antes de volverse a dormir por los medicamentos para el dolor. Yo permanecí junto a su cama todas las noches. Las enfermeras, amables, me trajeron mantas para evitar el frío. A cambio me aprendí sus nombres. Mi misión era esperar a que despertase del todo. Carl estaba encargándose del rancho, de que todo funcionase como era de esperar y los demás le ayudaban siguiendo sus trabajos. Todo estaba en su lugar. Solo quedaba que Calvin despertase por completo.

Capítulo 22

Calvin

Me desperté aturdido. A mi alrededor la habitación era desconocida. No estaba en el motel, tampoco en el rancho. Pestañeé concentrando mis sentidos en lo que me rodeaba. Había un fuerte y constante pitido, la suave respiración de alguien que reconocía perfectamente y mucho blanco. ¡Estaba en el hospital! De golpe recibí los recuerdos de la noche del motel. Me había disparado Mónica. Había apretado el gatillo mientras forcejeábamos. Traté de incorporarme, pero me dolían todos y cada uno de mis movimientos. Al menos, por fin, podía estar consciente plenamente. Recordaba vagamente haber abierto los ojos, pero eran como sueños difusos.

—Tranquilo, precioso, deja que te ayude.

Con rapidez unas manos fuertes me sostuvieron mientras el mecanismo de la cama comenzaba a sonar y me iba sentando. Me encontré con el rostro de Jonathan, ese rostro que tanto había echado de menos y comencé a llorar desconsoladamente. El estrés, el miedo y el dolor habían terminado. Estaba vivo, estaba con Jonathan y podría vivir en el rancho sin peligro al acecho.

—Shh... cariño, daddy ya está aquí contigo y no va a dejarte ir nunca más.

—Daddy —Sollocé abrazándome a él con tanta fuerza como mi estado me lo permitía —Lo siento, lo siento...

—No hay nada por lo que disculparse, estabas cuidando de la familia —Besó mi frente con cariño y me miró con ojos tristes—. Pero vamos a poner en las reglas que nada de disparos.

Reí ante su broma mientras me limpiaba las lágrimas. Le observé con atención, informándome sobre la semana que llevaba allí y de

nuestros amigos. También me contó que Mónica estaba con la policía gracias a mi directo por lo que no tenía que seguir preocupándome. Tenían pruebas suficientes para no dejarle ir. A partir de ahora solo tenía que dejarme mimar por todos hasta que el médico diera el visto bueno.

—Te quiero —Salté de golpe, incapaz de aguantarlo más. Se lo había escrito en un mensaje, pero necesitaba decirlo en voz alta—. Te quiero, te quiero —Me abracé a él de nuevo con fuerza, nuevas lágrimas saliendo de mi rostro.

—Eso significa que voy a hacer hueco en nuestro armario y cuarto de baño —Su sonrisa era como ver el sol, cálida y suave—. Avisaré de que volvemos a tener una habitación libre.

Me besó suavemente en los labios antes de comportarse como el daddy que es y llamar al médico. También avisó a la familia que no tardó en llegar, todos menos Carl. Cuando le pregunté a Jonathan me dijo que tenía motivos de peso para no hacerlo, pero que no era su historia para contar. Cuando vi a Joshua me abracé a él y volví a llorar inconsolablemente. Peor fue cuando Jimmy me dio a Mushu para que me recuperase pronto y no me sintiese solo estando allí. Hasta Luca y William aparecieron por el hospital a lo largo del día, el menor trayendo una cesta de comidas de su madre.

Con Jonathan y los demás era imposible sentirme solo. Tenía una familia y pronto estaría completa cuando Joshua viniese con nosotros. Me encargué de ello al mandarle de vuelta a Seattle. Estaba bien, los médicos decían que sí seguía así me darían el alta antes de lo previsto. Era casi imposible que empeorase y necesitaba que arreglase todo antes del 24 de diciembre. Jonathan y yo sabíamos que tenía que estar con nosotros para Navidad.

∞∞∞

Cuatro días después, los médicos decidieron que podía volver a su casa. Tenía que guardar repaso para no estropear los puntos ni dañar lo reparado. Eso significaba que me tocaba estar de la cama al sofá y del sofá al columpio del porche. No podía trabajar, ni en la

granja, ni en el bufete. El cardiólogo también colaboró añadiendo que todo parecía recuperarse bien, pero que no podía tomar demasiados casos o podría volver a caer en el mismo bucle. A esto William aportó que no me aceptaría en el pequeño despacho sin aprobación médica.

Cuando Jonathan me dejó en nuestra cama horas después con un té preparado por Simón y un libro, pude respirar tranquilo. Estaba en casa, Mónica había sido condenada por tener una confesión directa en vídeo y ya no tenía que volver a Seattle para nada. Mi tío ante las noticias había llamado al rancho, pero Carl se encargó de mandarlo a la mierda educadamente.

—Bueno, precioso, disfruta de tu paz —Me besó con suavidad y ternura—. Voy a trabajar. En breve vendrá Simón para ponerte al día de todos los cotilleos —Sonrió y negó con la cabeza—. He conseguido que aguante hasta traerte a casa.

—¿Cuándo decías que podíamos...? —Bajé mi voz a un tono seductor.

—No, no, nada de eso, provocador —Me besó levemente de nuevo—. El cardiólogo lo ha prohibido hasta que dé el visto bueno. Reposo y sin esfuerzos por completo no son sinónimo de sexo.

—Aguafiestas —Hice un puchero que lo hizo reír.

—Avísame si necesitas algo y recuerda…

—Las pastillas —Le interrumpí—. No te preocupes, daddy, todo está bien y estaré con Simón.

—Vale, pero nada de trabajo.

—De acuerdo, daddy, seré bueno.

Unos minutos tras su marcha, Simón llegó con Jonah. Puede que no fuese tan bueno. Había una familia que salvar. El cocinero me iba ayudando para que no tuviese que moverme y tomaba notas mientras Jonah nos hablaba de sus suegros. Necesitaba conocer la clase de personas con las que me enfrentaba. Cuando Jonathan acudió para ver como estábamos y se encontró con la pequeña oficina improvisada que habíamos montado para ayudar al padre de familia, me miró fija y simplemente dijo:

—Veinticinco.

Miré a los chicos que reían a mi costa. Tenían información que yo no.

—Creo que tu daddy está contando cuantos azotes te va a dar cuando el médico de vía libre. Los estás acumulando.

Abrí los ojos como platos y traté de quejarme de lo malo que era. Sin embargo, no engañaba a nadie. Estaba deseando que me dejasen disfrutar de Jonathan. Iba a ser mucha diversión.

En ocasiones crees que tu vida ha tomado el rumbo correcto hasta que una situación te sobrepasa y sientes la necesidad de reiniciar, de empezar de cero. Hay quien se corta el pelo, ordena su casa deshaciéndose de aquello que no ha usado en años, busca nuevos hobbies… Sin embargo, otras personas necesitan un empujón más fuerte, algo que les haga ver cómo habían llegado a un punto sin retorno. Yo era una de esas personas y necesité un septiembre para darme cuenta de que estaba a punto de entrar en un pozo sin salida si no lo remediaba antes. ¿Lo malo? Se trataba del día de mi boda. ¿Me arrepentía? No. Tenía amigos, un novio maravilloso, un hermano que me quería con locura y un hogar. Había sido el mejor reinicio de mi vida.

Epílogo

Jonathan

Cerré el capó del coche y me limpié las manos con el trapo que había atado a la cintura de mi pantalón. Ya estaba todo listo para el primer día de trabajo de Calvin. Después de la conmoción que había supuesto la llegada de su ex, la arpía, y su estancia en el hospital, William le había prohibido trabajar para él hasta que el médico lo aprobase. Él había sido el jefe muchos años y podía seguir unos meses más sin jubilarse. El hombre había acogido a Calvin bajo su ala, tratando constantemente de protegerlo. Un mes después de los hechos, mi chico estaba listo para trabajar. El cardiólogo le había pedido que tuviese cuidado con el estrés, pero ya podía hacer esfuerzos. Lo mismo había dicho el doctor que le realizó la operación. Estaba deseando regresar a sus orígenes como abogado. Había estado tan emocionado que no había podido dormirse hasta tarde. Por suerte, yo tenía recursos para lograr relajarle.

—¡Daddy! —Me llamó desde el porche mientras corría hacia mí para lanzarse a mis brazos y darme un beso—. He tenido que despertarme sin ti, no me gusta —Hizo un puchero que borré al instante con mis labios.

—A mí tampoco —Le abracé contra mí y aspiré su aroma. Olía a mi jabón, jazmín, y al suavizante que usaba Simón para la ropa—. Buenos días, precioso. Quería dejar listo el coche para que no tuvieses problemas ¿Tienes tu merienda lista? —Le pregunté, sabiendo que a veces podía ser un poco despistado.

—Simón no habría dejado que me marchase sin comida y lo sabes —Sonrió con cariño al pensar en su amigo—. ¿Nos vemos para comer?

—Allí estaré —Le besé de nuevo—. Te quiero. Sé bueno y cuando vuelvas a casa habrá un buen premio.

—Yo también te quiero, daddy —Se acercó a su oído—. Me he puesto tu favorito, así que más te vale que haya premio —Me dio un último beso con reticencia, no quería dejarme ir—. Te escribo cuando llegue.

Observé con una sonrisa como se marchaba en el coche y conducía por el camino hasta la carretera principal. Habían cambiado muchas cosas desde que Calvin llegó al rancho por primera vez. No podía creerme que ya estuviésemos en noviembre, dos meses completos en los que había visto a mi chico liberarse por completo de la máscara que había construido para protegerse. Yo mismo me sentía diferente, mucho más tranquilo y feliz. Teniendo tantas personas a las que ayudar, solía estar en constante tensión, pero con él a mi lado conseguía momentos de relajación. Mi familia había acogido a Calvin con los brazos abiertos y había visto como con él en nuestra casa todo el mundo parecía florecer. Una vez los secretos habían desaparecido, explorábamos con mayor libertad. Sin embargo, el mayor cambio estaba en Jimmy. Hablaba más, mostraba más sus emociones y se permitía ser vulnerable con nosotros. Había comenzado a confiar realmente en todos y no solo en mí.

Fruncí el ceño al ver la moto que circulaba por el camino de tierra. No esperábamos visita. Aún quedaba un mes para que Joshua llegase al rancho o para que lo trajésemos pataleando y las habitaciones ya estaban completas. Tras haber tenido a Calvin en el hospital, más la constante amenaza de que Carl fuese encontrado, estaba más a la defensiva que de costumbre. Si aquel visitante era Jaime, tendría que pasar por encima de su cadáver. Había sido capaz de devolver a una abogada poderosa por dónde había venido, lo haría también con él, policía o no.

El visitante detuvo la moto a unas distancias de él, lo suficientemente cerca como para estar cómodo, pero lejos para poder huir en caso de necesidad. Era un mecanismo de protección que había visto en muchos de sus pacientes, un hábito difícil de olvidar. Iba vestido de los pies a la cabeza con un mono de motorista. Se quitó el casco revelando un rostro apuesto con una

sonrisa radiante. Su pelo estaba completamente rapado y la rectitud de su cuerpo gritaba militar por todas partes. Más aún cuando sacó un perro de un transportín que no había visto hasta el momento. Llevaba uno de esos arneses que indicaba que aquel perro era de terapia. No podía acercarme a él si no le daba permiso para dejar su trabajo, estaba de servicio. Aquel hombre risueño tenía algún diagnóstico que le hacía necesitar ayuda externa.

—Buenos días —Le saludé acercándome sin invadir su espacio personal. No sabía que podía activar un flashback y lo último que quería era provocarle un ataque de pánico—. Mi nombre es Jonathan.

—Buenos días, así que tengo el placer de hablar con el dueño… —Se acercó más y me tendió la mano a modo de saludo—. Soy Sean y esta reina de aquí es Kiara. Por tu comportamiento supongo que no tengo que explicarte que es un perro de terapia ¿No?

—Sí, no eres el primero en traer uno. Hemos llegado a entrenarlos incluso —Asentí—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Llevo tres días viajando, vengo del hospital para veteranos de Steiner —Parecía nervioso, frotaba sus dedos inconscientemente—. He estado en una situación complicada durante dos años y medio, Jonathan. Cuando logré salir me encontré con la terrible noticia de que mi mejor amigo había muerto —Le escuché con atención, su voz estaba cargada de emoción. Había venido buscando ayuda para superar la pérdida—. Di por casualidad con el anuncio que publicó cuando estaba tratando de reconstruir mi vida ¿Un hombre sin identidad en Westwood, la ciudad contigua a la nuestra, con la misma cara que mi amigo? No podía ser coincidencia, así que cogí la moto y aquí estoy. Vengo a buscar a su hombre perdido, necesito asegurarme de que es él, de que sigue vivo.

Durante tres años había movido cielo y tierra buscando a alguien que pudiese darles una pista sobre quién era Jimmy para poder devolverle parte de lo que había perdido o darle la noticia a su familia. Había estado a punto de perder la esperanza en varias ocasiones, pero por fin, después de mucho tiempo, todo había dado sus frutos. Sean conocía a su precioso bebé, podrían ayudarle a sanar ese vacío que aún le consumía, podrían explicar sus pesadillas.

Agradecimientos

En primer lugar quiero daros las gracias a vosotros, los lectores de siempre, que me habéis leído y comentado durante mucho tiempo en las plataformas de escritura. También deseo darle las gracias a mi gran amiga M que me apoyo desde el primer momento cuando le dije que quería crear algo diferente a lo habitual.

Por último, me gustaría darte las gracias a tí que me estás leyendo justo ahora y que has llegas hasta la última página. Esta aventura no se ha acabado. Calvin y Jonathan no se irán del todo, solo volverán como personajes secundarios en las próximas entregas. Pronto volveré con más personajes del rancho buscando un lugar en el mundo y enamorándose por el camino.

Books By This Author

El abogado y el ranchero

El militar y el olvido

About The Author

Emma Clare

Lo mio ha sido siempre escribir en el anonimato y en esta ocasión no iba a ser menos. Soy apasionada de los libros y la escritura. Me gusta adentrarme cada día en una historia nueva, sobre todo cuando el mundo se vuelve problemático a mi alredero.

Soy estudiante de literatura, vivo en España y ¿Os cuento un secreto? Me apasiona la libertad que viene de las novelas eróticas.